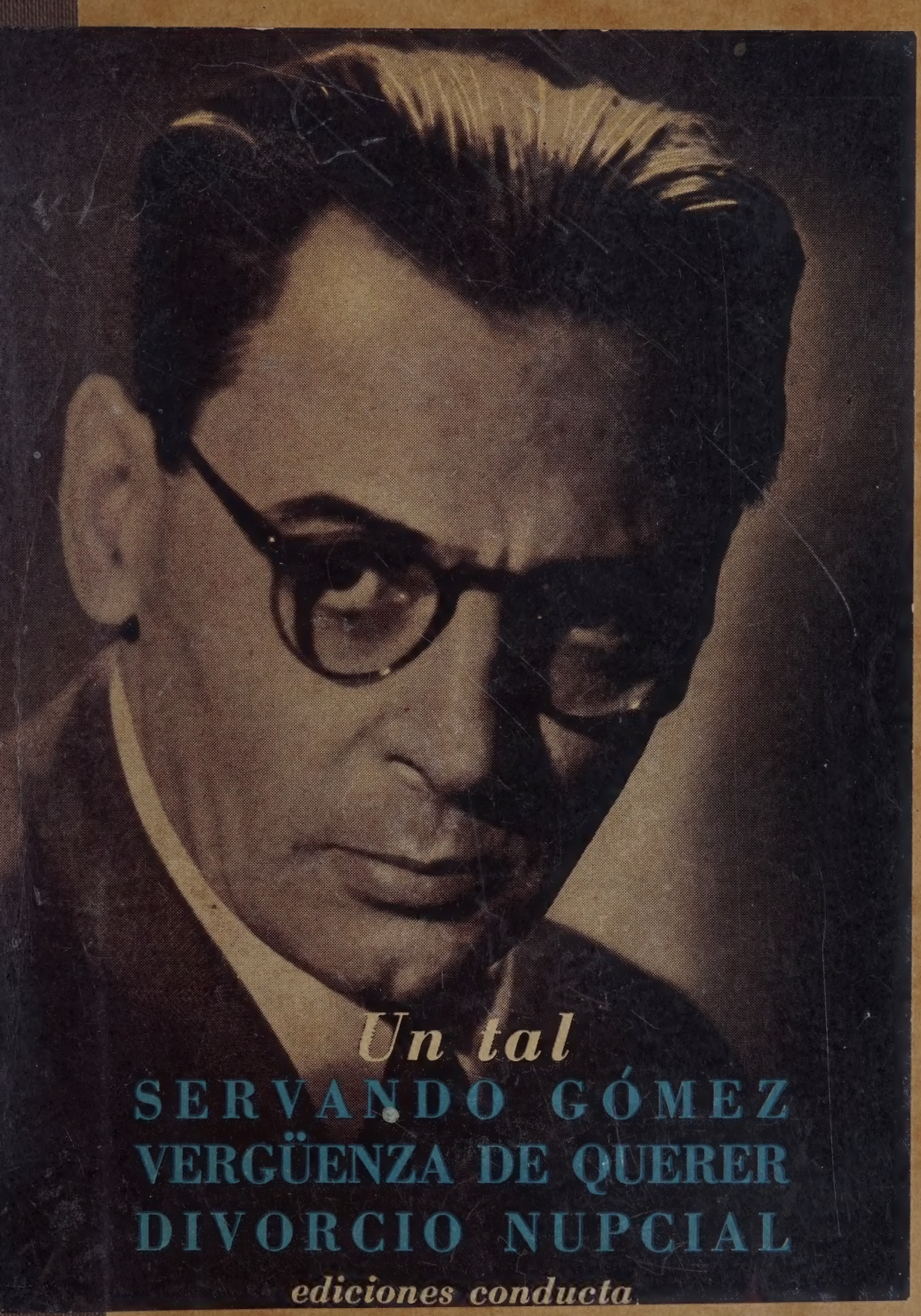

Un tal

SERVANDO GÓMEZ

VERGÜENZA DE QUERER

DIVORCIO NUPCIAL

ediciones conducta

Return this book on or before the
Latest Date stamped below.

University of Illinois Library

MAR 12 1964

OCT - 5 1971

L161—H41

SAMUEL EICHELBAUM

Un tal
SERVANDO GÓMEZ
VERGÜENZA DE QUERER
DIVORCIO NUPCIAL

ediciones conducta

Not Selected for Humanities Preservation Project

869.3
Ei2t

SAMUEL EICHELBAUM

Mi amigo Alfredo de la Guardia refirió en una conferencia una aventura de Samuel Eichelbaum, que ignora probablemente el público que asiste a la representación de sus obras. Niño aún, de diez o doce años, desapareció un día de su casa, situada en los alrededores de Domínguez, matriz metropolitana de las colonias judías de Entre Ríos, y partió sigilosamente hacia el Rosario. Aquel chiquillo, de revuelto pelo y ceño contraído, llevaba bajo el brazo un cuaderno de colegial cubierto de nerviosa escritura, de acotaciones apretadas, indicaciones imperiosas que describían a las personas y ordenaban su aparición. A esa edad en que sus compañeros, que frecuentaban la escuela, y trabajaban en la chacra o cuidaban los bueyes en el potrero comunal, soñaban con las carreras que se realizaban en las tardes de fiesta o en las diversiones de la yerra, a esa edad de divagación todavía pueril, había imaginado ya un diálogo, un conflicto, un esquema oscuro de visicitudes humanas. Recorrió vanamente los escasos teatros rosarinos, sin que ninguno de los graves hombres que manejaban sus escenarios intentara enterarse siquiera de lo que traía el muchacho de tan lejos y ha de haberse conformado con adivinar a distancia el misterio confuso y esplendoroso que se operaba detrás de los inaccesibles bastidores. Supongo también el humor lúgubre con que habrá vuelto, en un viaje penosamente largo, a los lares labriegos, y la trascendencia que adquirió en su recuerdo, en la lenta elaboración de su memo-

La Nación 5 May 59 Gallagher

ria, ese atrevido experimento de hijo pródigo. A la mañana siguiente le parecerían, sin duda, más monótonas las cuchillas verdes, más áridos los caminos que van de las aldehuelas a Domínguez, y más triste aun el rumor del cardal o el chistido agorero de las lechuzas. Pero, esa expedición a hurtadillas, ese asomo al mundo desconocido, se multiplicaba, sin embargo, en su espíritu, se agrandaba en su evocación poetizada, mientras presenciaba las escenas cotidianas en el vecindario rústico o galopaba, bajo el cielo traslúcido, en medio de parvas tostadas o de trigales rutilantes al sol, rumbo a las nubes que se juntaban con la tierra, más allá del último cerco, más allá del diminuto campanario, pálido en la soledad campesina, que casi no se decidía a lanzar, como el de Villaguay, su tañido al viento. No; no buscó inútilmente, cerca de los empresarios y directores escénicos, si es que existían realmente en la fuerte ciudad del Sur, la posibilidad de mostrar a la gente su creación primeriza. La tentación del tablado, ese arte de las preguntas y de las respuestas, esa ciencia de la conversación que constituye el secreto del teatro, no debían dejarlo y se posesionaban con energía creciente y absorbente de su inteligencia y de su alma de imaginador, de psicólogo, de poeta. Yo lo conocí en el comienzo de su juventud. Vino a Buenos Aires, imantado por la remembranza remota, fecundado por el estudio. Conocía la literatura mundial en sus grandes expresiones y los movimientos ideológicos a través de sus grandes figuras europeas. Se mezclaba en su nacimiento mental la aptitud poética, o sea, el don de reflejar la vida en imágenes, y el desasosiego apostólico, complicado por la dolorosa ancestralidad que se cifra en una perpetua esperanza.

De aspecto adusto, de una profunda taciturnidad interior que denunciaba su prematura madurez, silencioso a veces hasta el mutismo, locuaz en ocasiones hasta llegar a la amplitud de la disertación, interesaba apenas se empezaba a tratarlo. Se advertía en seguida que en ese hombre joven, un poco tor-

turado, no por retorcimientos recónditos, sino por su visión general, por su contemplación de lo unánimemente humano, se agitaba algo que nos apartaba del hablador común del café, que en esa época mantenía aún su prestigio de academia nocturna y concentraba, con la hora de las estrellas, a la mayoría de los que se dedicaban en nuestra urbe, suntuosa y provincial, al oficio de hilvanar palabras y las convertían en su diaria plática en travesaños del globo terrestre. Samuel Eichelbaum no era perorador ni discutidor. Oía con atención vigilante las anécdotas de los literatos, sorbía con ansiedad impaciente las citas complejas de pensadores, de ideólogos, de los políticos que prometían a los pueblos la nueva sociedad. Y lo que más atraía su curiosidad y acicateaba su desazón intelectual concernía a las letras teatrales. Pasamos a menudo noches enteras en disquisiciones respecto de Enrik Ibsen, de Bjornson, para caer, invariablemente, en algún asunto de Shakespeare y devanar con ese viejo hilo el tiempo que nos separaba del alba y desvanecerla, en el postrer umbral, iluminadas ya las altas cúpulas, con una definitiva conclusión. ¿Qué hacía Samuel Eichelbaum? Se ganaba la subsistencia difícilmente, de acuerdo con la norma tradicional que rige el desenvolvimiento de los artistas, en nuestro país y en cualquier país; escribía en los periódicos modestos, se esforzaba denodadamente en perfeccionar su instrumento idiomático, y frecuentaba, en las redacciones precarias, los temas disímiles. Alternaba, como todos los periodistas con cultura y con voluntad ascensional, el comentario político, la crónica porteña, la sátira, con el reportaje al caudillo hinchado de oratoria, al legislador a quien es necesario inventar un par de frases con resonancia de discurso, y lo realizaba con nobleza, con diestra competencia, con ironía, con entusiasmo, con vocación de verdadero escritor. Nunca le faltaba el libro a punto de derramarse del bolsillo, ni el manojo de cuartillas que no contenían entrevistas al prójimo del comité ni artículos para el diario en que llenaba

columnas y columnas. Esas cuartillas me intrigaban precisamente porque sospechaba su naturaleza. Presentía que representaban la intranquilidad, el tormento, la fe, la promesa de Samuel Eichelbaum. Nos comunicábamos calladamente, nos entendíamos sin necesidad de explicarnos. No obstante esa comunicación, un hecho, un hecho tremendo y monstruosamente grandioso, nos alejaba de las cuestiones abstractas, nos impedía examinar los tópicos que nos eran familiares. Ambos hacíamos la guerra a Alemania, porque esto que les cuento sucintamente y me propongo narrar con minuciosidad cuando vengan tiempos menos duros, ocurría en el transcurso de la conflagración anterior. Nos diseminábamos por las esquinas de la metrópoli, en las salas de los cinematógrafos, en las asambleas de los suburbios, para anunciar a la humanidad que la ineludible derrota del prusianismo, de la dinastía germánica, de lo que yo llamaba en mis arengas de combatiente callejero "el Africa Rubia", traerá al universo el goce completo de la paz en un orden razonable y amable.

—Mañana estreno, me avisó, en el recinto ruidoso en que nos reuníamos al anochecer.

Esto sucedió hará pronto un cuarto de siglo. "En la quietud del pueblo" se denominaba la pieza inicial de Eichelbaum. Con ella apareció ante el severo juicio de los que escribían y dictaminaban sobre lo que se escribe. Se manifestaba en ese ensayo, digámoslo así al compararlo con sus posteriores producciones, el nervio de un autor, y lo que más halagaba a los espectadores exigentes, un autor sin la voracidad de conquistar al auditorio con los recursos subrepticios o vulgares con que resulta fácil, según afirman los entendidos, atraer la muchedumbre y lograr el éxito. Eichelbaum comenzaba. El gusto del tinglado, foco de innenarrables prodigios, le era conocido prácticamente. Las "dramatis personae" que alucinaban al cauteloso viajero de Domínguez, hablaban por su boca en el lenguaje sabio e inspirado de la dramaturgia. Yo pensaba,

acabados los aplausos al novel forjador de fábulas, en los chicos que se quedaron en la colonia de Entre Ríos, en las muchachas que acaso recordarían, al descubrir su nombre en los diarios llegados de Buenos Aires, al magro adolescente, de voz modulada, de acento bronco y penetrante, que "se fué a la ciudad", aquel que se complacía en oir los relatos cargados de magia de los vecinos, en acumular, con la química oculta de los juntadores de niebla, los episodios gauchos, las proezas de los criollos, que, tal vez se le reaparecerían, revividos y reencarnados, en nuevas fábulas.

¿En qué consiste el sortilegio de la técnica teatral? Los que escribimos cuentos y novelas conocemos esta otra técnica que radica en la intercomunicación verbal de los protagonistas. El cuento y la novela ofrecen al escritor una facilidad cómoda y posiblemente indispensable a la eficacia del género, que es la evasión física del tiempo y del lugar. En el teatro es imprescindible que esa facilidad sea substituída por el desarrollo lógico de la acción. Confieso mi honda ignorancia en esa compleja materia. No siento el suceso, el contraste, el padecimiento del individuo, en la sucesión y en la coherencia que forman la narración escenificada, sino en su despliegue digresivo y despacioso. Por esto, tal vez, no comprendo bien al oyente, al que posee sensibilidad teatral, cuando afirma, por ejemplo, que Ibsen es demasiado frío, excesivamente interno, desprovisto de esos accidentes encadenados y destinados a estremecer a la masa que colma una sala y en que abundan los comediógrafos que en su momento conmovieron a los públicos de Europa y de América y que hoy yacen olvidados en las reseñas de los cronistas contemporáneos. Leo con apasionamiento a Shakespeare, a Calderón de la Barca, a Lope de Vega, a Rueda, a Ramón de la Cruz. Los dramas de Ibsen, fuera de aquellos en que planteó problemas momentáneos, me sugestionan, y hallo en sus páginas un caudal de inextinguible poesía, de vital poesía y de permanente riqueza de pensamiento. Lo que esquema-

tiza un tipo, así sea simbólicamente, una idea metafísica, una turbación de la conciencia, un choque de pasiones que están en el decurso de la historia, como, pongo por caso, "Juliano el Apóstata" o "Los Guerreros de Helgoland" o "Fuenteovejuna", de Lope, me emocionan, me transportan y me dan la impresión de creaciones actuales, surgidas, con su diferencia de ámbito social o temporal, del instante en que vivo. Son, a pesar de esto, dramas o tragedias de *actualidad*, es decir, referidos a una preocupación basada en un deslinde histórico, en el análisis de contradicciones morales, en la exploración crítica de costumbres que se remontan a una etapa oscurecida por el pasado o de acontecimientos directamente observados y perimidos para nosotros. Para mí, uno de los dramas teatrales más caudalosos es "La Celestina", intrasladable al teatro. Soy, por lo tanto, como crítico, un juez cabalmente ingenuo, absolutamente literario, si se quiere. Con esa ingenuidad voy al teatro y me conmuevo no bien se me presenta, en lengua natural, poblana, o complicadamente artística pero densa de contenido, de belleza, de poder sugestivo, un esqueleto anímico, un espectro repleto en su peroración accidentada de las cosas que no pasan, de las cosas que en la mutación externa de aficiones y de modas, permanecen con el zumo de humanidad que les infundió el dramaturgo. El autor dramático ha de ser, antes que nada, un escritor con jugo esencial, con la adivinación suficiente de la meditación íntima, de las desdichas y de las desventuras de los demás, que lo erijan en un confidente de nuestro hermano el hombre. Esos son los dramaturgos que perviven, que duran, que se deslizan hacia adelante, que están colocados, con sus alternativas de asentamiento, como los vinos insignes, en el futuro continuo. Años atrás, en Mar del Plata, releí "La mala sed", que puso de relieve la importancia de Samuel Eichelbaum en la literatura teatral argentina. Me impresionó como si no lo hubiese visto o leído, porque Eichelbaum no se limita a dirimir un encuentro, a resolver

exclusivamente un teorema mecánico de situaciones, sino a penetrar en lo que exacerba, turba, extravía una vida. Sus concepciones dramáticas se desenvuelven sin depender de una solución que puede venir de afuera, de un incidente ajeno al carácter, al comportamiento, a la posición de sus personajes, como acontece en las mejores piezas de Henry Bataille, en que bastaría anunciar a la dama joven o al galán, desde la platea, lo que le sucederá en el segundo acto, para que el drama en sí mismo desapareciera.

El drama de Eichelbaum entraña habitualmente una fatalidad psicológica, que no se cristaliza por una mutación del azar buscado, de la combinación técnicamente emocionante de la eventualidad. Su drama dimana de la formación espiritual de la persona, de la pesantez del destino que le aguarda, de su actitud religiosa ante su propia existencia. Conozco pocas obras en el presente con más nudosa realidad dramática y más dilatado fondo poético que "Pájaro de barro", de más efectiva originalidad de invención y de método. Esa habilidad de desentrañamiento en la psicología de una mujer y esa manera de elevarla por encima de las cuestaciones rutinarias del amor, de las veleidades del sexo, de dignificarla por una especie de fruición casi gustativa del dolor, revela en Eichelbaum a un poeta de rotunda fuerza, que confiere perennidad a lo que construye y lo dota de esa elasticidad sugeridora, de esa oscilación sobre lo circunstancial en que reconocemos lo no perecedero. Eso es ser artista, no únicamente en el vanilocuo cultivo de la forma o en el efímero proceso equilibrado sobre un eje hechizo, sino en la trabajosa amalgama de la substancia, en la especulación con lo viviente. Se ha dicho que la psicología es una elaboración de la paciencia. Es admisible que se la logre aislar con la lupa. Para el escritor instruído por lo que debiéramos llamar el Espíritu Santo, para el portador de los duraderos mensajes, es un aspecto fundamental de la simpatía humana, ya que con su ministerio vislumbrará lo que se

esconde en el corazón entrevisto a distancia y nos pondrá en presencia de la amargura del transeunte, de la mínima e invisible amargura que no sabíamos la víspera hasta qué extremo era la nuestra, y que no nos atrevíamos a confiar a nadie. Experimenté la potencia de dramaticidad que expresa Eichelbaum en "Vergüenza de querer". ¿No es una intensísima novela con rasgos de Dostoiewsky esa historia de mujer, con sus esbozos frescos, con sus pasajes ceñidos, prietos, hoscos, matinalmente ensoñados? Se releva en esa obra un fino analista y en esa desesperada resignación, en esa existencia para adentro, se transparenta una ternura y una delicada capacidad de sugerir el matiz poético de los seres aparentemente opacos que obligan a parangonar a Samuel Eichelbaum con los modelos persistentes del teatro, con los maestros del más allá de la realidad pasajera, transcripta estereotípicamente por los virtuosos baladíes, por los que dominan la mecánica de la teatralidad, y jamás se aproximan a la teatralidad trascendente, que puede concretarse de golpe en un poema como en un pasacalle, si el escritor tiene en sí el fuego que viene del cristal de aumento con que se ve la reconstitución del lodo adámico, puesto que solamente en el lodo adámico, en la confidencia conjeturable, intuible, de los semejantes, está dormida la esencia poderosa. ¿Qué es la comedia o el drama "Un guapo del 900". ¿Es una reminiscencia episódica, es la síntesis de un tipo genuino de barrio? Es un trazo evocador en que resucitan tipos, en que renace un conjunto social, una red de hábitos, subsistentes y percudidos por la evolución, un pedazo del reciente de Buenos Aires, del país. Nos interesa porque esa serie de cuadros resurgidos con tan aguda maestría, con tan vivaz eficiencia dramática, con tan buída movilidad teatral, encierra profundidad humana, igualmente perceptible para el no argentino, para el no americano; encierra un período que revive con la traslación al plano de la poesía, un panorama de lo que está al cabo de lo mortecino, de lo rápidamente marcesible.

Con "Un guapo del 900" ha probado Eichelbaum que sabe manejar el teatro asequible a la multitud, que, ciertamente, no cometería el pecado antipoético de desdeñar, quien es, con tanta piedad y tanta elevación filosófica, un representante de ella y a la cual nunca quiso adular ni acercársele con la irrespetuosa brujería del prestidigitador. Ha demostrado con esa hermosa y arterial obra que el dinamismo dramático, el teatro absolutamente teatral, está abierto a su talento fertilísimo y si no lo usa con asiduidad es porque no le seduce ni le promete el medio de ahondar la vida como el drama primordial, de entrañuda complexión, que se ubica en la literatura definitiva. Su teatro es de una teatralidad diferente de la acostumbrada en el colorismo pintoresco o en el tejido de los hábiles cronistas escénicos, que pertenecen a una manifestación particular, a una modalidad transitoria, y que se conforman, por una dotación determinada, a la pintura, a la refracción de lo momentáneamente llamativo, de lo socialmente epidérmico. En Samuel Eichelbaum hallamos frecuentemente fragmentos que se asemejan en su apariencia a esos paisajes instantáneos. Los suscita de otro modo, los enhebra con material indeclinable, que se arraiga en lo que concede universalidad a la criatura. El dramaturgo consistente que es Samuel Eichelbaum proviene del escritor fundamental que lo levanta y define, de la tensión poética con que sobreviven los que llegan al mundo para reflejarlo y enaltecerlo con la misión de la palabra que brota en el minuto trémulo en que los espíritus visitan al hombre elegido.

ALBERTO GERCHUNOFF.

Buenos Aires, Noviembre de 1942.

UN TAL SERVANDO GÓMEZ

Comedia en un prólogo y tres actos, divididos en siete cuadros

DEL MISMO AUTOR

NARRACIONES

Un monstruo en libertad
Tormenta de Dios
El viajero inmóvil (Premio Jockey Club, 1933)

TEATRO

En la quietud del pueblo (1 acto)
Un romance turco (1 acto) .....
Doctor (1 acto) .....
La Juana Figueroa (1 acto) .....
La cáscara de nuez (1 acto) ....
} **En colaboración con Pedro E. Pico**
La mala sed (3 actos)
Un hogar (3 actos)
El dogma (1 acto)
El ruedo de las almas (3 actos)
La hermana terca (3 actos)
El judío Aarón (1 acto)
Nadie la conoció nunca (1 acto)
N. N., homicida (1 acto)
El camino de fuego (1 acto)
¡Viva el padre Krantz! (1 acto)
Señorita (3 actos. Premio Municipal 1930)
Cuando tengas un hijo (3 actos)
Ricardo de Gales, príncipe criollo (1 acto)
Soledad es tu nombre (3 actos)
En tu vida estoy yo (3 actos)
El gato y su selva (3 actos)
Tejido de madre (3 actos)
Un guapo del 900 (3 actos)
Pájaro de barro (3 actos)

REPARTO

Servando Gómez	*Luis Arata*
Felisa	*Ida Delmás*
Arseno	*Miguel Ligero*
Peretti	*José F. Podestá*
Gallito	*Jorge Gangloff*
Doña Margarita	*Leonor Fernández*
Romano	*Carlos Bellucci*
Nunziata	*Emilia Harold*
Batista	*Marambio Catán*
Invitado	*Roberto Machado*
Domingo Cardoso	*Eduardo González*
Minguito (7 años edad)	*Cielito (Mario González)*
Voz de amigo	*Enrique García*
Jugador	*Roberto Machado*
Mozo	*Horacio Sacie*
Minguito (17 años) ..	*Vicente Thomas*
Cabo	*José F. Podestá*

La acción en Avellaneda. — Epoca actual.

Esta obra fué estrenada el viernes 29 de mayo de 1942, por la Compañía de Luis Arata, en el Teatro Smart de Buenos Aires.

PRÓLOGO

Un viejo corralón de Avellaneda. Gran patio adoquinado. En el lateral izquierdo, el portón. A foro, a todo lo ancho del escenario, la pared medianera. Próximos a ésta, varios carros y una chata. A la derecha, ocupando un tercio del ancho del escenario y en primer término, una habitación de madera con techo de zinc, que es la vivienda de Servando Gómez. Esta vivienda, tiene, a la izquierda, una pequeña puerta de madera, en cuyo vano hay una arpillera a medio recoger. La puerta da acceso a la habitación, desde el patio. Otra puerta, más pequeña, a la derecha, que comunica con otra habitación igual. Dentro, una cama de pobre, extraordinariamente aseada, con un viejo poncho de cubrecama, un viejo aparador y varias sillas con asiento de paja. De una de las paredes cuelga un antiguo espejo con flores pintadas en uno de los ángulos superiores. Son las siete de la tarde de un día de verano. Al levantarse el telón, Servando, que acaba de refrescarse y se lo ve recién peinado, prepara las cosas para tomar sus indispensables amargos. Cuando toma el mate en la mano, aparece por el portón Felisa Roverano. Es una mujer de pueblo, más bien joven, de rostro agradable y alegre, características éstas que ahora no se pueden apreciar porque la pobre lo trae desfigurado en la zona del ojo derecho, que está amoratada, y con una herida superficial que arranca de la órbita y llega casi hasta la boca. Felisa avanza hasta la puerta de la habitación y golpea discretamente con las manos.

FELISA

¿Se puede?

SERVANDO

(Mientras se aproxima a la puerta). Adelante. *Al ver a Felisa)* ¡No le digo! Esta mañana se me metió un gorrión en la pieza... *(Descubriendo la herida de Felisa).* Pero... ¿Qué le ha pasado, Felisa? ¡La han golpeado! Si tiene como una herida. Pero no parece de arma. Más bien de uña. *(Se acerca para ver bien la lastimadura).* ¡Ahá! De uña. Siéntese un momentito. *Saca de cualquier parte un pañuelo; de otro sitio, un tazón de loza, sale por la puerta de la habitación, desaparece por el lateral derecho, por detrás de la casucha, y vuelve en seguida, mojando el pañuelo en el tazón, que deja sobre una silla. Inmediatamente aplica sobre la herida de Felisa el pañuelo mojado. Ella recibe una doble y fuerte impresión, de sorpresa y de dolor, a causa de la cual se pone violentamente de pie, al tiempo que deja escapar un quejido).*

FELISA

(Con lágrimas en los ojos y hablando en un tono que quiere restarle toda importancia al dolor). Me tomó tan desprevenida. ¡Cómo se le ocurre meterse a curarme! ¿Qué me ha puesto que arde tanto?

SERVANDO

Sal y agua fría. Verdadera agua bendita para cualquier herida. ¿Está mal hecho?

FELISA

(Después de una pausa). ¿Qué iba a decir usted del gorrión?

SERVANDO

Iba a decirle que esta mañana se me metió un gorrión en la pieza y en cuanto lo ví, pensé: "Servando, vas a tener visita". No creí que fuera para tanto. El gorrión no falla para anunciar alegría.

FELISA

No sabía que trajera suerte.

SERVANDO

Yo dije que trae alegría, que es mejor, porque la suerte sabe quedarse en mital del camino de la alegría *(Luego de un silencio)* ¿Se va yendo el ardor?

FELISA

Sí, ya está pasando.

SERVANDO

Bueno, y... ¿qué vientos la trajeron? No le pregunto antes quien la lastimó, porque recuerdo que usted me dijo una vez que tiene dos perros en su casa, y que el otro, el perro, no ladra ni muerde ni aunque lo maten... *Ríe).*

FELISA

Ya lo sabe todo entonces.

SERVANDO

Menos lo que pregunto.

FELISA

(Después de una larga pausa, observándose la mano, que acaricia alternadamente con la otra). Me pegó y yo salí disparando para no volver más. No sé por qué tomé el camino de su casa.

SERVANDO

¿Y cómo es que no se le ha dado por ir a lo de Amanda, su hermana? Es mayor que usted y casada.

FELISA

Es que Amanda y su marido ya le tienen bastante fastidio a Domingo. Haber llegado allí con esta cara, hubiese sido para pior.

SERVANDO

¡Así me gusta! En la buena y en la mala hay que serle fiel al hombre con quien se duerme. ¿No es verdad?

FELISA

Vea, Servando: lo que yo no quise es que mi hermana y mi cuñado volvieran a decirme lo que tantísimas veces me han dicho... Que Domingo es un sinvergüenza, que es un malvado y que sé yo cuántas cosas más. Y lo pior es que todo lo que dicen es verdad.

SERVANDO

¿No estará esagerando usted?

FELISA

¡Un hombre que pega a una mujer que está por darle un hijo!

SERVANDO

¡Ah! *(Con asombro)* ¿Pero usted?...

FELISA

Sí, claro. Si yo no le pedía nada para mí. Para mí no quiero nada. ¿No ve cómo ando? Le pedí que no se jugara los pocos pesos que necesito para ir preparando alguna ropita al nene. No me hizo caso, y cuando, al

volver de la timba, le dije que me los diera, me castigó como si le hubiese pedido la vida.

SERVANDO

(Después de un breve silencio). Mientras yo me voy a dar el gusto de prepararle unos matecitos, usted me va a decir lo que todavía no me ha dicho. *(Servando, en efecto, prepara el mate. Sale de la habitación y vuelve a los pocos segundos con una pavita y comienza a cebar. Toma él el primero y luego ceba el segundo para ella. Al ofrecérselo, lo observa).* ¿Mire como se ha levantado la espuma para saludarla. *(Otra breve pausa).* Ahora me va a decir por qué se ha venido para aquí. Por qué se ha venido a ver a un hombre solo, que no puede servirle de nada en este trance, porque es amigo de su marido, además.

FELISA

¿Y no lo comprende?

SERVANDO

¿Qué quiere usted que comprenda? Comprendo lo que le pasa, sí. Pero no comprendo...

FELISA

¿Si acaso usted no sabe que siempre lo he estimado mucho?

SERVANDO

Sí, ya sé, Felisa. Yo también la estimo mucho. Pero esto no tiene nada que ver. En esta situación... Yo también lo estimo a Domingo.

FELISA

Es que usted no lo puede estimar. ¡No, señor! Usted no lo puede estimar. Es un sinvergüenza. Es un desalmado, como dice Amanda.

SERVANDO

Así no se puede hablar del hombre con quien se duerme. Me extraña que usted, que es una buena mujer, diga esas cosas de su marido.

FELISA

¿Pero no está viendo que sobran razones para decir lo pior?

SERVANDO

Nunca sobran razones para éso. A mí me parece que más bien siempre faltan razones para hacerlo.

FELISA

(Después de un silencio) ¿Así que una mujer no puede ni siquiera ambicionar ni un poquito de ropa para el hijo que le va a nacer? ¿Una mujer no puede decirle nada al marido, ni aunque el marido la pegue y lastime? ¿Usted también cree eso? ¿Usted también es de los que creen que el hombre tiene derecho a todo, porque Dios lo ha hecho así? También la mujer es hechura de Dios.

SERVANDO

Dicen que no. Dicen que la mujer es una costilla del hombre. *(Pausa).* Es usted que no comprende.

FELISA

¡Como no lo voy a comprender! ¡Si le está dando la razón en todo! ¡En todo! *Se echa a llorar).*

SERVANDO

(Al darle otro mate, que ella recibe después de secarse las lágrimas). ¡Va a ser madre y se echa a llorar! Va a tener un hijo, y vea cómo se prepara para recibirlo... Una madre sin coraje es como una estrella sin luz. ¿No sabe éso usted?

FELISA

¿Usted cree que me falta coraje? ¿No me ve aquí? ¿Le parece que es falta de coraje haber venido a verlo a usted? ¡He venido a quedarme, para que lo sepa. ¡No me voy de aquí! A no ser que me eche, es claro.

SERVANDO

(Transformado. Después de una larga pausa). Está bien. *(Se pasa la mano por la cabeza, luego por la nuca y se pasea de un lado a otro de la pequeña habitación, mientras Felisa lo sigue con la mirada, ansiosa de oír algo que le abra una esperanza).* ¡Echarla! ¡Estaría bueno que tan luego yo la echara! ¡Yo no podría echarla nunca, Felisa!

FELISA

Es lo que yo venía pensando. ¿Cómo me va a echar Servando, si yo sé que me quiere. Me acordé de aquella noche de carnaval, de hace —¡qué sé yo cuantos años!— cuando se me cayó el abanico —¿se acuerda, Servando?— y usted se agachó para recogerlo, y yo también, y nuestros brazos se encontraron cerquita del suelo, y usted me tomó la mano y me la apretó tan lindo que todavía siento sus dedos sobre los míos, y me parece mentira que ya nunca se haygan juntao así. Fué antes de haberme entendido con Domingo. ¡Entendido! La verdad es que yo nunca me entendí con él. Lo que sé es que fué antes de que nos juntáramos... Yo pienso que sus sentimientos no han cambiado. No pueden haber cambiado. En un hombre como usted, los sentimientos no cambian, ¿verdad, Servando?

SERVANDO

(Que habrá dejado el mate en cualquier parte y se habrá sentado, todavía impresionado por la revelación que le ha hecho Felisa). Se le olvidó recordar que esa noche

de carnaval, después de haberle tomado el brazo, yo desparecí, y no la volví a ver en mucho tiempo. Ni a usted, ni a Domingo. Esa noche yo no sabía nada de lo de Domingo y usted.

FELISA

¿Cómo iba a saberlo, Servando, si todavía no había nada entre él y yo? Si usted no hubiese desparecido, quien sabe si este hijo que me llena el vientre, no hubiese sido suyo.

SERVANDO

¡No sabe usted cómo la he recordado siempre! Al tomar mate y al tomar vino; al llevarme un pedazo de asao a la boca y al cerrar los ojos para descansar. Usted fué siempre el brindis que se hace en silencio. El vino que he bebido pensando en usted, siempre ha sido el mejor; el mate que he tomao teniendo el pensamiento cerca suyo, el más sabroso. El pan y la carne masticados con su nombre, me enseñaron a querer. Pero ahora, Felisa, las cosas son diferentes. Ahora usted...

FELISA

¿Ahora qué? A ver quién es el cobarde. Un hombre como usted, Servando, que quita el miedo a todo.

SERVANDO

(Después de volver al mate y de cebarle otro a Felisa). ¡Es que ustedes no saben comprender al hombre! A veces, no es malo y ustedes lo encanallan. Le llevan la contra, no lo acompañan en la mala, y, ¡claro!, se desahoga golpeando a la mujer. Pero no siempre es por malo. Domingo habrá llegado contrariado por no haber podido acertar ni una, y usted, encima, a cargosiarlo, reclamándole lo que no tenía. Se le volaron los pájaros, y pegó. No es como para abandonarlo. ¡Hay que reflesionar, Felisa!

FELISA

¿Y a usted le parece que ahora reflesiona bien? En seis años que vivo al lado de ese hombre, todavía no he pasado un día de fiesta sin lágrimas. ¡Siempre me pega! Cada vez que viene sin medio, se la desquita conmigo. ¿Usted piensa que se puede vivir así? ¿Usted sería capaz de ser así?

SERVANDO

Lo que hay que saber es si usted lo quiere. Si lo quiere, no tiene más remedio que aguantarlo, hasta que cambee. ¡El chiquilín lo cambiará! ¡Ya verá que lo cambia!

FELISA

¡Yo no lo quiero! ¡No lo quiero! Se lo he dicho muchas veces. Y después, a Domingo no lo cambia nada. ¡Qué lo va a cambiar la criatura que venga, si él no quiere que venga! ¿No ve usted que he estado pidiéndole para ella y él... como si lloviera. *(Después de una pausa).* ¿Así que usted cree que el hombre ha nacido para pegar a la mujer? ¿Usted cree que la mujer tiene que aguantarle todo al hombre? Lavarle la ropa, hacerle la comida, desvestirlo cuando viene borracho, curarlo cuando está enfermo y, por añadidura, recibir sus golpes, ¿Por qué, Servando? ¿Quiere esplicarme por qué?

SERVANDO

Porque el destino de la mujer es ése. Aguantar al hombre como aguanta al hijo, por más bandido que sea.

FELISA

Es que un hijo es diferente. Cuando una madre aguanta las sinvergüenzadas y las perrerías de un hijo, se aguanta ella misma. ¡Es su sangre y es su vida lo que aguanta en él! Pero un marido no es su vida ni su sangre, a menos que a fuerza de bondad y de amor se lo pa-

rezca, o se le haga de verdad su vida y su sangre. Domingo no es nada para mí, no es nada mío desde hace mucho tiempo. *(Otra breve pausa. Luego de dejar el mate junto a la pava, de donde lo toma Servando, en el instante mismo en que ella vuelve a hablar).* ¡Me he chasqueado feo con usted, Servando! Siempre he pensado que usted es un hombre de otra clase. Pero ya veo que son todos iguales. Son diferentes en el color de los ojos o en el pelo o en las orejas, pero todos tienen la misma alma negra, el mismo corazón duro... Ni lástima tienen por la mujer.

SERVANDO

(Que se habrá tomado otro mate, ceba uno más y se lo ofrece a Felisa). Sírvase, Felisa.

FELISA

¡A mí déjeme de mate! ¡No quiero más!

SERVANDO

¿Está enojada? Tome otro mate, Felisa, y no sea apresurada de juicio. Usted no ha procedido bien, Felisa. No está bien presentarse a un amigo de su marido y esponerle las quejas. El amigo, si lo es de veras, no puede quitarle la razón y valerse de éso para...

FELISA

Valerse de éso, ¿para qué?...

SERVANDO

(Arrepentido de lo que iba a decir, cambia el rumbo de su pensamiento)... para pasar él por bueno.

FELISA

¡Ah! ¿Entonces un hombre bueno tiene que ser malo para no ser diferente a su amigo?

SERVANDO

Un hombre bueno de verdad tiene que ser bueno para todos. No estaría bien que yo le diera la razón a usted y que aprovechara de un mal momento de Domingo, para ponerlo overo ante los ojos de la mujer. Por eso creo que usted ha buscado un mal juez en mí para sus quejas. *(Tras una pausa. Como para sí mismo).* ¡Yo no puedo ser juez de lo que pasa entre ustedes!

FELISA

Será porque a usted no le importa, Servando. Será porque no me quiere.

SERVANDO

Será.

FELISA

(Tras un largo silencio). Si es así, tiene razón. Yo estaba equivocada. Venía creyendo otra cosa. *(Una nueva pausa, esta vez breve).* Entonces ¿a qué venía tanto pararse en la esquina de casa, en horas en que usted lo sabía trabajando a Domingo? ¿A qué venía tanto mirar para la puerta de calle, como encandilado? ¿A qué venía tanto hablar de una, como si una fuese un ángel o una santa? ¿A qué venía tanto mirarme a los ojos, como si viera en ellos quien sabe qué?

SERVANDO

¡A nada, Felisa, a nada! ¿Le he dicho yo algo a usted? ¿Alguna vez le he dicho algo?

FELISA

Hace apenas unos minutos me ha dicho...

SERVANDO

Le he dicho también que ahora no podía ser. Y después... ¡qué tanto averiguar! ¡Qué tanto cavilar sobre si estaba o no estaba parado en la esquina de su casa, y si la miraba o no la miraba! Esas son cosas mías, Felisa. Yo miro para donde quiero y me paro donde quiero y digo lo que quiero también. Mientras no la ofenda, mientras no la calunie... Estoy en mi derecho.

FELISA

¡Está bien!

SERVANDO

(Se acerca nuevamente a Felisa, le quita el pañuelo que había dejado sobre la herida y sale. Segundos más tarde vuelve, y por segunda vez deja el pañuelo sobre la herida de Felisa. Esta vez ella reacciona menos violentamente, pero no deja de ser visible que el agua con sal le produce, al pronto, un fuerte ardor). En seguida se le va a pasar.

FELISA

¿Y a qué viene todo esto entonces? ¿A qué viene tanta atención? Si no me quiere, ¿por qué me cuida?

SERVANDO

¡Vea con lo que sale! La trato como a cualquier hija de vecina. ¡Pero mire que tiene gracia usted! A cualquier mujer que yo viese en esas condiciones, trataría de curarla... si se dejase. Y si estando en mi casa no lo hiciera, sería un mal cristiano.

FELISA

Tiene razón. *(Se queda preocupada y desilusionada a la vez).*

SERVANDO

(Que se ha quedado observándola y que tiene también él su preocupación respecto del problema que ha venido a crearle Felisa, cae en una especie de melancolía. De pronto, reaccionando de su propia depresión. En voz alta). ¿No quiere que yo sea padrino del muchacho?

FELISA

(Sin salir de su aislamiento). No.

SERVANDO

(Como si acariciara la idea de serlo). ¡Me gustaría, Felisa! ¡Me gustaría mucho! Le prevengo que sería un buen padrino. A los tres o cuatro años lo llevaría conmigo en el pescante y desde ahí le enseñaría mirar la vida como la miro yo: con resinación y con gusto. Cada uno tiene su sitio en el mundo, fijado por el destino.

FELISA

¡No quiero, no quiero! ¡Le digo que no quiero! No quiero un hijo resinao como usted, a lo que venga. No quiero un hijo que tenga el miedo que usted tiene para seguir sus sentimientos. No quiero un hijo que trate por igual a los buenos y a los malos, un hijo que sea injusto como nadie, por querer ser más bueno que los demás.

SERVANDO

Está bien, Felisa.

FELISA

Luego de un largo silencio, tira el pañuelo y se pone de pié, resuelta a marcharse). Adiós, Servando.

SERVANDO

(Reteniéndola por un brazo, muy suavemente). ¿Se le ha pasado el dolor?

FELISA

¡A usted no le importa!

SERVANDO

Yo nunca pregunto lo que de verdad no me importa. *(Observándole la cara).* ¿Se le ha pasao o no?

FELISA

No me duele nada más que usted, Servando.

SERVANDO

(Conduciéndola suavemente hacia el aparador, que abre cuando está junto a él) Aquí está la yerba y el azúcar. Tiene todo lo que le hace falta para cocinar. Nosotros no tenemos cocina aquí. Cocinamos sobre un brasero, que está del otro lado de la casa. *(Extrae algo del bolsillo del pantalón).* Esta llave es de la puerta del cuarto. Si tiene miedo, cierre con llave. La cama es chica, pero blanda; la almohada grande es de pluma de gallina: justo como para mujer con carga. Todo es suyo. Yo tengo algo que hacer. Volveré tarde, pero estese tranquila, y haga y deshaga. Usted es dueña. Cuando venga la viejita, que ha ido a misa...

FELISA

¿Su mama?

SERVANDO

Es como si lo fuera. Me la encontré en la calle a la pobre, como a una gatita. Hace muchos años. Pero es mi madre. Usted dígale... Diga lo que le parezca. Estará bien dicho y será la verdad.

FELISA

(Que ha seguido conmovida los pasos de Servando y que le ha escuchado con abundantes lágrimas, le pasa la mano por la cara y le contesta, dulce y estremecida). ¡Hasta luego... Servando!

ACTO PRIMERO

Cuadro Primero

El corralón que se ha conocido en el prólogo. Han pasado cinco o seis meses desde el antecedente del prólogo que se creyó indispensable a la obra propiamente dicha. Felisa ha permanecido junto a Servando, en cuya casa ha dado a luz un varón, hace apenas un par de semanas, cuyo cristianamiento se realizará precisamente este día. Son las seis de la mañana. Al levantarse el telón, está en escena Servando, cerca de un fuerte y brioso tordillo, medio frisón, al que limpia. El buen humor de Servando brota de todos los poros de su cuerpo y hasta parece hacer más translúcida la hermosa mañana de verano en que se inicia la acción de la comedia.

SERVANDO

(Mientras rasquetea al animal). ¡Poco que te gusta a vos que te rasqueteen y que te bañen y que te cepillen y que te tusen! ¡Y que te pongan hasta moñitos en las crines! Si pudieras, andarías con adornos en la cola. Si fueras cristiano, te lo pasarías en los comercios todo el santo día, como las mujeres por las tiendas. ¡Qué raza de animal la tuya! Ahí andan las mujeres de ustedes, panzonas, hurañas, con el pescuezo alargado hacia el suelo, mezquinándoles las crines a las tijeras. En vez, ustedes, los hombres, andan con el cogote erguido, la cabeza en alto, pre-

sumiéndoles a las hembras. Son como los liones. Y ahora que caigo: ¡como los pavos también! En la raza de los liones, son ellos, los machos, los que presumen. Dios les ha dado una melena como de llamas, y unos ojos que hacen chispas, como el carbón. Y claro, las mujeres les andan detrás, husmeándoles como cuzquitos. ¡Qué van a hacer las pobres! ¿Con qué van a presumir? Si hasta en el cuerpo los machos las aventajan. Menos mal que los liones son muy hombres cuando pinta la ocasión! ¡Pero los pavos! ¿Qué me dice de los pavos, amigo? Compadreeme ahora, si es guapo. Abren su cola, muy bonita —no digo que no—, pero no para un macho. ¡Eso sí que es de mujercitas! De mujer que se pavonea, es claro. Hay que verlos, pretensiosos y estirados, como con jaqué y cuello duro, recorriendo el gallinero, sin dejar acercar a las pavas —¡pavotas!—, de miedo a que les estropeen la cola, como si fuera todo lo que tienen de hombres. ¡Hágame el favor! Y no le digo más de lástima. Ya sería un abuso seguir hablando de su desgracia. *(Le acaricia el pescuezo).* No se me enoje. No ve que no quiero ofenderlo. Lo veo tan presumido, que me da risa.

FELISA

(Que aparece por la puerta de la habitación). ¿Con quién estás hablando desde hoy?

SERVANDO

Con este hombre, a quien le estoy dando la gran biaba. Pero lo rezongo, ¿sabés? Le veo tan engrupido, que me da rabia. Ni mujer que fuese. Bueno, entre ellos es costumbre —parece, al menos— que el hombre es el que tiene que presumir y las mujeres andarles detrás, trabajárselos en forma, si quieren tener alguna esperanza. *(Transición).* Y hablando de otra cosa: quiere decirme, señora, ¿por qué se ha levantado tan temprano?

FELISA

Pero si son más de las seis ya.

SERVANDO

¿Y qué tiene? Estás muy débil todavía.

FELISA

Hay mucho que hacer hoy. Tengo que preparar las cosas para los convidados.

SERVANDO

Tenés toda la tarde para eso.

FELISA

Mientras vamos a la iglesia y al Registro Civil y volvemos, son las tres o las cuatro.

SERVANDO

Siempre sobra tiempo.

FELISA

Te parece.

SERVANDO

¿Y el hijo?

FELISA

Dormidito.

SERVANDO

¿Lo dejás solo?

FELISA

Mientras duerme, mejor. Acostada a su lado, me parece que lo despierto con el aliento.

SERVANDO

¿No será al revés? No será que él te tiene desvelada con su respiración?

FELISA

(Extrañada). ¡No digás eso, Servando! Ya me he llevado mis buenos sustos. Como no se le oye para nada, me despierto sobresaltada, creyendo haberlo aplastado. ¿Vos has oído alguna vez el vuelo de una mariposa? Su respiración es como el vuelo de una mariposa. *(Transición. Una breve pausa).* Supongo, Servando, que no vas a atar esta mañana.

SERVANDO

Hoy he decretado fiesta nacional, con motivo del cristianamiento de tu hijo.

FELISA

¿Te cebo unos mates?

SERVANDO

No, señora. El mate me lo cebo yo solo. Si querés acompañarme, tomaremos juntos. Vos sabés que yo cebo unos mates que son gloriosos.

FELISA

Yo te los cebo, ¿querés?

SERVANDO

Vos andá a acostarte.

FELISA

Te juro que estoy bien.

SERVANDO

Si es así, hacé tu gusto.

FELISA

¡No seás malo!

(Servando toma del bozal a su tordillo y se lo lleva ha-

cia la derecha, por detrás de la casa, al tiempo que Felisa entra a la habitación. La escena queda durante algunos segundos sin personajes. Luego, en el instante en que reaparece Servando, vienen, por el portón, Gallito, Arseno, y Peretti. El primero es un muchacho de unos diociocho años; los otros, hombres de treintaicinco a cuarenta. Peretti habla con un ligero acento italiano).

ARSENO

(A Servando, en el instante en que éste va a entrar a su habitación). Cómo apoliyás ahora. Cada día te levantás más tarde.

SERVANDO

(Cuando Arseno está próximo a él). Me dispierto a la misma hora de siempre.

ARSENO

¿A la misma hora? Yo me levanté a las cinco y media y no había un alma en pié aquí.

SERVANDO

Y bueno. Yo me habré levantado a las seis menos cuarto.

FELISA

(Que reaparece por la puerta de la habitación). Buen día.

PERETTI

Bon día, señora.

ARSENO

¿Qué dice el hombre nuevo? No lo oigo rezongar.

FELISA

No llora nunca. ¡Más bueno!

GALLITO

No lo conozco todavía. Me han dicho que es muy feo.

FELISA

¿Feo? ¿Quién te ha dicho eso?

GALLITO

Así decían unas mujeres que hablaban el otro día...

SERVANDO

Estarían hablando de cuando el ahijado de tu madrina era chico.

GALLITO

De verdad que decían que es feo.

FELISA

¿Dónde habrán visto una criatura fea? No sé si estaré equivocada, pero a mí me parece que no hay ninguna que sea de verdad fea.

SERVANDO

Mientras ustedes conversan, yo preparo el mate.

GALLITO

Decían que su hijo es achinado y ñato.

FELISA

Apenas si ha abierto los ojos y ya lo calunian.

ARSENO

No le haga caso a éste. Se crée que es muy vivo y puede darse el lujo de "cachar..."

FELISA

(A Gallito) ¡Zonzo!

PERETTI

¡Vamo a trabacar, vamo!

ARSENO

Trabajar, se dice. ¿Cuando vas a aprender a hablar como la gente?

(Vuelve Servando, con todo lo necesario para el mate. Por el portón, aparece Doña Margarita, que es una anciana de unos setenta años, pequeña y flaca).

SERVANDO

Ahí viene mama.

ARSENO

Hasta luego.

FELISA

No dejen de venir por la tarde. Vos también, Gallito.

SERVANDO

No se te olvide, Peretti.

PERETTI

Sí, hombre. No precisa decirlo. Hasta luego. *(Los tres hombres desaparecen por atrás de la casa, no sin saludar antes a doña Margarita).*

SERVANDO

Aproximándose a Doña Margarita). ¿Qué tal, vieja? ¿Está bien? Ya le ha confesado al fraile sus diabluras.

MARGARITA

Siempre se tiene algo que confesar al cura. Siempre hay de qué arrepentirse, mi hijo.

SERVANDO

Y claro que sí, vieja. ¿Sabe que Felisa quiere que su hijo se confiese? Pero yo no creo que le diga nada al cura. ¿Usted cree que le dirá algo?

MARGARITA

Lo que yo creo es que ya debías haberme dado un mate.

SERVANDO

¡Tiene razón! *(Le trae una silla).* Siéntese, vieja.

MARGARITA

Y vos, ¿qué decís? ¿Te sentís bien?

FELISA

Muy bien, doña Margarita.

MARGARITA

¿Así que lo hacen cristiano hoy?

FELISA

Sí, hoy. Antes del medio día.

MARGARITA

¿Y qué nombre le van a dar?

SERVANDO

Con tanta curiosidad, ¡cómo no va a tener de qué arrepentirse!

MARGARITA

¿Acaso es delito preguntar?

SERVANDO

¿Qué nombre quiere que le den? El que le corresponde.

MARGARITA

¿Y qué nombre le corresponde?

SERVANDO

(Al ofrecerle el mate). ¡Vea qué mate!

MARGARITA

Está muy rico, che. Pero yo los cebo más ricos. ¿Quieres ver?

SERVANDO

Mientras ceba otro). Ya sé que los suyos son más ricos. Para qué se va a incomodar. *(Se lo entrega a Felisa).*

MARGARITA

Nunca me dejás hacer nada. ¿Soy tan inútil yo?

SERVANDO

Ya ha trabajado bastante en su vida.

MARGARITA

Pero estoy fuerte todavía.

SERVANDO

Y últimamente tampoco es cierto que no hace nada. ¿Quién me prepara churrascos y pucheros fenómenos? Diga la verdad.

MARGARITA

¿La verdad, la verdad?

SERVANDO

Sí, sí, la verdad.

MARGARITA

A cada muerte de obispo, yo; todos los días, vos. Y bien que me relamo los dedos yo cuando lo hacés vos.

SERVANDO

Perdoneme, vieja, pero eso no es cierto. Casi siempre lo hace usted y alguno que otro día, yo. Cuando la noto medio cansada, cuando hay algún motivo para no hacerla trabajar demasiado.

(Entrando, él ha vuelto a darle mate a doña Margarita y de nuevo le ha tocado el turno a Felisa).

MARGARITA

Voy a ver si me preparo mi ropa para esta tarde. Es lo único que todavía me deja hacer este tirano.

SERVANDO

Descuidesé nomás y ya verá que ni éso la dejaré hacer. *(Doña Margarita hace mutis por la puerta de la casa. Quedan en escena, solos, Servando y Felisa. Se produce un largo silencio. Se miran amorosamente y luego, cohibidos, desvían la mirada).*

FELISA

¡Cómo la querés a doña Margarita!

SERVANDO

Es tan buena.

FELISA

Sí, es muy buena, pero...

SERVANDO

(Con una sonrisa que denuncia que para él no tiene secretos la reserva de Felisa) ¿Pero qué?...

FELISA

Que no ves más que por sus ojos. Cuando no está ella, te lo pasás con la mirada en el portón, y cuando llega, ya no te importa nada de lo que pasa en el mundo.

SERVANDO

El otro día me dijiste eso mismo hablando del tordillo. *(Pasándole suavemente una mano por la cara).* ¿Tenés celos, Felisa?

FELISA

Sí, los tengo. Tengo celos de todo lo que vos querés, porque yo no quiero a nadie más que a vos.

SERVANDO

¿A nadie más que a mí? No puede ser. ¿Y a tu hijo?

FELISA

¿Querés que te diga una cosa? *(Con verdadera vergüenza).* Me da miedo y vergüenza decírtelo.

SERVANDO

Decilo sin miedo, Felisa.

FELISA

Sí, claro, es mi hijo y lo quiero mucho. Sería feliz dándole hasta la última gota de mi sangre, si la precisara. Pero siento que le falta algo al pobre. Algo que no podrá tener jamás.

SERVANDO

No le falta nada.

FELISA

Le falta ser tuyo, Servando. Le falta haber nacido de este amor que te tengo y que está en todo lo que miro y en todo lo que toco.

SERVANDO

(Volviendo a pasarle la mano por la cara). Es hijo tuyo, Felisa. Es lo único que debe importarte. Es lo único que me importa a mí también.

FELISA

¿No te gustaría que fuese tuyo?

SERVANDO

A los hijos hay que quererlos como son y como vienen. A mí, por ser tuyo, me parece que ha venido como debía. Era su destino llegar por ese lado y ya está aquí.

FELISA

(Tras un breve silencio). Servando, yo te quería pedir que me dejaras ponerle otro nombre.

SERVANDO

¡Ah, no, Felisa! No puede ser. Vos tendrás todos los malos recuerdos que querás de Domingo, pero el hijo es de él. No lo podés negar.

FELISA

No, si no lo niego.

SERVANDO

Entonces, es su nombre el que debe llevar. Se llamará Domingo. No podés quitarle lo que es suyo. Las cosas de los hijos no son caprichos que los padres pueden resolver como quieren. Tienen su cosas que hay que respetar. ¿No te parece, Felisa?

FELISA

Sí, Servando. Pero yo sería tan feliz si él llevara tu nombre.

SERVANDO

¿El mío? ¡Mi nombre! Que lleve el de su padre y que lo haga más dino que lo ha hecho él. Amás, no es cuestión tuya ni mía. Vos no le podés dar el nombre que querés sino el que debe llevar, el que le corresponde. Los cristianos hacen así. El tuyo tiene que llamarse Domingo, por que es el primer hijo de Domingo Cardozo. Y es lindo nombre: ¡Domingo Cardozo!

FELISA

No se llamará Domingo Cardozo, sino Domingo Roverano. Llevará el apellido de la madre. Vos decís que los hijos deben llevar el nombre del padre, pero éso será cuando el padre le da el nombre completo.

SERVANDO

No tiene nada que ver una cosa con la otra.

FELISA

¿Y como no va a tener que ver?

SERVANDO

¿Si acaso el hijo no es de él?

FELISA

Sí, es.

SERVANDO

¿Y entonces?

FELISA

(Después de ensimismarse un instante). Le falta ser tuyo. Le faltaría llamarse: Servando. Servando Gómez. Si hasta me parece que no puede ser otro su nombre. ¡Servando! ¿No te gustaría?

SERVANDO

(Embebido en la idea de Felisa). ¡Servando Gómez! Una misma persona él y yo.

FELISA

¡Qué lindo! ¿Verdad, Servando?

SERVANDO

Lindo, sí, Felisa. Pero éste que esiste, Domingo Roverano, es lindo también, y hay que quererlo así. *(Enlaza el cuello de Felisa con el brazo y la aprieta contra su cuerpo).* Yo he oído decir a una vieja —que son las únicas que saben de verdad de estas cosas— que a veces los hijos le sacan a los padres lo bueno que tienen y se desprenden de lo malo. Miento, no es eso lo que yo he oído. Según esa vieja, es en los hijos que se conocen las buenas cosas de los padres. Ahí está, ¿ves? Eso es lo que decía la vieja. Los hijos hacen ver en ellos las buenas cosas de los padres. ¿Que te parece? ¡Eso sí que es lindo! En Domingo Roverano vamos a conocer las buenas cosas de Domingo Cardozo. ¡Muchacho lindo! Con las cosas tuyas, que sos buena por donde te busquen, y con las del padre que descubra, va a ser como para dejarse pinchar los ojos por él. ¿No te parece?

FELISA

¿Vos lo vas a querer mucho?

SERVANDO

Si ya lo estoy queriendo como mío.

FELISA

Por eso mismo lo quiero yo: porque lo querés vos, porque queriéndolo vos, me dejás que lo quiera yo como tuyo. ¡Te quiero tanto, Servando!

SERVANDO

(Besándola). ¡Mi Felisa!

Cuadro Segundo

El mismo escenario. La acción en la noche del mismo día del cuadro anterior. En el patio del corralón se han puesto dos o tres lamparitas eléctricas. En todas partes se ven restos de lo comido y bebido. En la habitación, alumbrada con una lamparilla, está Felisa amamantando a su hijo. Fuera, quedan dos o tres pequeños grupos de íntimos. En el lateral izquierdo, primer término, está Gaetano Batista, payador y guitarrero, acariciando las cuerdas de su viola. A su alrededor, varios hombres —Servando incluso— y una mujer joven. Todos están en una actitud contemplativa y admirativa para el cantor. Son ya cerca de las once.

ROMANO

Dejate de templar y cantá otra cosa de una vez.

NUNZIATA

¡Claro! Cante algo más, Gaetano.

BATISTA

¿Ustedes se creen que no cansa cantar? No se puede cantar, además, cuando no hay silencio. Usted ve que hay gente que gusta más de conversar que de oír algo melodioso. *(Aludiendo, con cierto resentimiento mal disimulado, a los dos grupos de gente que conversa).*

SERVANDO

Si es por eso, no hay que afligirse. En seguida se puede arreglar. Lo que no podría arreglarse es que le faltara voluntad. *(Dirigiéndose a los que hacen corro en los dos grupos).* Señores, el amigo Batista va a cantar y no puede hacerlo si no prestan atención todos. Así que yo les pido...

VOCES DE UNO Y OTRO GRUPO

"Como no". "¡No faltaba más!" "Con mucho gusto".

BATISTA

(Afina ya decididamente su guitarra ante la expectativa visible de todos los circunstantes, y se larga a cantar un vals de letra típicamente porteña entre, melosa y taura).

SERVANDO

(En el momento en que Batista ha terminado la primera parte del vals). ¡Qué linda cosa, amigos! ¡Qué envidia les tengo a los que saben cantar!

(Batista arranca con el segundo pie de su vals y todo el auditorio lo escucha con unción. Al terminar, lo aplauden).

ROMANO

¡Es un trino la voz de este muchacho! Cada vez que lo siento me parece que canta mejor.

NUNZIATA

Tenés razón. *(Servando busca con la mirada sin duda a Felisa. Al no verla, se aparta del guitarrista para ir en su busca. Se asoma a la habitación y la descubre).*

SERVANDO

¡Ah!, estabas ahí! Dando de comer a tu patrón. *(Acer-*

cándosele y pasándole la mano por la cara, que es su modo de expresar los sentimientos más vivos). ¿Pero, otra vez, Felisa? ¡Que no se diga!... *(La cabeza de Felisa cae y ella se la oculta después con el pañal con que cubre el pecho que ha sacado de su encierro).* No hay por qué afligirse, mujer. Vos no les has hecho nada. No han venido porque no han tenido voluntad. ¡Paciencia!

FELISA

(Casi sin poder pronunciar las palabras a causa de las lágrimas). Por eso mismo. Me porté con ellos lo mejor que pude. Fuí yo misma, primero, y luego, fuiste vos. Dos veces los invitamos.

SERVANDO

Sí, es una parada muy fea. Pero no hay que afligirse. Mientras el chiquilín no sufra, todo va bien. Y miralo como está. Durmiendo como un bendito. ¿Por qué no lo acostás, y vamos a oír un poco a Batista. ¡Mirá que canta lindo! Y eso que no ha cantado todavía las cosas que a mí más me gustan.

FELISA

No, yo no tengo ganas de oír cantar. Andá vos, si querés.

SERVANDO

Me parece que se va a ofender. No te has acercado siquiera.

(Afuera el cantor vuelve a toquetear las cuerdas de la guitarra, ante el silencio de todo el mundo).

BATISTA

Tengo la garganta seca.

ROMANO

¿Querés un poco de cerveza?

BATISTA

No. Más bien dame un poco de vino. Me sienta mejor el vino.

ROMANO

(Simulando sorpresa). ¿Ah, sí? ¿Para la garganta sienta más el vino? A la mía también le sienta mejor el vino.

BATISTA

No te hagás el gracioso.

(Entre una y otra réplica, Nunziata se ha levantado, ha llenado por ahí un vaso de vino y se lo ofrece, como subyugada, a Batista).

NUNZIATA

Sírvase, Batista.

BATISTA

Tanta amabilidad me confunde, Nunziata.

NUNZIATA

No se burle, Batista.

SERVANDO

(Toma de entre los brazos de Felisa al niño y lo deja cuidadosamente en la cuna, extendiendo después sobre el ámbito de la cuna un tul). No se ha despertado. Duerme como un hombre de trabajo que tiene la conciencia tranquila. Vení, vamos al patio. *(De pronto).* ¿No te gusta oír cantar? Yo no sé que hayga nada más lindo en la vida. Si con sólo oír cantar, la vida parece otra cosa.

FELISA

Si yo no digo que no me guste. También a mí me gusta. Pero ahora no estaba con voluntad de oír cantar.

SERVANDO

Lo que yo quiero, Felisa, es que te dejés de pensar en lo que estás pensando. Tal vez sea más tu cuñado que tu hermana, el culpable. Pero no interesa. El caso es que no han venido porque dicen que vos estás así... rejuntada nomás con un hombre, que soy yo... Y como ellos son casados...

FELISA

Sí, ya sé, Servando. Por eso te pedí que fueras vos también a invitarlos. Y así mismo no se han dinado venir.

NUNZIATA

¿Va a cantar la milonga que le he pedido? *(Con alegría desbordante, después del gesto afirmativo de Batista).* ¡Ay qué lindo! ¡Van a ver qué hermosura de milonga! *(En efecto, Batista empieza a cantar en voz baja una milonga, de sabor entre campesino y ciudadano).*

SERVANDO

¡Qué vas a hacer si es gente muy encumbrada! Como de otra casta.

FELISA

Vos has dicho que es más culpable él que ella.

SERVANDO

Es un parecer.

BATISTA

(Interrumpiendo su canto, nerviosamente). ¡Así no se puede cantar! ¡Hay mucho bochinche aquí!

ROMANO

¿Bochinche? Yo no sentí ni una palabra.

BATISTA

¡Qué culpa tengo yo si usted tiene orejas de chancho!

SERVANDO

(Que reaparece en el patio del corralón, siguiendo a Felisa, a quien trae presionando levemente la nuca) ¿Qué ha pasado que el cantor interrumpió su canto?

BATISTA

Vos sabés que no se puede cantar habiendo bochinche.

SERVANDO

¿Y quién hacía bochinche? Yo los veo a todos callados.

BATISTA

¡Ahora! Pero hace un rato, cuando yo dejé de cantar se hablaba demasiado. No, aquí... No sé dónde, pero la verdad es que se hablaba demasiado, y yo...

SERVANDO

¡Ah, ya caigo! Felisa y yo hablábamos en el cuarto. Perdoname, Batista. Vos sabés que a mí me gusta mucho escucharte. Sos un fenómeno cantando. ¡Y metele!, que aquí nadie va a hablar mientras vos cantés.

BATISTA

Veremos. *(Reanuda el canto de la milonga interrumpida. Todos escuchan embebidos, principalmente Servando, que es quien, auténticamente, se siente atraído por las canciones populares).*

SERVANDO

(Cuando Batista termina un pie). ¡Eso es cantar! *(Casi en punta de pies le acerca una silla a Felisa, a quien hace sentar y sobre cuya nuca vuelve él a hacer descan-*

sar su mano ablandada por la ternura. Después de unos instantes, Batista termina su canción y todos aplauden con entusiasmo).

NUNZIATA

Muy bien, Batista.

ROMANO

Serías un fenómeno cantando con otro que te acompañara.

BATISTA

Yo debo de tener algo en la garganta, porque se me seca a cada rato.

NUNZIATA

¿Quiere que le traiga otro poco de vino?

ROMANO

¡Qué pregunta!

BATISTA

(Mientras Nunziata ha ido a llenarle nuevamente el vaso de vino). ¿Qué dijiste vos?

ROMANO

Dije que serías un fenómeno cantando a dúo.

BATISTA

(Al recibir de manos de Nunziata el vaso que ella ha llenado de vino). ¿Para qué necesito yo cantar con nadie? *(Haciendo una transición).* Muchas gracias, Nunziata.

SERVANDO

(Busca los vasos necesarios y va sirviendo bebida a todos. Al llegar al grupito que forman Gallito, Arseno y Peretti, que todavía no han abierto la boca). Sírvanse, señores. *(A Gallito, que es el primero que alarga la mano*

para servirse). He dicho: "sírvanse, *señores".* Pero, en fin, ya que te has acercao, servite vos también. *(A Arseno y Peretti).* Y ustedes, ¿qué hacen que no se sirven? Están tristes, como resentidos de alguna pata.

BATISTA

En homenaje a Felisa, a quien el destino ha favorecido con un hijo...

ROMANO

¿El destino? Domingo será. ¡Qué destino ni qué macana!

BATISTA

... a quien el destino —he dicho— ha favorecido con un hijo, voy a cantar la inmortal canción "Pobre mi madre querida", del malogrado payador y poeta, José Betinoti. *(Todos los presentes aplauden. Las palmadas de Nunziata son las que más se oyen, como si en ellas se revelara la pasión que mueve sus manos).*

ARSENO

¡Esto sí que es pa llorar!

GALLITO

Vamos a ver cómo la canta. Para cantar éso se precisa arte.

SERVANDO

Acomódense, muchachos, y guarden silencio. *(Batista empieza a cantar otra vez. Lo hace poniendo en el canto toda la unción admirativa que le inspiran la canción misma y el autor y su leyenda).*

(Apenas Batista, ante el silencio conmovido de todos, termina la canción). ¡Ese es un hijo y no la porquería que es uno! *(Acercándose a Batista y palmeándole la es-*

palda, más que con admiración, con gratitud). ¡Macanudo, Batista! Así se canta o no se canta nada. *(En voz baja).* Yo lo voy acercar a Don Alberto. Ya verá que le va a salir algo bueno.

BATISTA

Le agradezco mucho, Servando, pero a mí ni me interesa. Yo tengo que cantar en el ecsenario. Eso es lo que yo quiero. Si fracaso, pacencia. Pero tengo que verlo primero.

NUNZIATA

(Que disimuladamente ha puesto el oído para enterarse de lo que Servando le ha dicho). Claro. Si tiene que ser un ésito en el tiatro.

SERVANDO

Si es así, no digo nada.

BATISTA

Estoy harto de cantar en los comités. Don Antonio me ha oído la mar de veces.

SERVANDO

Betinotti no ha cantao nunca en el ecsenario. Que yo sepa, al menos. Se ha pasao la vida cantando en los boliches y en los comités.

BATISTA

No le gustaría. Vaya a saber.

SERVANDO

Si a usted le gusta, hace bien en buscar la manera de llegar. Pero a mí me parece que cantar en los boliches, donde está la gente pobre, es otra cosa. A los tiatros va otra clase de gente.

BATISTA

¿Si acaso lo pobres no van también al tiatro?

SERVANDO

Sí, irán. No digo que no. Pero es otra cosa. Cuando la gente pobre está en el boliche está como quien dice en su propia casa. No están estirados como en el tiatro.

GALLITO

Más lindo es cantar en el tiatro.

BATISTA

En el tiatro se triunfa.

NUNZIATA

¡En la radio también es lindo!

BATISTA

En la radio no me gusta. No lo ven a uno. Yo tengo que ver a la gente. Si no, no tengo gusto. Por un suponer, yo canto a veces en mi casa y lo hago sin gusto, para aprender una canción. Pero cuando la tengo aprendida ya, no la canto más en casa.

SERVANDO

¿Entonces a usted no le gusta escucharse y consolarse cantando? Vea lo que son las cosas: yo lo envidio a usted porque se me hace que si yo pudiera cantar me lo pasaría todo el día cantando, pero aquí, en mi casa.

BATISTA

¿Y para los demás?

NUNZIATA

Eso es lo que yo iba a preguntar. ¿Y los demás?

BATISTA

Usted es demasiado egoísta.

ROMANO

No te das cuenta que hay que ser como Batista, que canta para los demás. Para que todo el mundo tenga el gusto de quedarse con su voz en el oído. ¿No es así, Batista?

SERVANDO

Yo no sé. Me parece que a mí no me gustaría que me paseasen por ahí como a un fenómeno... Yo me quedaría en mi casa y le cantaría a Felisa, pongo por caso. Le cantaría a la vieja, al chiquilín y, si acaso, también a los vecinos que quisieran escucharme, sin saber yo que me escuchan, se comprende. *(Después de un silencio).* Yo pienso así porque se me hace que el canto es para uno como si hablara. Uno canta y dice sus cosas, como las dice con las palabras, mejor que las palabras, se comprende. ¿Y cómo diablos puede uno hacer el charlatán con su canto, como quien se larga a hablar sin lástima?

BATISTA

¿Y no hay hombres que hablan en las plazas, para que todo el mundo los oiga?

SERVANDO

Sí, señor, pero son políticos. Es lo que yo quiero decir: que si yo cantara no haría política con mi canto. Me daría el gusto yo y se lo daría a mi gente, mientras me aguantasen. A mí me parece —será porque no sé cantar, porque no me ha dado por ahí— que el saber cantar es como una gracia que le han dado a uno para que sepa decir lo que lleva en su alma. ¿Y qué le importa a los de-

más de mi alma? Le importará a la madre de uno, a la mujer de uno, a los hijos y a algunos amigos, si los tiene. Pero a los demás...

ROMANO

Eso pasa con tu alma. Pero el alma de Batista no es como la tuya. La de él interesa a muchos. ¿No es verdad, Nunziata?

NUNZIATA

Es claro que sí. El alma de un artista conmueve a todos.

BATISTA

Así que, según usted, Servando, yo hice mal en acetar la invitación de venir alegrar un poco esta fiesta?

SERVANDO

¡Qué esperanza, mi amigo! Hizo muy bien, y se lo agradezco de todo corazón. Lo que yo he dicho es que si yo cantara no me gustaría andar de un lado para otro con mi canto. Porque yo tengo otro caráter y pienso de otra manera. ¿Qué tiene usted que ver con todo éso? A usted le gusta hacerse oír y a mucha gente le gusta oírlo: hace muy en darles el gusto. ¿No está bien claro?

PERETTI

(En voz alta, a Gallito y Arseno). Vámonos a dormir, que mañana hay que madrugar. *(Salen los tres, después de un saludo general).*

ROMANO

Ya es hora de que nos vayamos todos.

NUNZIATA

¿Cómo? ¿Ya no canta más, Batista?

BATISTA

(Malhumorado). ¿Hasta cuándo quiere que cante? Se seca la garganta de tanto cantar, ¿qué se cree usted?

NUNZIATA

¿Si quiere le alcanzo otro vaso de vino?

BATISTA

No, ahora ya es tarde.

ROMANO

Dígale que nunca es tarde...

NUNZIATA

...cuando la dicha es buena, ¿verdad?

ROMANO

...cuando el vino esiste, como en este caso. ¿No es cierto, Batista?

BATISTA

No sé de que me habla.

ROMANO

Yo le digo a Nunziata que nunca es tarde cuando el vino esiste. Usted debe recapacitar, Batista.

NUNZIATA

(Que está mirándolo directamente en los ojos a Batista). ¿Quiere? ¿Le sirvo? ¿Sí?

BATISTA

Ya que usted está tan empeñada.

(Nunziata busca vino en todas partes y cuando ya parece haber fracasado en su intento, se encuentra con una

damajuana, que está detrás de la vivienda. Sirve tan nerviosamente que se mancha el vestido. Pero ella no le hace caso al pequeño accidente, porque lo que le interesa es no disgustar a Batista, quien, como se ha visto, es hombre de genio pronto.)

NUNZIATA

Sírvase, Batista.

BATISTA

(En voz muy baja). Si no fuera por usted, yo ya me hubiese ido de aquí, donde nadie entiende nada, con ecesión de usted.

NUNZIATA

(Ligeramente ruborizada ante la interpretación muy especial que ella le da a la cortesía de Batista). Es que canta usted tan bien y es tan simpático.

BATISTA

Lo que es difícil es encontrar una mujer que lo comprenda a uno como usted me ha comprendido a primera vista.

NUNZIATA

¿Le parece?

BATISTA

(Rozando casi su cara con la de ella). No me parece, preciosura: ¡lo he visto! Yo sé que usted me comprende y que también comprende a mi arte. ¿No es así?

NUNZIATA

Me gusta verlo cantar.

BATISTA

Ahí está la cosa: ¡le gusta verme cantar! Le gusto yo y

le gusta mi canto. ¿Verdad? Por eso digo que me comprende a mí y que comprende a mi arte.

ROMANO

(Que se habrá acercado a Batista y Nunziata, sin que ninguno de los dos lo haya advertido). ¡Ya está el chivo en el lazo!

BATISTA

(Indignado). Mándese a mudar de aquí, ¿quiere?

ROMANO

(Tomando la cosa a chacota, no se sabe si de miedo o de provocador). ¿Que me mande mudar de la casa? Si yo soy un invitado igual que ustedes. Los invitados se van cuando les parece oportuno.

SERVANDO

O prudente. Y yo pienso que es prudente...

ROMANO

¿Lo decís por mí, Servando?

SERVANDO

¡No! Lo digo por la hora. Yo soy un hombre de trabajo. Vos lo sabés.

BATISTA

Si es por nosotros...

SERVANDO

"Por nosotros"... ¿Se refiere a usted y su viola? Porque... que yo sepa, al menos, usted es uno solo.

BATISTA

Preguntaba si era por mí y por la señorita.

SERVANDO

¡Así me gusta un cantor! Decidido y caballero. Tiene buen ojo, Nunziata.

NUNZIATA

Ya es tarde de veras. Yo me voy.

BATISTA

Con mucho gusto yo la voy a acompañar, señorita. Si me lo permite, se entiende.

NUNZIATA

Si para usted no es molestia.

BATISTA

Será molestia para mí el quedarme solo, después que la hayga dejado en su casa.

SERVANDO

Payador lindo. ¡Más salamero que un chanchero!

BATISTA

¡Qué quiere, amigo! Yo no sé si me gusta tocar la guitarra porque es mujer o si me gusta la mujer de aficionado que soy a tocar...

SERVANDO

Ha de ser porque toca a la guitarra... nomás.

BATISTA

¿Usted cree que solamente a la guitarra?

SERVANDO

Usted es muy gente para hacer otra cosa delante de todos... Hace un momentito me pareció que se le iba la

mano como una cuchilla en carne blanda. Pero no pasó nada. ¡Usted es muy gente mi amigo¡

NUNZIATA

(Que se habrá acercado a Felisa para despedirse). Entonces, Felisa, me alegro mucho de haberla visto y le deseo mucha suerte en la crianza de su hijo.

FELISA

Muchas gracias. Y dígale a su mamá que no le perdono que no hayga venido.

NUNZIATA

No podía venir. De verdad quo no anda bien la pobre.

FELISA

Si desde el portón la veo siempre andar de un lado para otro, lo más guapa.

NUNZIATA

No crea, no crea. Sufre mucho del reuma.

FELISA

Ah, si es así... Hágale presente entonces mis deseos de que mejore.

NUNZIATA

Muchas gracias.

BATISTA

(Que un instante antes se aproximó a las dos mujeres. Saludando, casi ceremonioso, a Felisa). Me he dado gran gusto cantando en su casa, señora, y ofreciéndole el humilde homenaje de un cantor popular que sabe lo que es una madre.

FELISA

Muy agradecida.

BATISTA

Nada tiene que agradecerme, señora. He cantado de corazón. *(Al darle la mano a Servando).* Y usted ya sabe: cuando sienta nostalgias de un modesto intérprete de las congojas del alma, no tiene más que avisarme.

SERVANDO

Yo no sé más que tener las riendas en la mano, como quien dice, pero se me agrandan el mundo y la vida cuando oigo cantar.

BATISTA

Si todos los hombres fuesen como usted, que no es más que un carrero...

SERVANDO

Es verdad... Parece mentira que un carrero... ¿No es así?

ROMANO

Batista, ¡la metiste! *(Encarándose decidido con Batista).*

BATISTA

(Que ya se ha dado cuenta de su torpeza). Quise decir que el amigo Servando, a pesar de no ser más que un...

ROMANO

...un carrero. Eso mismo. No ve que usted debería hablar en verso, amigo. Con los versos de los valses y de las milongas que canta. Así no metería tan hondo las de andar. ¡Si parece un siempie!

BATISTA

(Volviéndose de nuevo a Servando). Yo no he querido ofenderlo.

SERVANDO

No me ha ofendido, amigo. No soy más que un carre. ro. Nadie es menos que yo. Lo sé muy bien. Pero yo no soy menos que nadie tampoco. Esto también lo sé muy bien. Me estiman los cristianos y me quieren los animales con los que tengo trato. *(Le palmea intencionalmente la espalda a su interlocutor).* ¿Le parece poco para estimarse uno mismo?

BATISTA

Yo lo sé. Sé que he estao torpe. Le pido...

SERVANDO

Usted no tiene nada que pedirme. *(Tendiéndole ahora él la mano).* Cuando quiera, esta casa es suya.

BATISTA

Y creamé que sé estimar lo que la gente vale.

NUNZIATA

(Dándole la mano a Servando). Buenas noches, Servando.

SERVANDO

Adiós, buena moza. Y cuidado con el cantor, que es muy andariego y toma agua en todos los arroyos.

BATISTA

Pero sé que no hay mejor agua que la del propio algibe. ¿No es así?

SERVANDO

Eso es una declaración en forma. Y si no que lo diga ella. Pero, ¡para qué va a decir nada si ya está en llamas como una fogata!

ROMANO

(A Felisa). Hasta mañana, Felisa. *(A Servando).* Chao, Servando. Me voy con ellos: de estorbo. ¡Me gusta! *(A Batista y Nunziata).* Hasta la esquina nomás. No se asusten.

BATISTA

Nosotros vamos para el lado contrario. ¿No es verdad, Nunziata?

NUNZIATA

Se comprende. *(Se van por el portón, Batista, Nunziata y Romano. En seguida Servando junta algunas cosas que han quedado diseminadas por el patio y las deja sobre la mesa "ad hoc" de la fiesta. Entretanto, Felisa entra a la habitación y se dispone a acostarse. Luego de apagar las ampollas de luz del patio, Servando entra también a la habitación y sorprende a Felisa contemplando a su hijo, que duerme en la cuna. Se coloca detrás de ella y observa también él al niño).*

SERVANDO

Duerme sosegado el tipo, ¿eh?

FELISA

Es feliz de inorante que es el pobre. Si supiera los tíos que tiene.

SERVANDO

Cuando lo sepa se reirá. *(En un santiamén, Felisa se desviste a medias y se mete en la cama).* ¿Viste cómo estaba la Nunziata? El diablo se le había metido en el cuer-

po lo que vió al cantor. ¡Amigo! Fuego le salía de los ojos mirándolo cantar. ¿Y Batista? ¡Ah! Se armó de todas las fuerzas que tiene para cantar lindo. ¡Le gustaba la tanita! *(Se mete, a su vez, en la cama, no sin antes apagar la bombita eléctrica y encender una pequeña vela que habrá sobre una silla o un cajón, cerca de la cama, al alcance de la mano).* La verdad es que está buena.

FELISA

(Tirándole suavemente del pelo.) ¡Sinvergüenza!

SERVANDO

Lo digo para que veás que yo entiendo de estas cosas y que sé dónde pongo los ojos.

FELISA

No, si ya he visto que estabas como resentido con el guitarrero, de puro celoso.

SERVANDO

¿Celoso?

FELISA

¡Parecías celoso, sí!

SERVANDO

¡Ah! Sería cuando te dedicó la canción.

FELISA

¡Mentira!

SERVANDO

Lo ha hecho con su más y con su menos. Porque estos guitarreros son todos muy engréidos. En cuanto una mujer los mira a la cara cuando hablan, como debe hacerse, ellos ya se creen que la han enamorado. Te habrá sorprendido alguna miradita y ha pensao: "Esta mujer está conmigo".

FELISA

Yo no lo he mirado siquiera. *(Pausa).* Pero es bastante buen mozo.

SERVANDO

¡No te digo!

FELISA

Es más lindo que ella.

SERVANDO

¡Qué va a ser! Se tuerce todo al cantar. Y le toma rabia al viento porque no se detiene a escucharlo, y odia hasta a los grillos porque no se callan cuando él canta. ¡Si es un hombre más chiquitito que una hormiga!

FELISA

Te muerden los celos porque a Nunziata le gusta. Lo maltratás de rabia.

SERVANDO

¿Cómo le voy a tener rabia si me hace mucha gracia? Si me he estado riendo toda la noche de verlo tan necio.

FELISA

¿Lo ves?

SERVANDO

Y ella también me ha hecho mucha gracia de verla tan encendida. Se le alargaban los ojos y las manos. ¡Ah! ¿No sabés una cosa? Ella le ha estado sirviendo vino toda la noche. Si le adivinaba las ganas.

FELISA

¿Y no te parece lindo que una mujer sea así con el hombre que quiere?

SERVANDO

Siempre que el hombre sea uno, sí; si es otro, es una indinidá.

FELISA

(Riendo de buena gana). ¿Has visto? *(De pronto se oyen unas palmadas en la puerta de la habitación. Felisa se estremece; Servando, por su parte, se sorprende un poco, pero se mueve y procede con entera serenidad, apenas salta de la cama. Vuelven a oírse las palmadas. Servando le acaricia rápidamente la cara y la cabeza a Felisa, enciende la lamparilla eléctrica, luego levanta la arpillera que sirve de cortina y se enfrenta con Domingo Cardozo, que está visiblemente borracho. Este observa con toda desfachatez la cama, como para cerciorarse bien de quién la ocupa, mientras Servando lo mira a él, entre enérgico y sobrador. En seguida, así que Servando empieza a avanzar, aquél se da vuelta y se retira a pocos pasos de la puerta. La lechosa luz lunar ilumina la silueta un tanto torva de Domingo Cardozo y la —en ese instante— grave de Servando Gómez).*

SERVANDO

(Observando con verdadera emoción el encantamiento de la noche lunar). ¡Qué linda está la luna! Mucho lujo para nosotros esta luz. *(Y enciende las bombitas que daban luz al patio al iniciarse el cuadro).*

DOMINGO

A mí me daba lo mismo. Como no le tengo miedo a lo oscuro.

SERVANDO

¿Qué te pasa?

DOMINGO

Vengo a buscar al chiquilín, ¡porque es mío!

SERVANDO

¿Sabés cómo se llama?

DOMINGO

No sé, ¡pero es mío!

SERVANDO

Se llama Domingo. Igual que vos. ¡Cómo no va a ser tuyo! La madre...

DOMINGO

(Interrumpiendo con violencia). ¡La madre también es mía!

SERVANDO

(Después de vacilar un momento sobre la forma en que conviene encarar al hombre que tiene delante). ¡Y bueno!... Yo te la estoy cuidando. Te voy a cuidar también al chiquilín. Como vos sos un hombre muy ocupao.. y de muy mal genio... te voy a cuidar al chiquilín también. Cuando tenga veinte años, lo venís a buscar. *(Viendo que Domingo palpa sobre el saco el cuchillo que lleva en el cinto, se le acerca lenta y decididamente).*

DOMINGO

¿Y si yo te matara?

SERVANDO

Yo tendría que ser muy infeliz. *(Le toma una mano y se la inmoviliza como si la suya fuera una tenaza, y con la otra le saca el cuchillo y lo tira lejos, por los fondos del patio).* Vos sabés que nunca me ha gustado peliar, pero

cuando veo un peliador como vos no sé qué me pasa que tengo que contenerme para no peliar. *(Después de otra breve pausa).* Andate tranquilo. *(Lo empuja levemente con la mano en la cara. Después que Domingo inicia pensativamente el mutis).* No te olvidés de lo que te dije: cuando tenga veinte años lo venís a buscar.

(Domingo sigue caminando hacia el portón, con la cabeza gacha, hasta que desaparece. Servando, que ha seguido todos sus pasos, entra a la habitación).

TELON

ACTO SEGUNDO

Cuadro Primero

Han pasado cuatro o cinco años desde los hechos del primer acto. Servando y Felisa siguien viviendo juntos, más cerca uno del otro que nunca. El patio del corralón y la vivienda han cambiado, todo lo que fué posible cambiar gracias a la atención y al gusto de ella. Ahora hay más plantas y flores —humildes, claro está— que antes, En la pared medianera del fondo, se ve una pileta que Felisa ha erigido. Dentro de la casa hay también algunas cosas nuevas, como un aparador, y una mesa, más grande que la anterior.

Son las cinco de la tarde de un día domingo, y el muchacho que así se llama, en ausencia de la madre, ha quedado al cuidado de Servando. Domingo —a quien llaman Minguito— tiene en la actualidad de cuatro a cinco años y dentro de las posibilidades y el gusto de su madre, viste muy bien. Al levantarse el telón, hay en el patio, en primer término y cerca de la vivienda, una silla de paja tendida en el suelo, y Minguito sobre ella. Detrás de él, vestido como en día de fiesta, Servando. Ambos juegan. El chico se hace la ilusión de estar sentado en el pescante del carro y simula tener las riendas en la mano.

MINGUITO

(Haciendo visibles esfuerzos para que la voz le salga grave). ¡Vamos, Diyo! Le estoy tirando de la rienda para que doble y no quiere.

SERVANDO

No hay que tironear de las riendas. ¿No ve que le lastima la boca al pobre animal y que le puede hacer salir sangre?

MINGUITO

(Impresionado con la idea de la sangre, hace pucheros). Y si yo no tiré fuerte de las riendas.

SERVANDO

(Impresionado a su vez). Pero no se me eche a llorar, mi amigo. *(Lo abraza).* Usted me dice que le tira de la rienda y yo... No hay que llorar por éso. Vamos a ver si lo hacemos doblar entre los dos, ¿quiere?

MINGUITO

(Mezclando a sus últimas lágrimas la alegría que le proporciona la proposición de Servando). Sí.

SERVANDO

Muy bien. Tomemos las riendas. *(Servando cubre con sus manos las manecitas del chico y mueve las suyas como si, en efecto, tuviese las riendas en ellas).* ¿Ve? Ya dobla.

MINGUITO

(Rápidamente, como si lo estuviera viendo). Se ha parado otra vez.

SERVANDO

En seguida volverá a andar.

MINGUITO

Sí, tiene razón.

SERVANDO

Lo que pasa es que conoce mis manos. Si yo casi no me ocupo de las riendas. Estiro apenas la de la mano que quiero agarrar y el animal ya sabe lo que es su obligación. Parece que adivinara lo que yo pienso.

MINGUITO

(Eufórico. Con grandes aspavientos). ¡Vea, señor! ¡El caballo! ¡Se cayó el sol y aplastó al caballo!

SERVANDO

(Poniéndose a tono con Minguito). ¿Qué me cuenta? ¡El sol mató al caballo!

MINGUITO

Sí. ¡Mire cómo mueve la barriga!

SERVANDO

¡Ah! Entonces no está muerto.

MINGUITO

Sí, está muerto porque se fué al cielo.

SERVANDO

¿Pero no me ha dicho que mueve la barriga?

MINGUITO

Mueve la barriga en el cielo.

SERVANDO

Y usted, ¿cómo lo sabe?

MINGUITO

Porque yo también estoy en el cielo.

SERVANDO

Entonces, ¿usted también está muerto?

MINGUITO

No, yo soy la luna. No ve que se cayó el sol y vino la luna. ¿No sabe que la luna también está en el cielo?

SERVANDO

¿Y qué hacemos ahora? Se nos ha puesto fea la yerba, amigo.

MINGUITO

Estamos en el puente, ¿sabe?

SERVANDO

¡Cómo no lo voy a saber si lo estoy viendo!

MINGUITO

Está moviendo una pata.

SERVANDO

¿Seguro?

MINGUITO

Mire, ahora mueve las orejas.

SERVANDO

Quiere decir que no está muerto.

MINGUITO

No, no está muerto. Como yo lo miraba desde el cielo, parecía que estaba muerto.

SERVANDO

Pero, ¿no me dijo que el caballo estaba en el cielo también?

MINGUITO

Antes estaba.

SERVANDO

(A otro imaginario interlocutor). ¿Qué dice? ¡Yo jamás pego a un animal, y menos cuando está en el suelo! Se conoce que usted lo haría también con un cristiano. ¡A mí no me alce el gallo, que los animales en dos patas no me van a enloquecer con tanta bocina! No puedo. ¡No puedo, le digo! *(A un ilusorio chofer de taxi).* ¡Ya veo que el tráfico está detenido! ¿No le gusta la tracción a sangre? A mí no me gusta la tracción a zonzo, y me las aguanto. *(A otro).* Chille nomás, que yo me divierto mucho con la buya.

MINGUITO

Ahí viene el vigilante.

SERVANDO

¿Le tiene miedo?

MINGUITO

Yo no le tengo miedo, pero el caballo ya se levantó sólo.

SERVANDO

¡Qué macana me viene a hacer el Diyo! Yo pensaba hacerme mi gran panzada con todos estos que disparan con los motores y el genio recalentado.

MINGUITO

¡Ahí se volvió a caer!

SERVANDO

¡Está mal usted! ¿Adónde está caído? No ve que arran-

có lo más tranquilo? El Diyo no es de los que se caen dos veces. *(Al imaginario agente, anunciado por Minguito).* Ya nos vamos, agente. Hemos tenido suerte que el caballo se ha levantado. ¿Cómo dice, agente? Yo, antes de castigar a un caballo, me corto una mano. Pregúntele al condutor, que me conoce bien... *(Señalando a Minguito, a quien se dirige en seguida).* ¿Usted cree que yo soy capaz de castigar a un animal? ¿Usted me ha visto castigar alguna vez a mi caballo? Dígale la verdad al agente.

MINGUITO

¡Yo lo voy a llevar al calabozo a usted, vigilante! *(Después de una breve pausa).* Y... Ahora nos íbamos a casa.

SERVANDO

¿Y la carga? ¿Quiere que la dejemos en la calle?

MINGUITO

No, si ya íbamos descargados.

SERVANDO

¡No me acordaba! ¿Quiere que desatemos?

MINGUITO

Sí, tenemos que desatar porque el Diyo está muy cansado.

SERVANDO

Tiene razón. Bueno, baje, amigo. Desprenda los tiros. Eso es. Ahora sáquele el cabezal y el freno. Muy bien. Ahora llévelo a tomar agua, que debe estar muerto de sed.

MINGUITO

Y usted lleve el pasto al pesebre. *(Tras otro silencio de unos segundos).* Se tomó casi toda el agua que había en la tina.

SERVANDO

(Después de una nueva pausa). ¿Y usted no tiene hambre?

MINGUITO

No, porque tengo que trabajar.

SERVANDO

Pero si recién llega de trabajar.

MINGUITO

Yo tengo que trabajar mucho para ganar mucha plata y comprarme un colectivo color naranja que me lleve a la casa de mi tía.

SERVANDO

Después seguirá trabajando. Ahora vamos a comer algo. Podría tomar café con leche, si le parece.

MINGUITO

Bueno.

SERVANDO

(Con el propósito de ver cómo reacciona el chico, simula darle una imaginaria taza de café con leche). Tome.

MINGUITO

(Sin inmutarse, como si fuera la cosa más natural del mundo, simula, a su vez, tomar en sus manos lo que Servando le ha ofrecido y hace como que bebe).

SERVANDO

¿No quiere pan con manteca o galletitas surtidas?

MINGUITO

Dele a su hijo, que es chico ¿usted no se acuerda que yo soy un conductor?

SERVANDO

Pero los hombres también toman café con leche, con pan y manteca y con galletitas.

MINGUITO

Sí, pero a mí no me gusta.

LA VOZ DE UN HOMBRE

(Se lo supone en el portón). Che, Servando.

SERVANDO

(Desde donde está, observando hacia el portón). ¿Qué decís, Palermo?

LA VOZ DE UN HOMBRE

¿No sos pierna pa un truco?

SERVANDO

Ahora no puedo porque tengo que atender a este amigo que ha venido a hacerme una visita. *(Señala a Minguito).*

LA VOZ DE UN AMIGO

¡Ah, no lo había visto! Disculpame entonces. Hasta luego.

(El amigo que se había detenido sigue su camino. Se produce un silencio, después del cual aparece por el portón Felisa. Viene con traje de fiesta, muy bien arregladita. Está más joven y más atrayente que nunca, pero trae cara de persona muy contrariada, que hace lo posible por ocultar su contrariedad. Aparece, contra su cos-

tumbre, silenciosamente, y al pasar junto a Servando, que se habrá sentado al lado de Minguito, no puede menos que pasarle la mano por la nuca, sin pronunciar palabra. En seguida, sin darse vuelta, entra a la habitación, se quita de encima, siquiera sea la cofia tejida con que tiene enredado su pelo, y sale al patio, donde se sienta).

MINGUITO

¿Me das café con leche, Felisa?

FELISA

¿Tenés mucha hambre?

MINGUITO

Y si aquí me dan muy poco de comer.

FELISA

¿Te damos muy poco de comer?

SERVANDO

(Que desde que ha llegado Felisa ha estado observando todos sus movimientos). ¿Qué le pasa, señora?

FELISA

(Falsamente sorprendida). ¿A mí? ¿Qué me va a pasar?

SERVANDO

(Como si no hubiese obtenido respuesta, y exactamente en el mismo tono en que lo ha hecho ya). ¿Qué le pasa, señora?

MINGUITO

¿No me das café con leche, Felisa?

FELISA

(Dándole un empellón al chico). ¡Sos de cargoso vos! ¡Cuando se te ocurre algo!... *(Se pone violentamente de pie, entra a la habitación, saca del aparador una taza y sale para desaparecer por detrás de la casa, donde se supone que hay en la actualidad una cocina. Inmediatamente vuelve con la taza de café con leche que le ha pedido Minguito y le sirve).* ¡Tome, y a ver si se deja de fastidiar!

SERVANDO

(Después de una larga pausa, se acerca a Felisa, la toma del cuello cariñosamente y se alejan de Minguito). ¿No me dice qué le ha pasao, señora, que está toda revuelta, como si se hubiese encontrado al diablo en el camino?

FELISA

No me ha pasao nada.

SERVANDO

¿Ah, no le ha pasado nada? Así que es de gusto nomás que ha maltratado a su hijo, porque el pobre le pidió su comida. *(Viendo, de pronto, que está con lágrimas en los ojos).* Y si no te ha pasado nada, ¿por qué llorás, Felisa? Vos sabés que no me gusta cargosiar, que no me gusta obligar a nadie a que me diga lo que no quiere confiarme. Si me decís que no querés contar, te aseguro que me callo.

FELISA

(Llevándose un pañuelo a los ojos). Me encontré con Domingo.

SERVANDO

¿Y por éso te ponés así?

FELISA

Es que tuvo el coraje de acercarse a hablarme.

SERVANDO

¿Y qué te dijo?

FELISA

Me dijo que si yo no volvía con él, tarde o temprano me iba a matar.

SERVANDO

(Se echa a reír, dominando su indignación). ¿Te asustás por eso? ¿Te asustás porque un cobarde como él te encuentra por casualidad y te amenaza? ¡Qué va a matar el pobre! Si ya no le queda coraje ni para meterse en el agua y darse un baño.

FELISA

No creás que le faltan ganas. Lo pior es que a mí no me matará... ¡Ojalá me matara a mí, si tiene que matar a uno de los dos! Lo que de verdad quiere es matarte a vos.

SERVANDO

¿A mí?

FELISA

(Después de abrazar apasionadamente a Servando). Sí, a vos. Es a vos a quien quiere matar.

SERVANDO

Ni a vos ni a mí. Yo sé lo que te digo, Felisa. Domingo no mata a nadie. Es un atravesao a quien la desgracia le ha puesto freno. Con vos no se atreverá de miedo. Te tiene miedo por todo lo que le has aguantao. Y conmigo tampoco porque sabe que ahora ya no puedo aguantarlo.

FELISA

¡Quién sabe! Siempre fué un cobarde, lo sé. Pero por eso mismo es capaz de cualquier cosa. Te seguirá y cuando te vea descuidado...

SERVANDO

¡Pero si desde que estás aquí ha dicho que nos iba a carniar a vos y a mí! ¿Y qué ha hecho?

FELISA

No se le habrá presentado la oportunidad.

SERVANDO

No se le presentará nunca, porque la oportunidad que le falta es la del coraje, y ya está medio viejo para hacerse de éso. Creemos, Felisa, que no hay motivo para estar intranquila. Domingo sabe que vos le has aguantado lo que ninguna mujer le aguantaría, y que yo he sido con él más leal que le hubiera sido la madre.

FELISA

¡Es cierto, Servando!

SERVANDO

¿Y entonces?...

FELISA

Sí, pero es tan desagradecido y tan atravesado.

SERVANDO

¡Bueno, basta, Felisa! Yo te aseguro que no tengo ni miedo ni preocupación, ni por vos ni por mí. ¡Se acabó! ¿No es verdad que se acabó? *(Con las dos manos le acaricia la cara).* Hasta luego.

FELISA

¿Te vas?

SERVANDO

Sí, señora. Me voy a jugar un truco, y después que lo gane *(en broma)* me voy a buscar a un hombre aficionao a asustar a las mujeres, para ver si me arregla un asunto que tengo por ahí... Una mujercita que se me está resistiendo, sabés, y me parece que con un buen susto puede arreglárseme. Puede que diciéndole Domingo que si no me hace caso la va a degollar, la muchacha comprenda que es mejor estar cerca de mí que de los muertos, por muy queridos que sean.

FELISA

Andá, no digás esas cosas.

SERVANDO

De veras. *(Dirigiéndose a Minguito).* Hasta luego, amigo.

MINGUITO

Que le vaya bien. No se olvide que mañana tiene que atar temprano.

SERVANDO

No me olvido de mis obligaciones.

Cuadro Segundo

La escena representa una cancha de bochas. En primer término, una especie de glorieta con techo de cinc; detrás de ésta, en segundo y tercer términos, dos canchas propiamente dichas. A foro, una tapia de durmientes de fierro. Debajo de la glorieta hay algunas mesas redondas, también de fierro y algunas sillas correspondientes a esas mesas. Entradas y salidas a derecha e izquierda.

Lo que ocurre en este cuadro se produce en la misma tarde del anterior. Al levantarse el telón, están ocupando una mesa de la derecha, Domingo Cardozo y los jugadores Primero y Segundo, y la de al lado, el Jugador Tercero. Los cuatro personajes denotan alguna fatiga.

JUGADOR I

(A Domingo Cardozo). A mí no me cachás más de compañero. Tanta parada con tu zurda y ahora tenemos que pagar.

DOMINGO

(Riendo). A mí me dijo aquél *(Señalando a Jugador Tercero)* que había que hacerte perder para divertirnos un rato con tu bronca, y yo...

JUGADOR I

...y vos no te acordabas que íbamos a tener que pagar la mitá cada uno?

DOMINGO

¡A mí qué me importa! Yo juego a las bochas pa divertirme. Cuando quiero ganar, juego a otra cosa.

JUGADOR I

Vos sos un timbero viejo, ya lo sabemos. Por éso no te hace meya perder a esto. Pero yo trabajo y a mí me cuesta ganarme lo que puedo perder.

DOMINGO

Vos podés perder y broncás; yo que no puedo perder nada, me da lo mismo perder que ganar. No hay que sufrir tanto cuando se juega. Un día de éstos te enfermás del hígado y tenés que gastar en la botica toda la platita que escondés entre las cubijas.

JUGADOR III

(A Domingo, guiñándole un ojo). ¿No te dije? Tira la bronca por un peso y pico que tiene que pagar. Este quiere farriar los domingos a costilla de los demás.

JUGADOR I

Estás macaneando. A mí no me gusta perder, es cierto, pero no por amarrete. Porque a mí me gusta convidar, y cuando se presenta la ocasión me gasto los pesitos con más gusto que cualquiera de los que se dan corte.

DOMINGO

Lo malo es que no se presenta nunca la ocasión para vos.

JUGADOR I

El domingo pasado, sin ir más lejos, pagué como tres vueltas aquí y habían tomado de todo. Hasta güisqui creo que habían tomado.

JUGADOR III

Sí, total dos cuarenta es lo que habrás pagado. Y ya te lo tenés bien apuntado en la memoria.

JUGADOR I

¿Dos cuarenta? Fueron más de cuatro pesos.

DOMINGO

¿Y qué son cuatro pesos para un fabricante de mosaicos como sos vos? Un hombre que tiene fábrica debería gastarse hasta cincuenta pesos en cada día de fiesta, sin chistar. Para eso tiene pobres diablos que le trabajan todo el santo día y todas las semanas y todo el año.

JUGADOR I

¡Ni loco que estuviese!

JUGADOR III

Y si es verdad que no sos amarrete y que te gusta convidar a los amigos, ¿cómo es que no se te da la corazonada de convidarnos?

DOMINGO

Eso es lo que yo quería preguntar.

JUGADOR II

Apretá el corazón y convidá.

JUGADOR I

¿Por qué los voy a convidar, si no se me da la gana? Yo convido cuando me doy un gusto en hacerlo.

JUGADOR III

Es lo que les pasa a los amarretes: no tienen gusto en convidar. ¿Ves que estamos de acuerdo?

JUGADOR I

No es verdad. Los amarretes no tienen gusto en convidar a nadie, y lo que a mí me pasa es que no se me da la gana de convidarlos a ustedes.

DOMINGO

¿Así que es con nosotros solamente la cosa? En todo el barrio no hay uno que te lo crea.

JUGADOR II

(Tres una larga pausa). Les damos la revancha.

DOMINGO

Yo con ese amargo no juego.

JUGADOR I

Soy yo qué no quiero jugar con vos.

DOMINGO

¡Callate, amargo!

JUGADOR III

Déjense de macanas y hagamos el otro.

JUGADOR II

Les damos dos tantos de ventaja.

JUGADOR I

¿Ventaja? No precisamos ventaja.

(Por derecha aparece Servando, con la misma ropa que vestía en el cuadro anterior).

SERVANDO

Salú, señores.

JUGADOR I

¿Qué decís, Servando?

JUGADOR III

¿Cómo te va?

SERVANDO

(Después de sentarse a la mesa de Jugador Tercero). Está pelao esto. ¿Qué pasa que no viene la gente?

JUGADOR I

Será el boicó que le han hecho a Cinquemanni.

SERVANDO

¿Por qué? Por no haber querido dar plata por el entierro de Giannino?

JUGADOR I

Por eso, sí.

SERVANDO

Entonces estamos sobrando todos aquí.

JUGADOR I

Claro que sobramos. Pero la macana ya está hecha. Si me acordaba no venía.

SERVANDO

Yo hubiese venido de todos modos porque vengo a buscarlo a ése. *(Señala a Domingo).*

JUGADOR II

Bueno: ¿se hace esa revancha o no se hace?

JUGADOR I

Vamos. *(Los tres jugadores se encaminan hacia la cancha).*

JUGADOR III

(Dirigiéndose a Domingo). ¿Qué esperás?

DOMINGO

(Mientras también él se encamina hacia la cancha). Voy a ver si me responde la zurda.

SERVANDO

(Inesperadamente enérgico, a Jugador Tercero, que lo está esperando). No, Domingo no juega. *(A Domingo, que se ha quedado inmovilizado al oír las palabras rotundas de Servando, con toda naturalidad).* Sentate. *(Domingo permanece un instante pensativo, después que Jugador Tercero se acercó a los demás jugadores, con los cuales entabla conversación, y luego, muy lentamente, se ha sentado a la mesa que ocupa Servando).* ¿Tomamos algo?

DOMINGO

(Casi displicente). Bueno.

SERVANDO

(Golpea las manos; luego, mientras se mira una rotura del pañuelo que lleva en el cuello). ¿Perdiste?

DOMINGO

Sí, nos ganaron un partido. Chambonié mucho.

SERVANDO

(Rompiendo el silencio que ha vuelto a hacerse). ¿Así que la viste a Felise?

DOMINGO

(Con rencor). ¿Ya te fué con el parte? ¡Qué apurón! ¡Si será chismosa!

SERVANDO

(Que hace un rápido movimiento de cabeza y le clava una mirada dura y desafiante). Se me hace que si te has acercao a ella sería pa decirle algo.

DOMINGO

Se comprende. *(Después de una breve pausa).* ¿Y no te contó lo que le dije?

SERVANDO

(Echándose a reír). Me hizo una cachada, ¿sabés? Me dijo que vos le habías dicho que la ibas a matar si no se volvía a juntar con vos. *(Cambia de expresión y mira fijamente a Domingo).* ¿Qué me decís? *(Domingo baja la cabeza y permanece mudo).* Vine a buscarte para saber qué le has dicho de verdad a Felisa. Yo pensé: "Si es bastante hombre para hacer eso, no le puede faltar coraje para decírmelo a mí". *(Observándolo despectivamente y luego de una extensa pausa, vuelve a golpear las manos, pero esta vez con violencia y fastidio).* Me parece que a vos te faltan unas copas para hablar y para... Iba a decir una gran macana. Para hablar nomás te hacen falta las copas.

MOZO

¿Han llamado ustedes?

SERVANDO

¿Qué vas a tomar?

DOMINGO

Yo, nada.

SERVANDO

¡Qué no vas a tomar! Pedí.

DOMINGO

No tomo.

SERVANDO

Traiga dos semillones. *(Sale el mozo y vuelve a hacerse el silencio).* Vamos a ver si el vino te ayuda a tener coraje. Lo que yo quiero es que tengás coraje, ¡mucho coraje! Como Felisa es mi mujer, no me gusta que se anden metiendo con ella.

DOMINGO

Te parecerá que es tuya, como a mí me parecía cuando estaba a mi lao.

SERVANDO

¡Así me gusta! Que te atrevás a decir las cosas. A mí me parece que es mía, claro. Y si no lo es, yo no podría obligarla. Es libre, tan libre como vos y como yo. *(Breve pausa).* El caso es que ahora está conmigo. Vos sabés que yo no te jugué sucio. Cuando Felisa cayó al corralón y me esplicó lo que había pasao, yo te fuí a buscar. Esa misma tarde te busqué, chupamos juntos toda la noche y terminé por decirte dónde estaba ella y a qué fué a mi pieza. Yo la quería de mucho tiempo atrás. Y si mucho me apurás, te digo que también Felisa me quería a mí. Pero te respeté, después de haberte defendido como a un hombre macanudo, avinagrao por el juego y las copas. Vos me dijiste que no te importaba nada y que te hacía un gran favor cargando con ella. A los tres meses, el día del cristianamiento del hijo, apareciste con cuchillo y todo, dispuesto a madrugarme... si yo me dormía, se entiende. Ahora... Yo sé que es cierto que la has amenazado. Sé que no tenés lo que hay que tener para repetirme lo que le has dicho a Felisa, y es por éso que te hablo y no hago otra cosa. ¿Me entendés? *(Otra pausa).* Vos no has sido nunca mi amigo, pero sabés que yo lo he sido

tuyo. Ya no lo soy. Con esto te quiero decir que podés proceder en este asunto como mejor te parezca. Pero no te olvidés que te vas a jugar el pellejo, si no la respetás como a una señora que no has conocido nunca.

DOMINGO

Vos no hablás nada más que de ella, y hay un hijo de por medio.

SERVANDO

Que es de ella, únicamente de ella.

DOMINGO

¡Y mío!

SERVANDO

¡A mí no me contés macanas, Domingo! ¡No lo has matado a golpes sobre las carnes de la madre, porque Dios no ha querido, y reclamás derechos! ¡Si sos un infeliz! Te creés que basta echarse sobre una mujer para ser padre y que a un hijo se lo copa como a una carta, para ganar con él. ¡Sos muy infeliz!

DOMINGO

(Con indignación contenida). ¿Te estás creyendo mi padre vos?

SERVANDO

¡Mirá qué ganga! ¡Tu padre! *(Lo observa fijamente).* Lo que me estoy creyendo es que pierdo tiempo y saliva hablando con vos. Te veo el odio en los ojos. Mientras me atendés estás pensando cómo me vas a buscar la espalda. Nada de lo que te digo te parece razonable y en todo verdad. *(Pensativo).* ¡No sos un infeliz, no! ¡Sos un miserable! Te lo digo yo, Domingo, que no me gusta ofender ni maltratar a nadie.

DOMINGO

¿Por qué soy un miserable?

SERVANDO

Has tenido a tu lao a una mujer y no has hecho más que castigarla. Te iba mal en la timba, y la golpeabas; venías borracho, y la golpeabas. A duras penas le dabas para parar la olla. Luego de no sé cuántos años, cuando la sabías encinta y te pedía unos pocos pesos para prepararle la ropa a la criatura, que lo que le habías prometido, le desfiguraste la cara. Después que se vino conmigo y le nació el muchacho, te emborrachaste y fuiste a reclamar el hijo. Te presentaste a pedir que te entregaran un recién nacido. ¡Como no pensaras alimentarlo con malas palabras! Llevabas la intención de hundirme el cuchillo porque había tenido con vos la lealtad que tuve y porque me había quedao con una mujer con la que preferías que cargara otro, según dijiste vos mismo. Hoy te topaste con ella y tuviste el coraje de amenazarla de muerte, si no volvía con vos. ¿Qué te parece que es un hombre así? *(Con asco)*. Llamándolo ¡basura!, no lo arreglás. *(Se pone de pie)*. Te llamo a la reflesión por segunda vez, Domingo. Tenés que olvidarte de Felisa. Mejor dicho, tenés que proceder como si la hubieses olvidao. Como vuelvas a acercarte a ella o a recordarla de mala manera, lo vas a pagar con tu vida, donde quiera y cuando sea. *(Sale por izquierda y cae el telón)*.

ACTO TERCERO

Cuadro Primero

Doce años después de lo ocurrido en el acto anterior. Fachada de una casa que hace esquina, en los suburbios de Avellaneda. A la izquierda, la puerta de calle. De mañana. Al levantarse el telón, Domingo abre la puerta de calle como para salir y aparece, por derecha, Minguito, que es ya un adolescente de dieciséis o diecisiete años.

MINGUITO

(Que se ha acercado casi corriendo). Buen día.

DOMINGO

(A quien el saludo del muchacho sorprende estando de cara a la puerta, se vuelve). Buen día. *(Lo observa con gran interés, de arriba a abajo).*

MINGUITO

Este... *(Le acomete una gran inhibición).*

DOMINGO

(Luego de darle tiempo para que hable). Hablá.

MINGUITO

Yo venía para... *(Traga saliva).*

DOMINGO

¿A qué venías vos?...

MINGUITO

(Tras de hacer un extraordinario esfuerzo por dominarse. Exaltado). Yo sé que usted se va a peliar con Servando... con Servando Gómez. Sí, me lo han dicho. Se van a peliar. No sé dónde. A cuchillo se van a peliar.

DOMINGO

(Sin poder disimular su impresión). Y... ¿te llamás cómo?

MINGUITO

(Avergonzado). Me llamo Domingo.

DOMINGO

¿Sos el hijo de Felisa, vos?

MINGUITO

Sí, soy.

DOMINGO

¿Y qué?

MINGUITO

Que no deben peliar. ¡No tienen que peliar! Yo no voy a permitir...

DOMINGO

Interrumpiendo, con sarcasmo). ¿Que no vas a permitir?...

MINGUITO

¡No, no voy a permitir que lo maten a Servando! Ni

que lo maten, ni que lo hieran. El que lo mate o lo hiera tendrá que matarme a mí en seguida. ¡Usted tendrá que matarme a mí!

DOMINGO

¿Y vos sabés quién soy yo?

MINGUITO

Yo sé quién es usted. Yo sé todo. Miento. Todo, no. Por qué van a peliar no lo sé. ¡Ni me importa! *(Contiene a duras penas sus lágrimas).* Yo no quiero que lo maten. Sé que es difícil, porque es muy hombre, pero puede darse el caso de que la mala suerte... ¡Yo no quiero que se dé con él esa desgracia!

DOMINGO

¿Y quién sos vos para no quererlo?

MINGUITO

¿Yo? *(Cortado).* Muy poca cosa. Nada más que un muchacho. Pero tengo una vida y la quiero porque me puede servir para evitar que a un hombre así lo maten injustamente.

DOMINGO

Pero... ¿vos sabés quién soy yo y es la vida de él la que te importa?

MINGUITO

¿No le he dicho ya que lo sé?

DOMINGO

Es que te estoy oyendo y no me parece cierto.

MINGUITO

¿Y por qué no le parece cierto?

DOMINGO

¡Porque yo soy tu padre! *(Cambia el tono).* Debía importarte yo.

MINGUITO

(Baja y mueve negativamente la cabeza). No. *(Nuevamente exaltado).* ¡No me importa nada! ¡Mi padre es Servando Gómez!

DOMINGO

¿Y vos, cómo te llamás?

MINGUITO

Tampoco me llamo Cardozo.

DOMINGO

Pero te llamás Domingo, y yo me llamo Domingo.

MINGUITO

¡Qué importa, si donde nombran a Servando Gómez yo me siento nombrado. ¡Qué importa si desde que era así *(señala una altura de cincuenta centímetros sobre el nivel del suelo)* me estoy buscando todo lo que a él se parezca, y me siento feliz! Y he querido siempre caminar como él, y me peino como él y hablo como él, y soy carrero como él y quiero a los caballos como los quiere él. De usted no sé nada más que lo que no hubiera querido saber nunca.

DOMINGO

Pero llevás mi sangre.

MINGUITO

¡Mentira! Será porque Dios no lo ha querido, pero no la llevo. Dígame en qué me le parezco.

DOMINGO

Sos demasiado muchacho para saber lo que sos. Cuando empecés a ser hombre ya me iré viendo en vos.

MINGUITO

Si todos me dicen que soy igualito a Servando.

DOMINGO

La gente lo dice por decir nomás.

MINGUITO

Lo dicen porque es verdad. Si yo lo veo. No soy pendenciero. Servando nunca lo ha sido. Será por eso que cuando no hay más remedio que peliar se le achican todos. Me gusta el trabajo y no me llama la timba. Quiero y respeto mucho a mi madre, y cuando me piden algo lo hago con el mayor gusto. Todo lo aprendí de Servando.

DOMINGO

¡Cómo te han enseñado a despreciarme!

MINGUITO

Jamás me han hablado de usted en mi casa.

DOMINGO

Has aprendido muy bien las leciones.

MINGUITO

Aprendí a comprender las cosas y a querer a quien lo merece. Nadie tiene la culpa si es usted...

DOMINGO

... si yo, ¿qué? Hablá y terminá de una vez.

MINGUITO

(Cortado, otra vez). Yo ya terminé. Lo que he venido

a decirle ya se lo he dicho. Si esta noche Servando sale muerto o herido, usted tendrá que matarme a mí también. He venido a prevenirle.

DOMINGO

¿Y por qué no le decís a Servando que no debe peliar conmigo?

MINGUITO

Yo sé que él no pelea sino cuando ya no queda otra cosa que hacer.

DOMINGO

(Luego de una pausa). Está bien. Podés irte nomás.

MINGUITO

¿No me promete nada?

DOMINGO

¡Qué te voy a prometer! ¿Te creés que me voy a dejar sobrar por un mocoso como vos?

MINGUITO

Yo no digo eso. Yo no vengo a sobrarlo. Vengo a decirle lo que puede ocurrirle. Nada más.

DOMINGO

Servando ha sido la desgracia de mi vida, para que sepás.

MINGUITO

Ha sido la felicidad de mi madre y la mía.

DOMINGO

Vos no sabés nada.

MINGUITO

Lo que tengo que saber de mi vida, lo sé. Y no preciso saber nada más para hacer lo que estoy haciendo.

DOMINGO

Algún día, cuando seás hombre, vas a comprender lo terrible de las cosas que viniste a decirme. A un padre, por canalla que sea, no se le puede decir éso.

MINGUITO

Si yo no he venido a decirle nada malo a usted. He venido a decirle que Servando es el hombre que me ha enseñado a caminar, a trabajar, a comprender.. Y a querer también. Y que el que le hace un daño a él me lo hace a mí. Yo lo obligo a que me lo haga a mí, para ser igual que él, para estar como él. No tengo culpa si el primero a quien me toca decírselo es usted. Yo no lo he buscao. Si hubiese sido por mí, yo no habría cruzado nunca una palabra con usted.

DOMINGO

(Luego de una pausa). Andá nomás. Ya te he escuchado más de lo que debía.

MINGUITO

(Hace un falso mutis y se vuelve). ¡Ah, se me olvidaba una cosa. ¡No se crea que porque soy... un mocoso, como dicen, hablo por hablar. Yo hago lo que digo. Los hombres de verdad están siempre detrás de sus palabras, como detrás de esta ropa que llevó está mi cuerpo. Servando es así, y yo soy como Servando.

(Minguito y Domingo toman rumbos opuestos y cae el telón).

Cuadro Segundo

De nuevo en el corralón. Servando y Minguito aparecen sentados en el patio, mientras Felisa les ceba mate. Es al caer de la tarde. Algunos detalles sugieren que Servando y el muchacho han terminado su faena diaria. Al levantarse el telón, Felisa le ofrece el mate a Servando.

SERVANDO

(Al recibirlo, dirigiéndose a Felisa). Pero, che, Felisa: ¿no sabés vos que tu hijo había sido una fiera para las polleras? ¡Amigo! Hay que verlo maniobrar con los ojos desde el pescante. Pasa una muchacha y le sonríe como diciéndole: "Abordame sin miedo y vas a ver qué bien te va a ir"; pasa otra y lo mira, seria, contrariada, como diciendo: "Ya sé que te gusta Fulanita". Y así todas. Con buena o con mala cara, la cuestión es que liga siempre. El se deja querer y está en el pescante como un rey ante los súditos, ¿sabés?

MINGUITO

¡Qué gusto de esagerar! Dos o tres muchachas me han saludado apenas.

SERVANDO

(Entrega el mate). ¿Dos o tres? ¡Avisá! Fueron como vainte.

MINGUITO

¡Qué van a ser veinte!

SERVANDO

Yo soy nacido en Avellaneda y tengo... como veinte años, y jamás de la vida me ha saludado nunca tanta gente... Bueno, digo gente por tratarlas bien... Mejor dicho, de miedo a que me arañés. Hay algunas que... de verdad, Minguito, que no parecen muy santas

FELISA

Parece que te has fijao muy bien como eran. Las has visto mejor que él.

SERVANDO

Y es claro que las he visto mejor que él. Si él no necesita mirarlas. De reojo, ya sabe lo que son y lo que calzan. Pero para un viejo como yo, vos comprenderás, Felisa, que el mirarlas ya va siendo el único consuelo que queda.

FELISA

Yo te voy a enseñar el hacerte el mosquita muerta. Te conozco, Servando. Sos un buen desfachatado vos también.

MINGUITO

Yo no sé si será desfachatado. Al menos, yo no lo he visto así. Pero que las mira bien y les ve de una ojeada lo bueno y lo malo que tienen, es verdad.

FELISA

¡Oh, no precisas decírmelo! Lo conozco tanto. *(Le ceba un mate a Minguito).*

SERVANDO

Desfachatado, no. Las miro sin intención, sin pedirles nada.

FELISA

¿Y qué querés pedirles vos, a tus años y con lo que has corrido?

SERVANDO

Estás equivocada. Una cosa es que yo, de puro serio, no les pida nada y otra es que no les pueda pedir. Estás muy equivocada, Felisa.

FELISA

Es inútil que pretendás hacerme rabiar. Yo sé que...

SERVANDO

¿Qué es lo que vos sabés?

FELISA

Que cualquier mujer que está dispuesta a fijarse en un hombre no se va a fijar en un viejo como vos.

SERVANDO

¿Viejo?

FELISA

Sí, sí, viejo.

SERVANDO

Pues sólo vos te das cuenta de eso, porque todas las demás mujeres ni me lo dicen ni yo les permitiría que me lo dijesen.

FELISA

A nadie se le puede esigir que no diga la verdad, la verdad que se está viendo.

SERVANDO

¿La verdad? El hombre no tiene edad para las mujeres. Ellas sí tienen edad para los hombres. Yo soy más viejo que vos, pero vos sos vieja y yo no. Ahí tenés cómo son las cosas.

FELISA

¿Vieja yo? Si me descuido todavía me piropean por la calle.

SERVANDO

Sí, claro. Nunca falta un roto para un descosido. Dirán: "Mirá qué simpática vieja". Y eso lo pueden decir porque es cierto. Si yo mismo te miro y lo pienso a veces.

FELISA

No sabés vos las cosas que todavía me dicen. Si no fueras tan celoso...

SERVANDO

No sé cuándo me habrás visto celoso vos.

FELISA

No hace un año todavía del disgusto que tuvimos porque te dije que Amancio me convidó a tomar un helao y yo le aceté.

SERVANDO

No me enojé por celos, Felisa, sino porque Amancio es un hombre capaz de hacer creer que vos lo has acompañado porque nosotros andamos mal.

FELISA

Qué otra cosa podés decir vos.

MINGUITO

Eso es. A ver si, al final, salen peliados de veras.

FELISA

(Reaccionando con inesperada energía). ¿Nos has visto peliar alguna vez? Decí, ¿cuándo nos hemos peliado?

MINGUITO

¡Está bien, señora! No se ponga así.

FELISA

Cualquiera que te oyera creería que Servando y yo estamos como perro y gato.

MINGUITO

Yo no he dicho tal cosa.

FELISA

No lo has dicho, pero lo has dado a entender. Así que, cuidadito con repetirlo. *(Hace mutis por detrás de la casa. Se hace un largo silencio. Servando empieza a tararear en voz baja una canción melancólica).*

MINGUITO

Estás raro vos, Servando. *(Servando parece no haberle oído y continúa su canción).* Digo que estás un poco... raro.

SERVANDO

¿Me hablabas?

MINGUITO

Sí. Decía que estás un poco raro.

SERVANDO

¿Quién? ¿Yo?

MINGUITO

A mí me parece.

SERVANDO

¿Y por qué te parece?

MINGUITO

En todo el viaje se lo pasó silbando y cantando bajito.

SERVANDO

¿Y qué tiene?

MINGUITO

Tiene que no lo hacés nunca.

SERVANDO

Siempre me ha gustado cantar.

MINGUITO

Le gustará, pero no lo hace nunca.

SERVANDO

No me puedo pasar la vida cantando.

MINGUITO

Yo creo que a usted le pasa algo. Cuando usted canta o silba es porque algo le pasa.

SERVANDO

Me pasará que estoy contento.

MINGUITO

Vos sos al revés de todo el mundo. Todo el mundo canta cuando está contento y vos cantás cuando estás triste.

SERVANDO

Entonces me parezco a vos, que también sos el revés del pepino: te ponés serio para decir macanas.

MINGUITO

Así me la va a ganar siempre. Con decir que no, ya está todo arreglado. *(Con cierta violencia).* Yo te digo que algo te pasa. Yo no sé qué, pero algo te preocupa. Apenas si me has hablado, y no creo que hayás visto nada de lo que ha pasao en la calle. Una sola muchacha conocida me sonrió al pasar y vos la viste de casualidad. Lo que has dicho hace un rato lo has visto en otras ocasiones y lo has largao ahora para hacer creer que estás contento.

SERVANDO

¡Che, che! A este paso va a resultar que soy un escondedor.

MINGUITO

No sé si serás escondedor, pero ahora venís escondiendo algo.

SERVANDO

(Tomándolo a chacota). ¡Ah, natural, amigo! Ahora caigo. Tenés razón. Estaba escondiendo una cosa muy importante: tengo resuelto no trabajar más. En adelante, el carro es tuyo y vos harás lo que querés con él. ¡Yo me jubilo, amigo! El Diyo y yo nos jubilamos. Si querés trabajar, te comprás otro caballo. El mío se ha ganado el descanso y la comida para mientras viva.

MINGUITO

Yo te aceto el regalo, pero te advierto que no es éso lo que estabas escondiendo.

SERVANDO

Entonces vos sabés mejor que yo.

MINGUITO

Yo no sé nada más que lo que estoy viendo.

SERVANDO

¡Bueno, amigo! No insista con sus macanas.

MINGUITO

Si te enojás, no digo más nada. Pero sigo pensando que escondés algo y no querés decir de qué se trata. Pero yo lo voy a saber. Te aseguro que yo lo voy a saber y vos lo vas a comprobar que lo sé. Siento, eso sí, tener que averiguarlo. En verdad vos tendrías que decírmelo.

SERVANDO

Terminá de decir macanas, ¿querés?

MINGUITO

Si te molesta, no digo nada más. Pero no estoy convencido de lo que decís.

FELISA

(Volviendo de sus quehaceres). Se acabó el mate para los donjuanes.

SERVANDO

(Mientras se aproxima lentamente a Felisa). ¿Te has enojado conmigo? *(Le acaricia el cuello).* No tenés que enojarte conmigo. Si yo no les hago caso a las mujeres. Me persiguen por todas partes, pero yo me acuerdo de vos y las trato descomedidamente.

FELISA

Eso cuando te acordás. Y cuando no te acordás, ¿qué pasa?

SERVANDO

(Entregado sinceramente a una sorpresiva ternura). ¡Si yo me acuerdo siempre de vos, Felisa!

FELISA

De lo que te acordás siempre es de las mujeres.

SERVANDO

Lo hago con la ilusión de darte un poco de celos. Y cuando veo o me parece ver que te ponés celosa por lo que digo, me siento feliz, como ahora.

FELISA

Sos un mentiroso y un zalamero.
(Minguito hace mutis hacia el interior del corralón).

SERVANDO

Lo que soy de verdad es un hombre que te quiere.

FELISA

(Mirándolo, de pronto, a la cara). ¿Y esto? ¿A qué viene todo esto? ¿Estás queriendo hacerte perdonar algo?

SERVANDO

Pero, no digás esas cosas. Parece mentira que no me creás. *(Le acaricia delicadamente el pelo).* Estoy contento y te acaricio.

FELISA

Contame entonces por qué estás contento.

SERVANDO

¡Qué sé yo! Estoy contento y nada más.

FELISA

Si no me decís por qué no te puedo creer.

SERVANDO

Puede que sea porque se me presenta la oportunidad de hacer algo bueno por vos.

FELISA

No te entiendo, Servando.

SERVANDO

Lo vas a entender cuando esté hecho. Por ahora conformate con ver que estoy contento, que te acaricio porque estoy contento. *(Le toma de nuevo el cuello con el brazo, la aproxima a sí y la estrecha contra su cuerpo, conmovido ante la idea del duelo inminente).*

Cuadro Tercero

La misma decoración del primer cuadro de este acto. Es después de media noche. Al levantarse el telón se ve a Servando que pasea de un lado a otro y luego se detiene, como a descansar, apoyando la espalda en la pared. Enciende un cigarrillo, haciendo pantalla con las manos, lo que permite que un agente de policía, que en ese instante viene de la izquierda hacia la derecha, le vea bien la cara y se la observe sorprendido.

SERVANDO

(Que ha reparado bien en el interés con que ha sido observado por el vigilante). Salú, cabo.

CABO

(Como si recién lo reconociera). Salú, amigo.

SERVANDO

(Sonríe). Parece que no se le hace cierto que sea yo. Y... claro. A mi edad, no es para creerlo. Y ya me ve, cabo, como si estuviera cumpliendo los veinte. Uno se olvida de las mujeres mientras ellas lo quieran. Como han dispuesto otra cosa de mí, aquí me tiene plantao, firme como una palmera, hasta que llegue. ¡Linda mujer! Ya la verá, cabo, si está dispuesto a perderse unos minutos.

CABO

(Que se ha acercado a Servando). Lo que la policía se empeña en averiguar, no lo averigua, y lo que la policía averigua, no le interesa. ¿Está claro o no está claro? Buenas noches.

SERVANDO

(Ligeramente desconcertado). Buenas noches. *(Un instante más de silencio, y aparece Domingo por la izquierda y se detiene al lado de Servando, sin pronunciar palabra).*

SERVANDO

(Tras de observar de arriba a abajo a Domingo y mirándolo fijamente en los ojos). ¿Sabés por qué te he mandado decir que te buscaría y que te defendieras de mí?

DOMINGO

Por lo que sea, aquí estoy.

SERVANDO

Ofendiste a Felisa y a tu propio hijo. Sé lo que has dicho, y éso lo tenés que pagar con tu vida, que es muy poca cosa, pero es lo único que se te puede cobrar. Vos no sos un hombre, porque no tenés nada que defender con orgullo: ni honor, ni vergüenza; ni mujer, ni hijos, ni amigos. Podrás defender una parada en la timba, un vaso de vino en el mostrador, pero algo que no sea plata o vicio, no podés. Estás solo como un hongo venenoso.

DOMINGO

Si tenés arma, sobran las palabras.

SERVANDO

(Transformado). Está bien. Defendete, entonces. *(Y uniendo la acción a la palabra, empuja a Domingo, con*

una mano, para obligarlo a retroceder, mientras con la otra saca su cuchillo. Domingo, puesto que está prevenido, saca también el suyo. Durante un instante se buscan recíprocamente el flanco para entrarle por él al adversario. Luego de unos segundos, se aproximan blandiendo las armas, como si fuera inminente el instante de la sangre y de la muerte, que parece haber sido elegido por el destino para hacer comparecer a Minguito, que llega agitado y se interpone entre los retrógrados enemigos. La presencia del muchacho llena de estupor a Servando y le inmoviliza; a Domingo, en cambio, parece avivarle la ira).

SERVANDO

(Que ha renunciado instintivamente a la pelea, se aproxima serenamente a Domingo, hasta rozarle la ropa y la cara, desafiando su rencor bien visible). Este muchacho es como mi hijo. Por ser como mi hijo, es también como mi padre, y yo, delante de mi padre, ni siquiera he fumao nunca. *(Tira su cuchillo, levanta los brazos en alto y le ofrece el pecho).* ¡Pinchá! ¡Cortá! Puede que mi sangre te limpie la conciencia. ¡Matá, te digo! Aprovechá la ocasión, porque te advierto que, desarmado y todo como estoy, sabré obligarte a reconocer que él no es hijo de mala madre, como dijiste, sino de un mal padre, que sos vos.

DOMINGO

(A quien se ve luchar interiormente con su conciencia, domina sus sentimientos confusos y se acerca a Minguito). Decile a tu madre que me perdone lo que hayga dicho de ella. No he sabido resinarme a perderla. No la he querido como merecía, pero la he querido mucho, malamente, para mi desgracia. *(Después de otro breve silencio).* Y vos...

MINGUITO

A mí no me diga nada. *(Un nuevo silencio, durante el cual Servando y Domingo permanecen ensimismados en su personal emoción. Como en un estallido de júbilo).* ¿No quieren que vayamos a tomar las copas, los tres?

SERVANDO

(Sin poder contener la alegría que le produce la generosa cordialidad de Minguito, le enrosca el cuello con su brazo y se dirige luego a Domingo). ¡Vamos, Domingo!

FIN DE "UN TAL SERVANDO GÓMEZ"

VERGÜENZA DE QUERER

comedia en cuatro actos

REPARTO

Di Giácomo	*Nicolás Fregues*
Goya	*Delfina Jauffret*
Flora	*Rosita Catá*
Juan Manuel	*Arturo Bamio*
Franciso Meléndez	*F. López Silva*
Aníbal	*Eduardo Riveira*
Teófilo Argibey	*Américo Vargas*
Regina	*Carmen Heredia*
Abel	*Mario Giusti*

Esta obra fué estrenada el miércoles 18 de junio de 1941, por la compañía dirigida por Enrique Gustavino, en el teatro Marconi de Buenos Aires.

ACTO PRIMERO

Tres escenarios simultáneos, vistos por un corte transversal oblicuo: el primero, el de la izquierda, representa una pequeña habitación —dos metros de largo, cuando mucho—, en la que hay una cama angosta, una silla —sobre el respaldo de la misma, un saco viejo, y sobre el asiento, una tapita de lata que hace de cenicero—. Una pequeña tela pintada al óleo cuelga de la pared, y en otro lugar, un apunte, al carbón, de una mujer de unos 50 años. En cualquier parte bien visible, otra tela, de mayor tamaño, pintada también al óleo, pero inconclusa. El segundo escenario representa un amplio "hall" de casa antigua, con alto zócalo y sobre éste, hasta el cieloraso abovedado, papel de colores sombríos. El "hall" está convertido en una suerte de "living" —triste y pobre— con tres rincones perfectamente caracterizados, que sólo se confunden, al pronto, por la comun lobreguez del ambiente: en un ángulo, una pequeña mesa redonda, de mimbre, con dos sillas del juego, casi disimuladas por los almohadones y trapos que cuelgan de los respaldos; en otro ángulo, un sofá tapizado en cuero, destruido ya en los bordes; en el centro, una mesa de comedor, no mucho menos antigua que la casa, con cuatro sillas distribuídas a su alrededor. sobre la mesa, una carpeta de felpa y sobre ésta una maceta con planta.

Puertas practicables: una en el foro y dos en cada lateral. La primera comunica con una escalera que da a la ca-

lle, y las de cada lateral con otras tantas habitaciones; la del primer término de la izquierda, con el primer escenario ya descripto, y la del primer término de la derecha, con el tercer escenario cuyas características son las siguientes: una cama de madera y un "toilette", viejo y deteriorado, con algunas chucherías de mujer, y un armario como de libros, que hace las veces de ropero. A manera de mesa de luz, una banqueta larga y baja, en la que hay un velador pobrísimo.

El primer escenario es la habitación de Juan Manuel Meléndez, y el tercero, la habitación de Goya Meléndez, hermana de Juan Manuel.

A derecha e izquierda pasillos que conducen a las demás dependencias de la casa.

Son las cinco de la tarde. Al levantarse el telón aparecen en escena Flora y Goya Meléndez. La primera, con guantes de goma y con cofia, le da lustre al piso con un trapo, mientras la otra, la hermana menor, sin preservar sus manos ni su pelo, cepilla el piso encerado, poniendo en la tarea toda la energía que requiere, al revés de aquélla, quien, no obstante tener a su cargo la parte más liviana, la realiza con todos los remilgos propios de quien tantos cuidados tiene para que el trabajo no deje huellas en sus manos. Al iniciarse la comedia, están ya casi al final de la labor, en los umbrales de la puerta del foro, lo que quiere decir que el piso debe verse ya íntegramente lustrado.

GOYA

(Con la energía que pone en todas sus cosas, abandona el cepillo de lustrar pisos que tendrá calzado, toma, con violencia, de las manos de Flora el trapo con que ésta estaba fregando y comienza a hacerlo ella, con la fuerza de su energía y de su voluntad naturales y la violencia del instante, todo lo cual contrasta con la sangre fría con

que trabajaba su hermana) ¡Así se hace esto! ¡O no se hace! Bueno, esto es un modo de decir, porque hay que hacerlo, Flora, por mucho que te moleste. *(Mientras continúa haciéndole la demostración).* ¡Tanto miedo de estropearse las manos! *(Se vuelve hacia Flora).* Mientras no tengas quien te las bese, no sé yo lo que puedas perder.

FLORA

¡Siempre la misma guaranga tú! ¿Qué sabes si tengo o no quién me las bese?

GOYA

Pues, si tienes, mejor para vos, y para todos nosotros también. Pero aun en ese caso, tampoco tienes por qué mezquinarlas tanto al trabajo. Ya verás qué pronto te las alisa y embellece, si lo tienes. *(Deja el trapo).* Trabaja con ganas, Flora. Por una vez que se nos anuncia una visita, bien puedes molestarte *(Reinicia su tarea. Largo silencio).* Algo le deberemos a esa pobre chica. Nos ha hecho trabajar, ¿verdad? Si no fuera por ella, esta limpieza general se hubiera hecho quién sabe cuándo.

FLORA

¡La odio!

GOYA

Pero si no la conoces.

FLORA

¡Ya lo vés: la odio como si la conociera de toda la vida!

GOYA

Podemos conversar sin abandonar el trabajo. Haceme el favor de tomar el trapo y fregar con ganas. *(Flora lo hace)* ¿Por qué la odias?

FLORA

Odio a todas las mujeres que por casarse no reparan en los inconvenientes de atarse para toda la vida a un hombre que no es capaz de querer toda la vida.

GOYA

¿Pero acaso hay hombres de los cuales se puede decir por anticipado que son o no son capaces de querer toda la vida?

FLORA

Nadie puede ignorar que Aníbal es la negación del hombre capaz de amar. No hay más que verlo. Grosero, desaseado: siempre con las uñas sucias, siempre con la barba larga. Hasta cuando se afeita se deja la mitad de los pelos... Nunca piensa nada que sea hermoso... Cuando no habla de lo que puede ganar en el empleo que siempre busca y nunca consigue...

GOYA

(Interrumpiéndole). Eso —aunque sólo sea pensado— es muy hermoso para él, Flora. Y también para mí, lo confieso.

FLORA

Cuando no habla de éso, habla del caballo que puede ganar... Si yo fuera una mujer como su novia, me hubiera casado hace ya mucho tiempo... Bien sabes que no me han faltado cortejantes...

GOYA

Te hubieras casado y divorciado quién sabe cuantas veces.

FLORA

Ah, eso es verdad. Porque yo no hubiera aguantado un marido...

GOYA

Te hubieras casado *vos* varias veces, y *ellos* divorciado otras tantas, por turno.

FLORA

¿Por qué ellos y no yo?

GOYA

Porque vos sos una mujer que crees que la vida es un amasijo de tonterías. Los hombres —hasta los peores hombres— son más serios, menos ridículos.

FLORA

Lo que pasa es que tú eres tan grosera como los hombres. Has nacido mujer por casualidad.

GOYA

¡No sabés vos toda la razón que tenés! Trabajo como un hombre, pero no de esta casa. Como un hombre que trabaja, quiero decir. De las mujeres, no hablemos. ¡Tengo una voluntad!

FLORA

De hombre también.

GOYA

Es verdad.

FLORA

¿De qué te sirve todo eso?

GOYA

¿A mí? De nada; para nada. A ustedes les sirve. A vos te sirve que yo sea así. *(Terminado de lustrar íntegramente el piso, Flora se pone de pie y da la sensación de un gran cansancio. Luego se quita trabajosamente los guantes de goma y se observa las manos).* ¡Demasiado bonitas tus manos para quererlas, Flora! Acordate de lo que te digo siempre: manos que huelgan, manos que hielan.

FLORA

(Sonriente y orgullosa). Si la envidia fuera tiña. *(Por la puerta de foro aparecen Juan Manuel Meléndez y su amigo Lorenzo Digiácomo con su inevitable pipa entre los dientes. No bien se los ha visto, Flora ha pegado un grito, como si hubiese sido sorprendida desnuda, y de un salto desaparece de escena, por la puerta del lateral derecho, segundo término. Goya observa a Juan Manuel, primero, y a Lorenzo Digiácomo, después. Los tres ríen, comentario obligado de la exagerada actitud de Flora).*

DIGIACOMO

Yo no he visto nada. ¿Qué ha pasado? ¿Estaba... en paños menores la señorita Flora?

GOYA

(Soltando recién su risa). No hubiera sido para tanto... ¿Sabe por qué se asustó?

DIGIACOMO

Si no me lo dice, no lo sé ni lo sabré.

GOYA

Imagínese: la pobre estaba hecha un mamarracho. Ah, pero eso no sería nada. Es que la pobre... No es que estuviera trabajando. ¡Hubiera sido horrible! Pero... estaba como si trabajara, ¿sabe?

DIGIACOMO

(Tomándole el tono). ¡Ah!... Ahora me lo explico. Tenía razón entonces.

GOYA

Naturalmente. Este Juan Manuel no tiene arreglo. Se le ocurre traerlo a usted justamente en un día como este...

DIGIACOMO

Pido perdón por él y por mí.

JUAN MANUEL

(Mostrándose un poco impaciente). Pasá.

DIGIACOMO

No se olvide de presentarle mis excusas a la señorita Flora. *(Después de dar unos pasos).* Dígale que para otra vez tome la precaución de hacerlo saber a sus relaciones. Así como se hace saber los días de recibo, debería hacerse saber también los días o las horas...

GOYA

Diga usted los años.

DIGIACOMO

... En que es inconveniente llegar a una casa... *(Ríe. Escribiendo con un dedo, en el aire).* La señorita Flora Meléndez no podrá recibir visitas de 3 a 6 de la tarde el día 7 de abril. Sería un magnífico sistema para no exponerlo a uno a ser tan positivamente importuno. *(Con una ligera reverencia).* Con permiso.

(Entra a la habitación de Juan Manuel. Entretanto, por la puerta lateral izquierda, segundo término, aparece don Francisco Meléndez, con un diario en la mano, y se sienta en una de las sillas que rodean la mesa de comedor. Extrae del bolsillo del chaleco su estuche de lentes, se pone éstos y comienza a leer. Goya, por su parte, coloca las alfombras que se suponen han sido sacadas del "living" para lustrar el piso, y luego limpia los muebles y acomoda las cosas menores).

JUAN MANUEL

(Que ya habrá encendido la luz eléctrica y puesto una tela en lugar apropósito para que la examine su colega). Tengo mucho que trabajar todavía en ese paisaje.

DIGIACOMO

(Mientras observa la tela, dando grandes bocanadas de pipa. De pronto, resueltamente). No me gusta. Me vas a perdonar esta franqueza: no me gusta nada. Ya sé lo que me vas a decir. No está terminado. Lo sé. Me lo acabás de decir. Pero yo lo veo terminado ya, y no me gusta. *(Entrando en calor).* No comprendo cómo un hombre joven es tan viejo para pintar. He visto veinte mil paisajes como este. ¡Igualitos a este! No eran todos tuyos, como te imaginarás. Y son iguales. No hay vuelta que darle. Todos pintan de la misma manera. El mismo arbolito, el mismo arroyito, el mismo cielito. Hasta cuando, ¡Cristo! A los colores, mi querido Meléndez, hay que arrancarles la virginidad, igual que a las mujeres, pero igual que a ellas. Ustedes agarran un color y así como brota del pezón del pomo, empastan la tela. ¡Eso no es pintar, mi querido amigo! En arte, si no se destruye, no se construye. Hay que romper todo lo hecho anteriormente. Claro que esto no quiere decir que haya que ir a los museos con un cortaplumas, a cortar las telas de los clásicos, o con una pica, a quebrarle la espalda a los "Esclavos" de Miguel Angel que ahí están todavía, más vivos que nosotros, bajo el peso abrumador de su carga invisible y terrible. En arte hay una manera mucho mejor de romper lo viejo: haciendo sencillamente, verdaderamente algo nuevo.

GOYA

(Al llegar a la mesa en que está el padre, Francisco Meléndez, con un servicio de té bastante incompleto, por cierto). ¿Por qué no te vas a otra parte a leer? Yo tengo que preparar la mesa para tomar té.

DON FRANCISCO

En seguida, mi hija. *(Se va a sentar junto a la mesa de*

mimbre. Goya prepara, en efecto, la mesa, con la mayor prolijidad).

DIGIACOMO

Los otros pintores tienen una disculpa: son de la ciudad, son de Buenos Aires. Tienen la vista enviciada en los colores bastardos de la urbe. La luz eléctrica y los desprendimientos de todos los combustibles utilizados para moverse, para transitar, para "traficar", lo neutraliza todo. Ya no quedan colores en Buenos Aires. No se encuentra un rojo verdadero ni en la sangre de los que caen destripados bajo los ómnibus. ¡Para qué vamos hablar de los verdes anémicos de los parques, que parecen implorar inyecciones de calcio. Pero vos sos de provincia. Sos, para suerte tuya, un provinciano. Debés tener los ojos colmados de visiones inolvidables. ¿Y dónde está todo éso? *(Goya termina de preparar la mesa y hace mutis por el lateral izquierdo, segundo término).* ¿No me encontrás razón? Si creés que no la tengo, debés defenderte. Decí lo que vos pensás. Tal vez esté yo equivocado.

JUAN MANUEL

(Sin saber qué decir). Yo... yo te hallo razón en algunas cosas, pero no en todas. Este paisaje no es de mi provincia. Yo no te lo puedo discutir. Vos sabés que yo lo hice aquí no más, en Vicente López. Pero no le hallo que se parezca tanto a tantos otros. Se parecerá, y es muy lógico que así sea, a otros paisajes tomados en Vicente López. Si es el mismo paisaje, tienen que parecerse. Como si yo te hiciera un retrato a vos y te lo hiciera al mismo tiempo otro pintor. Los dos se parecerán en alguna cosa. Por lo menos, en la pipa.

DIGIACOMO

¡Ah... no, mi querido Meléndez! Me parece que te agarré feo, como dicen ustedes los provincianos. Si dos

pintores me hacen un retrato a mí, es casi seguro que si son malos pintores, el retrato de uno y el de otro se parecerán como dos gotas de agua entre sí, en lo malo precisamente. Pero si son buenos, es casi seguro que los dos retratos no se parecerán, aunque yo estuviera hablando en uno y en otro. El mismo paisaje visto por unos ojos penetrantes —ojos de pintor, digamos— y por otros ojos comunes, darían dos paisajes diferentes, como si hubieran sido hechos, uno, en los Alpes suizos, y otro, en Sorrento. ¡Mirá que es bien diversa la naturaleza en Suiza y en Sorrento, donde Nietsche pasó los días más calmos de su vida, dicho sea entre paréntesis, como un dato ilustrativo, que nunca está demás, por otra parte.

(Por lateral izquierdo, reaparece Goya. Cierra la puerta que da a la calle y luego desaparece por el lateral derecho, segundo término, al mismo tiempo que Flora reaparece por el mismo lado, vestida ya como para presumir).

GOYA

¡Aprovechaste bien la oportunidad para cambiarte! No estaba todo hecho, ¿sabes?

FLORA

Ay, ¡pero yo me he fatigado mucho, hermanita!

GOYA

¿Qué diré yo entonces, que hago todos los días el triple de trabajo que has hecho vos por casualidad?

FLORA

Dirás lo que quieras, como siempre, porque si de algo no te puedes quejar es de la libertad que te damos de decir lo que se te antoja.

GOYA

(Reacciona violentamente). ¿Que me dan? Que me dan, ¿quiénes? ¿Vos? A ver, ¡privame de esa libertad!

FLORA

¿No ves? ¿Qué hermana menor se toma esos derechos si no se los dan?

GOYA

¡Me los tomo! Y no pueden privarme de ella porque todos saben que me corresponde. Sin ser yo así, sin tener ante todos ustedes la autoridad que nadie más que yo tiene aquí, todos ustedes se morirían de hambre. ¿Sos tan imbécil que todavía no lo has comprendido?

FLORA

Está bien, Goya. No te pongas así.

GOYA

Mandate mudar de aquí. No quiero ni verte. Tenés la virtud de sublevarme con tus vaciedades. De lástima no te hago desvestir y te obligo a limpiar tu propia habitación, que estoy segura que debe estar hecha un chiquero... *(Desaparece de inmediato, dando la sensación de que va a cerciorarse de cómo ha dejado, en efecto, su habitación, Flora, quien, por su parte, se acerca hasta la mesa que ocupa su padre, extrae, no se sabe de dónde, un libro y se dispone a leer).*

FLORA

¿Me permites, papá? Si no te molesta, podrías ir a leer al sofá. Es más cómodo para ti.

DON FRANCISCO

(Recoge parsimoniosamente su diario y se marcha hacia el otro ángulo del "living"). Sí, como no, mi hija.

(Por la puerta que da a la calle, aparece Abel Meléndez, el menor de todos los Meléndez que se han conocido hasta ahora. Tiene apenas 17 años. Está triste. Se sienta junto a Flora).

FLORA

Siempre has de sentarte donde puedes molestar.

ABEL

No empecés. Haceme el favor, Flora. Si te molesto, me voy. ¡A donde no iría yo para no oírte y para no verte!

FLORA

Vete al infierno y déjame tranquila.

ABEL

Tendría que ser un cretino para no saber que allí te tendría siempre cerca.

JUAN MANUEL

¿Cuando me vas a hacer el apunte del natural que me has prometido?

DIGIACOMO

Ahora mismo, si me das papel y carbonilla. *(Juan Manual le da a Digiácomo lo que pide y en seguida se pone en pose. Aquél, a su vez, se ubica e inicia la tarea).*

GOYA

(Que vuelve indignada. A Flora): Te sabía sucia, pero nunca imaginé que llegaras a tal extremo. En tu habitación no hay una sola cosa que esté en su sitio. Ni siquiera... *(Advirtiendo la presencia de Abel).* En fin, nada. Andá a hacer la limpieza de tu habitación, si querés que haya un poco de paz aquí. Y no me lo hagás repetir, Flora.

FLORA

(Poniéndose violentamente de pie). ¡Cuándo nos libraremos de ti!

GOYA

(En el instante en que Flora hace mutis por literal derecho, segundo término, pasando junto a ella). ¡A ver!

(Le toma de viva fuerza una mano y le observa las uñas). ¡Ya me parecía! No te has tomado el trabajo de limpiarte bien las uñas. ¡Y tanto que presumís con tus manos! ¿Para qué usas los guantes de goma? ¿Para que el aire no te avente el polvo que queda debajo de las uñas? Mirame: estoy avergonzada de lo que estoy diciendo, y vos no tenés más que odio para mí porque combato tus defectos. Si algún día te librás de mí —Dios quiera que sea pronto, porque eso querría decir que yo también— y todos —nos habremos librado de vos— comprenderás recién todo el bien que he querido hacerte. Porque tal como sos es inevitable que seas desgraciada toda tu vida. *(Flora, avergonzada, desaparece. Goya dirigiéndose a Abel)* ¿Has averiguado bien las cosas?

ABEL

Sí. Tengo que pagar los derechos de exámenes mañana mismo. Si no lo hago, perderé el año.

GOYA

¿Cuánto tenés que pagar?

ABEL

Uno cincuenta por materia.

GOYA

¿Tenés que pagar seis pesos?

ABEL

No. Tengo que pagar nueve.

GOYA

¿Por qué nueve? ¿No habías quedado aplazado en cuatro materias?

ABEL

Son seis. Me aplazaron en seis.

GOYA

¿Me engañaste entonces? ¿Por qué me has engañado?

ABEL

(Con una gran vergüenza). Por vergüenza.

DIGIACOMO

Tenés una impaciencia de mujer, vos. ¿Te crees que te voy a hacer bonito? Estás muy equivocado. Trataré de extraerte de adentro todo lo que tenés de mono. Porque sos un perfecto mono, vos. Tu conformación craneana, por lo pronto, es de un chimpancé de circo, de esos que quieren parecerse al hombre.

JUAN MANUEL

No hablés. Dibujá, dibujá bien. Estás obligado a hacer un buen apunte, después de haberme puesto overo por el paisaje.

DIGIACOMO

Eso no tiene nada que ver. Yo soy como los críticos. Lo saben todo, pero guay de ellos si se nos ocurriera decirles que hagan algo. Harían justamente el papelón que voy a hacer yo con este apunte.

GOYA

(A Abel). ¿Y qué pensás hacer?

ABEL

Me preguntás como si yo tuviera varios recursos...

GOYA

Te pregunto por si has resuelto algo. Bien podrías resolverte a dejar los estudios.

ABEL

Los tendré que dejar por fuerza.

GOYA

Es que ya no es lo mismo. Dejarlos por fuerza, es una cosa; dejarlos porque te has resuelto a ello, es otra muy distinta. En el caso de dejarlos por que comprendés que te conviene, tendrías que estar dispuesto a hacer algo, a ganarte la vida. De la otra manera, en cambio, podrías quedarte a la espera de que alguien te facilite el dinero que necesitás para reanudar los estudios.

ABEL

Tendría que estar dispuesto a esperar un año, si no lo tuviera para mañana.

GOYA

(Después de una pausa durante la cual medita). Pero, ¿vos querés seguir estudiando?

ABEL

(Vacilante) No.

GOYA

(Sorprendida). ¡Ah!, ¿no?

ABEL

(Más categórico). No.

GOYA

¿De pronto se te fueron las ganas?

ABEL

Quiero trabajar. Voy a trabajar.

GOYA

¿En qué? ¿Dónde?

ABEL

Ya veré.

GOYA

¿Creés que es más fácil trabajar que estudiar? ¿Pensás que es más cómodo asumir la responsabilidad de trabajar que la de estudiar?

ABEL

Pienso que no tenemos plata. Pienso que no hay dinero para hacerme estudiar. Es mejor trabajar en cualquier cosa.

GOYA

¿Y mañana? ¿Qué será de vos?

ABEL

¿Qué será de mí? Ah, yo no sé. No creo que lo sepa nadie. Hay que pensar en el presente, en hoy. No voy a estar perdiendo los años para hacerme lo que Aníbal llama un porvenir, para terminar siendo un inútil y un fresco.

GOYA

Es tu hermano mayor.

ABEL

Por desgracia. Tendría que pensar mejor de él, pero no puedo.

GOYA

Siempre se puede pensar mejor de un hermano.

ABEL

¿Por qué no pensás vos mejor de Flora?

GOYA

Ya sabés que no me gusta que te insolentés.

ABEL

Pero si no soy un insolente. Vos me preguntás y yo te contesto. Sé que te entristece oír las cosas que no hay más remedio que decir, porque son la verdad. Pero si preguntás, te exponés a oirlas.

GOYA

(Después de una pausa). ¿De manera que se te han ido las ganas de estudiar?

ABEL

Creo que no las he tenido nunca.

GOYA

(Molesta). Recuerdo haberte oído decir que sí.

ABEL

De miedo o de vergüenza lo habré dicho. Entre todos me han hecho creer que es un crimen no estudiar, y yo había terminado por sentir horror a la idea de abandonar los estudios. Mamá, papá; los amigos de mamá y papá, y ustedes también. Pero ya estoy curado.

GOYA

Pensá en tus hermanos. No sólo no trabajan sino que no saben en qué emplearse.

ABEL

Juan Manuel no es un inútil. Pinta muy bien. ¡Si yo supiera pintar como él!

GOYA

Te morirías de hambre, exactamente como él.

ABEL

Pero yo sabría que sé pintar, y tendría motivos para confiar, para esperar.

GOYA

(Que se habrá quedado pensativa, dice, de pronto, con gran firmeza) ¡No puede ser! Tenés que estudiar. Es necesario que uno siquiera termine la carrera empezada. *(Se levanta y hace mutis por segundo lateral izquierdo. Abel golpea en la puerta del primer escenario).*

JUAN MANUEL

Adelante.

ABEL

Buenas tardes.

DIGIACOMO

Buenas tardes, joven. Llega a tiempo para entretenernos, mientras su hermano posa y yo me rompo todo por hacerle un apunte que luego servirá para separar mis huesos de mi piel, en un banquete improvisado de los colegas. *(Abel se aproxima al dibujo que está haciendo Digiácomo y lo observa. Un instante después reaparece Goya con un servicio de café con leche que deja sobre la mesa de mimbre).*

GOYA

El café con leche, papá. *(Se acerca al padre).* Papá, te he servido el café con leche. No esperés a que se enfríe.

DON FRANCISCO

(Con una alegría infantil). ¿Dónde está? ¡Hace mucho tiempo que no tomo café con leche!

GOYA

¡Pero, si hace apenas un rato que te serví un tazón de café con leche!

DON FRANCISCO

(Sorprendido, puerilmente). ¿Ah, sí? No me acordaba; no me acuerdo.

GOYA

Aquí, papá. *(Le señala la mesa de mimbre. Don Francisco, lentamente, dobla el diario y se aproxima al sitio en que tiene servido el café con leche).*

DON FRANCISCO

Goya, ¿dónde está mi diario? ¿Quién me llevó el diario?

GOYA

Pero, papá: si lo tenés en la mano.

DON FRANCISCO

(Muy naturalmente). ¡Es cierto! No me acordaba. *(Se*

sienta a la mesa y toma el café con leche. Goya entra a su habitación —tercer escenario— saca de un mueble algunas prendas íntimas de vestir y sale con ellas por la puerta de lateral derecho, primer término, y desaparece por el pasillo de la izquierda. Largo silencio. Digiácomo dibuja, Abel observa y don Francisco sorbe lentamente su café con leche. Luego de un instante, Goya vuelve, como después del baño, y entra a su habitación. Por la puerta de foro aparecen Aníbal Meléndez y Regina Lamare, novia ésta de aquél. El primero abre la puerta con una llave y le da paso a la mujer, que se queda algo cohibida, mientras espera que él guarde su llavero).

ANÍBAL

Vení. *(La toma del brazo y la conduce hacia la mesa de comedor).* Sentate. *(Regina se sienta).* No te presento al viejo porque... Como anda un poco mal de salud... Es mejor dejarlo, ¿sabés?

REGINA

Como vos quieras. *(Tras una breve pausa).* ¿Qué tiene tu papá? No me habías dicho que está enfermo.

ANÍBAL

No es que esté enfermo... En realidad, no tiene nada. Está un poco viejo, ¿sabés? Se le olvidan las cosas...

REGINA

¡Ah!... Creí que fuera algo grave.

ANÍBAL

(Después de una larga pausa). No te sorprendas si nos hacen esperar una hora... Mis hermanos son así.

REGINA

¿Pero vos avisaste que ibas a venir conmigo?

ANÍBAL

Es claro que anuncié tu visita. Es por eso que me da rabia.

REGINA

No tendrán interés.

ANÍBAL

No, eso no. Lo que pasa es que somos todos así, despreocupados. Le damos tan poca importancia a las visitas de pròtocolo.

REGINA

Pero la mía no es una visita de protocolo. Lo hubiera sido si yo viniese invitada por los tuyos. Pero, al fin, soy yo que he querido venir. De todo podrá tener mi visita, menos de visita protocolar.

ANÍBAL

Es posible que ellos no piensen de la misma manera. *(Una breve pausa).* Lo que no se puede negar es que yo les he dicho que iba a traer a mi novia para que todos la conozcan. Y... —aunque nos reviente— tiene algo de visita de cortesía, de cosa obligada, ¿sabés?

(Por el pasillo de la izquierda aparece Flora y se dirige directamente a la habitación de Goya. Al ver a Aníbal con su novia, se sorprende un poco, dando la sensación de no saber qué hacer, pero en un instante se recobra, pasa al lado de la pareja, la saluda ceremoniosamente, entra a la habitación de Goya y se sienta en cualquier parte).

FLORA

¿Qué quieres?

GOYA

¿Te acordás que me has propuesto muchas veces cambiarme tu anillo por el abanico que me quedó de mamá? *(Empieza a componerse la cara y luego a cambiarse de*

vestido. Lo hace todo rápidamente, sin dejar de conversar).

FLORA

Sí, me acuerdo. ¿Por qué?

GOYA

Porque ha llegado el momento de hacer ese cambio. ¿Querés?

FLORA

Lo puedo hacer, pero te advierto que ya he perdido el interés que tenía.

GOYA

¿Cómo? ¿Ya no te interesa tener un recuerdo de mamá? ¿No has invocado tantas veces tu condición de hermana mayor para reivindicar tu derecho a conservarlo?

FLORA

Sí, pero como no has querido tomarlo en cuenta, me he hecho a la idea de que tal vez no sea yo, en realidad, la indicada para conservarlo. Lo raro es que tú quieras desprenderte de él.

GOYA

Sí, es raro, pero tengo que hacerlo.

FLORA

¿Ya no te interesa a ti tampoco esa reliquia? "Reliquia", lo has llamado tú a ese abanico.

GOYA

No. *(Abre el armario, revisa uno de sus cajones, del cual saca una caja y de dentro de ella un abanico envuelto en papel de seda).* Aquí lo tienes. *(Flora intenta disimuladamente revisarlo).* Revisalo bien. No tiene desperfectos.

FLORA

No, lo miraba no más. No recuerdo haberlo visto más que una o dos veces en mi vida.

GOYA

Sin embargo, lo has alabado como si tuvieras presentes todos los detalles de su calado.

FLORA

(Al quitarse el anillo que tiene que entregar a Goya, a cambio del abanico). ¡Es hermoso este anillo! Me cuesta deshacerme de él. *(Entrega el anillo a Goya, guarda cuidadosamente el abanico en la caja y se la queda en la mano).*

REGINA

¿La que nos saludó es tu hermana mayor?

ANÍBAL

Sí, la mayor.

REGINA

Muy simpática.

ANÍBAL

(Observando a su novia como inquiriendo la intención con que acaba de referirse a Flora). ¿Te parece?

REGINA

A mí, sí. Y se la ve muy joven.

ANÍBAL

Dejate de cumplidos conmigo, Regina. ¡Es antipatiquísima! ¡Y vieja! ¡Y cursi! Y sobre todo, ¡imbécil!

REGINA

Ah, esas cosas yo no las puedo saber, Aníbal.

ANÍBAL

Pues, te he hablado mil veces de ella y siempre muy mal.

REGINA

Es verdad, pero yo estoy en el deber de no creerte, tratándose de tus hermanas.

ANÍBAL

Puede ser, pero advierto que yo te he creído todo lo que me has dicho de tu hermano, y todo lo que no me has dicho de tu madre. Si mi deber era no creerte, tendrás que perdonarme. Lo creo un perfecto papanatas a tu hermano.

REGINA

¿Qué te pasa, Aníbal? Estás muy nervioso.

ANÍBAL

¿Cómo querés que esté? Se te antojó que te presentara a mi familia. ¡No sé por qué! ¡No sé para qué! Mirá vos el papelón que me obligás a hacer. ¡Mi familia!

REGINA

¿Y vos por qué no has dicho?...

ANÍBAL

¿Por qué no te he dicho qué cosa? ¿Que mi familia es así? Te parece fácil decirlo. Yo no soy un hombre con muchos prejuicios, pero francamente ni yo lo podía decir. Lo que no comprendo es por qué se te antojó. ¿Qué necesidad tenías de que yo te trajera para presentarte a los míos?

DIGIACOMO

(Levantándose de pronto y dando por terminado su trabajo). ¡Listo! Si sigo trabajando, lo arruino más todavía.

JUAN MANUEL

A verlo, che. *(Observa el apunte. Detrás de él, estratégicamente, se pone Abel, para observar, a su vez, el trabajo).* ¿Vos decís que mi paisaje se parece a otros mil que

has visto? No puedo decir lo mismo de este apunte, porque a mí —por lo menos, a mí— no me han hecho nunca un apunte tan malo. Podemos estar orgullosos vos y yo: es único.

DIGIACOMO

Te ha quedado la roncha a vos. ¡Cómo te vengás! Es malo, pero no tanto, che, Meléndez!

JUAN MANUEL

Yo lo voy a guardar para que lo vea toda la barra.

DIGIACOMO

Que haga de crítico tu hermano. Dios me libre de tener mala intención con ello.

JUAN MANUEL

Vas a salir ganando: es el único bien educado de la familia.

DIGIACOMO

¿Qué le parece? Hable con franqueza.

ABEL

Yo lo encuentro bastante parecido.

JUAN MANUEL

¡Quién habla de eso!

ABEL

Lo encuentro parecido, pero me parece que Juan Manuel no tiene rasgos tan duros.

DIGIACOMO

No crea. Si usted lo observa bien, tiene una mirada...

ABEL

Pero si la suya es la mirada blanda, típica del provinciano melancólico...

(Salen de la habitación Flora y Goya. Esta última, no

sin antes de haber guardado bien el anillo que le entregó su hermana mayor, y Flora llevando en la mano la caja del abanico canjeado. Goya, al ver a la pareja de novios se muestra sorprendida. Ambas se detienen, produciéndose una situación embarazosa).

GOYA

Perdone, señorita... ¿Regina se llama usted, verdad?

REGINA

Sí, Regina. Regina me llamo.

GOYA

Yo no sabía que estaban ustedes aquí. Mejor dicho, que habían llegado. Porque la esperábamos, eso sí.

REGINA

(Por lo bajo a Aníbal). Presentanos.

ANÍBAL

¿Para qué? ¿Para entrar en conversación? Si ya están hablando. *(Ante la mirada indignada de su novia).* Mi hermana Goya y mi hermana Flora. *(A ellas).* Mi novia. *(Las tres mujeres se dan la mano, por turno).*

GOYA

¡No sabe usted el trabajo que nos dió! Pero, siéntese, señorita.

ANÍBAL

Sentate, Regina.

REGINA

Muchas gracias. *(Después de una pausa).* Siento mucho haberles dado que hacer con mi visita.

GOYA

Pues, yo, no sólo no lo siento, sino que se lo agradezco de todo corazón.

REGINA

No me diga eso. Yo sé lo que es el trabajo de una casa. No lo hago siempre, pero cuando me toca hacerlo reniego bastante.

GOYA

Yo, en cambio, que lo hago siempre —renegando, se comprende— tengo que agradecerle mucho su visita, entre otras razones porque ella ha dado motivo a que otras trabajen. Gracias a usted, se ha hecho una limpieza general. No se conocerá mucho, pero le aseguro que se ha trabajado.

FLORA

Eso de los quehaceres de la casa, es cuestión de naturaleza. ¿No le parece a usted, señorita?

REGINA

Sí, es verdad. A mí tampoco me gusta. Pero no habiendo remedio, se hace.

GOYA

Todo es cuestión de naturaleza: la vergüenza, el pudor, la dignidad, el honor. Hay quienes los llevan, lo tienen, pero les cuesta mucho conservarlo. Otras, por el contrario, lo llevan muy naturalmente, sin sacrificios.

FLORA

Tiene más méritos la que lo conserva con sacrificio.

GOYA

Tal vez, pero es más segura la que lleva todo eso sin sentirlo, porque las otras pueden algún día cansarse —todo cansa después de un límite dado— y echarlo todo a rodar. ¿No es cierto, señorita Regina?

REGINA

Tiene razón.

FLORA

Pero si todo cansa, como acabas de decir, puede cansar también el llevarlo como tú dices.

GOYA

Eso sí que no. ¿Has visto vos a alguien que se canse de llevar sus brazos o sus piernas? Se llevan sin sentir, como la verdadera vergüenza y la verdadera dignidad y el verdadero decoro. Por éso no pesan ni cansan nunca.

DIGIACOMO

(A Juan Manuel). Para que veas que no has ganado la batalla de la venganza contra mí, te propongo que le hagamos un apunte a tu hermano. Ya mismo.

JUAN MANUEL

Pero esto es un desafío de payador.

DIGIACOMO

De malos pintores, que ya es bastante castigo. ¿Aceptás?

JUAN MANUEL

Con una condición: que vos no hagás un solo comentario: ni para vapulear lo mío, ni para ponderar lo tuyo. Se los mostramos a los amigos y que ellos opinen con libertad.

DIGIACOMO

Siempre que los mostremos a un tiempo, porque la presencia del autor en esos casos calma mucho el espíritu crítico. Siéntese, joven estudiante. Esto sí que será un banquillo. Por lo pronto, de las opiniones del modelo, nosotros nos vengamos por anticipado. ¿No te parece, Meléndez?

JUAN MANUEL

Es cierto. No, si a veces no te falta razón a vos tam-

poco. *(Abel se ubica, se pone en pose y los dos dibujantes inician la tarea que se han dado).*

GOYA

(A Regina). Tengo una curiosidad, señorita. ¿No lo tomará a mal si le hago una pregunta?

REGINA

De ninguna manera.

GOYA

¿Se cree capaz de aguantar a mi hermano?

REGINA

(Sonriendo) ¡Si es una monada! Además, yo creo que en el matrimonio todo es cuestión de saber tolerar los defectos de la otra parte.

ANÍBAL

De la peor parte.

GOYA

Su punto de vista me parece muy atinado, pero, en realidad, yo hice mal la pregunta. Me refería al aguante que usted puede tener durante el noviazgo. Aníbal es un vago sin salvación. Y lo que quería saber es si usted se cree con bastante paciencia como para esperar a que se decida a trabajar.

ANÍBAL

(A Regina). No le hagás caso, Regina. *(Dándole aire de broma a las palabras de Goya).*

REGINA

¡No faltaba más! ¿Cómo querés que lo tome? ¿Acaso no sé yo que si no trabajás es porque no es necesario?

GOYA

(Observando con cólera a Aníbal). ¡Ah!... Ya sabe usted que somos "rentistas"?

REGINA

¿Cómo podía yo ignorarlo?

GOYA

¿Le ha dicho Aníbal que somos "rentistas"?

REGINA

¿Quién sino él?

GOYA

Tiene usted razón. Es tonto preguntarlo. Sólo él pudo decirlo.

REGINA

Nuestro primer compromiso, anterior al del noviazgo, ha sido el de obligarnos mutuamente a decirnos la verdad siempre.

GOYA

Pues yo también le diré la verdad, sin compromiso alguno para usted. Es cierto: somos "rentistas". Tenemos una renta de ciento treinta pesos mensuales, que se nos pasa por arrendamiento de una finquita en nuestra provincia —un caserón viejo, que no sirve para otra cosa que no sea el funcionamiento de una escuelita de agricultura, del gobierno provincial, a quien le conviene pagarnos ese alquiler porque no tiene dinero para construir el edificio que la escuela requiere. Somos seis personas mayores para disfrutar de esa "renta". Si tuviéramos de dónde sacar el dinero indispensable, sólo para comer necesitaríamos tres veces esa cantidad. Y nadie trabaja aquí, señorita... ¡Nadie! No hay forma de hacerle comprender a los hombres de esta casa que es indispensable trabajar, que todos los hombres nacen, sino con la necesidad, con la obligación moral de trabajar. En el caso de ellos se agrega a la obligación moral, la necesidad del día, de la hora, de cada minuto. ¡Se lo juro a usted, señorita! Pero mis hermanos no quieren entenderlo. ¡No se imagi-

na usted que para servirle los bizcochos que en seguida traeré, he tenido que... *(Las lágrimas la impiden terminar la frase. Esconde el rostro entre las manos y se desahoga llorando abundantemente. Regina, conmovida, se acerca a ella e intenta calmarla).*

REGINA

Cálmese, señorita.

DIGIACOMO

¡No se mueva, joven! Un poquito más de perfil...

JUAN MANUEL

(A Abel). Hacé todo lo que te dice. No quiero que tenga motivos para excusar lo mal que le va a salir.

GOYA

(Apenas recobrada). No crea usted que éste es un drama de la miseria. No. ¡De ninguna manera! Este es un drama de la inconsciencia, un drama de la moral destruída. Siempre he pensado que para trabajar lo primero que hay que tener no es la vacante, como dicen todos ellos, sino la idea del trabajo, el sentido del trabajo. Esta hermana mía, tampoco encuentra nunca nada que hacer, y yo no paro en todo el día. *(Después de una breve pausa).* Sé que todo esto que digo es un poco escandaloso. No está bien hacer una denuncia como ésta a una chica que está enamorada, ilusionada con un hombre que le miente grandezas. Pero es tan tristemente grotesco el saber que le ha dicho a usted que vivimos de renta. He intentado avergonzarlo ante usted, lo confieso. Pero estoy segura de no haberlo conseguido, y me arrepiento del mal rato que le he dado a usted, que no tiene culpa, que es también una víctima.

REGINA

(Pausa). Usted tuvo una curiosidad y yo tengo otra. ¿Me permite tratar de satisfacerla?

GOYA

Pregunte.

REGINA

¿A quién se parece usted?

GOYA

(Señalando a su padre). A mi padre. Así fué él mientras vivió mamá.

REGINA

(Otra pausa. Observando a Aníbal). ¡Pobre mi viejo! Está todo abochornado. ¿No lo ve?

GOYA

(Reaccionando del todo y poniéndose de pie). ¡Ojalá! *(Se va a la habitación de Juan Manuel).* Ahí está la novia de Aníbal. Tenés que ir a saludarla.

JUAN MANUEL

Ya sabés que yo no me presto para esas cosas.

GOYA

¡Qué le vamos a hacer! ¡Yo tampoco me presto, pero la he tenido que atender! No demores, ¿eh? Vení vos también, Abel.

JUAN MANUEL

Andá no más. Ya vamos a ir. *(Goya sale y desaparece por el pasillo izquierdo).*

REGINA

(Acariciando la cabeza de su novio). ¡Yo sé que son exageraciones, Aníbal!

ANÍBAL

(En un estallido). ¡Es claro que son exageraciones!

FLORA

De una manera o de otra, las mujeres estamos siempre

expuestas a ser engañadas. Si no nos mienten amor, nos mienten grandezas. ¿Y cómo se puede compensar después la decepción de una mujer que ha creído ciegamente a un hombre?

ANÍBAL

¿Se ha tomado alguien el trabajo de engañarte a vos?

FLORA

Has invertido la pregunta. Debiste preguntar si yo me he tomado el trabajo de creerle nada a ningún hombre.

ANÍBAL

¿A mí me lo decís?

FLORA

¡Sí, a ti, a ti! ¡Qué sabes tú de mi vida!

ANÍBAL

Mucho más de lo que quisiera saber.

(Por el pasillo de la izquierda vuelve Goya con un servicio de te y una humildísima fuente con bizcochos. Lo deja en la mesa y sirve a todos).

JUAN MANUEL

Dejemos, Vayamos a saludar a esa muchacha. *(Abandona el dibujo).* Vayamos los tres. En seguida volvemos. *(Salen, en efecto, los tres de la habitación de Juan Manuel).*

GOYA

(Presentando). Mi hermano Juan Manuel; mi hermanito Abel, y un amigo, Lorenzo Digiácomo. *(A los hombres).* La novia de Aníbal. *(Los hombres presentados, en el orden en que los nombró Goya, le dan la mano a Regina).* Siéntense.

DIGIACOMO

La señorita tiene cara de árabe. ¿Es árabe usted?

REGINA

¿Le parece?

DIGIACOMO

¡Ya lo creo! La cabellera, los ojos, el óvalo del rostro.

REGINA

No, no soy árabe. Soy argentina.

DIGIACOMO

¡Ah, pero eso no tiene ninguna importancia! Yo me refería a su ascendencia. Yo también soy argentino, es decir, he nacido aquí, pero hablo o pinto y me sale una canzoneta napolitana siempre. No hay manera de arreglarlo. Veo una mujer bonita y siento que todo el mediodía de Italia hierve a mis pies. A tal punto, que no sé bien si soy realmente yo el que se siente copado, o es mi padre o mi abuelo, en cuya sangre de juventud yo ya estaba queriendo hacerme valer. Pero usted no me dice de dónde son sus padres.

FLORA

Dele usted tiempo para decirlo, Digiácomo.

DIGIACOMO

¡Ah, pero estaba usted aquí! Excúseme que no la haya saludado, aunque, en verdad, no sé si no me corresponde darme por ofendido con usted.

FLORA

¿Conmigo?

DIGIACOMO

¡Con usted, sí!

GOYA

(Que ha estado sirviendo el té a todos). Sírvanse. Háganme el favor, que se enfría. *(Regina se lleva apenas la taza de té a la boca, como para no desairar a Goya).*

FLORA

¿Y por qué?

DIGIACOMO

Esta tarde, cuando llegué, no quiso usted saludarme. De un salto de bailarina acrobática, se esfumó. *(Aníbal bebe su taza de té, como si nada hubiera pasado).*

FLORA

Estaba realmente impresentable.

DIGIACOMO

Así lo he comprendido. Yo creo que no es una incorrección decirlo.

FLORA

¡No faltaba más!

DIGIACOMO

Pregunto, porque con las mujeres es muy difícil entenderse. Me ha ocurrido algunas veces que tomaran a mal lo que ellas mismas han reconocido un instante antes.

JUAN MANUEL

Vamos a continuar con nuestro trabajo, Digiácomo.

DIGIACOMO

Sí. *(A Flora).* Es indispensable porque está de por medio nuestra vanidad.

JUAN MANUEL

(Saludando a Regina). Mucho gusto, señorita.

REGINA

El gusto es mío.

DIGIACOMO

A sus órdenes, señorita. *(Le da la mano a Regina).*

ABEL

(A Regina). Buenas tardes. *(Juan Manuel, Digiácomo y Abel entran a la habitación del primero y ocupa cada*

uno el lugar de antes, reanudando los dos dibujantes su trabajo).

REGINA

(Después de un largo silencio). Bueno, me voy a retirar porque se está haciendo tarde. *(Se pone de pie y se estira su vestido. A Flora).* He tenido un gran gusto en conocerla.

FLORA

Del mismo modo.

REGINA

(A Goya). Y usted, señorita, no se aflija. Ya se arreglarán las cosas.

GOYA

Puede ser.

REGINA

Buenas tardes. *(Se pone en marcha. Aníbal la sigue. Flora y Goya acompañan a la pareja hasta la puerta de foro).*

DIGIACOMO

(Mientras en el "living" se hace lo indicado en la acotación anterior). Mueva un poco la cabeza hacia la derecha. *(Regina vuelve a saludar con una inclinación de cabeza a las hermanas de Aníbal, y desaparece, seguida por su novio; Goya cierra la puerta y se va a su habitación para poner sus cosas en orden; Flora, por su parte, hace mutis por el pasillo de la izquierda. Largo silencio. La cabeza de don Francisco cae, a plomo, sobre la mesa de mimbre, lo mismo que los brazos, junto a las patas de la silla. Es la muerte, misteriosa y secreta, del jefe de la familia, que ya no era más que una sombra en la casa. Nadie repara en la muerte, plácida, quizá sonriente, de don Francisco, como nadie reparaba en su vida. Un silencio dilatado y cae el*

TELON

ACTO SEGUNDO

Han pasado algunas semanas desde la muerte de don Francisco Meléndez. Sólo algunos de sus hijos —no por cierto, el que más siente la desaparición de su progenitor—, como Aníbal, puede darse el lujo de llevar luto riguroso, porque tiene la suerte de contar con un sastre que le cree tanto como la novia y espera cobrar algún día, y con intereses, todo lo que le adeuda el "rentista". Los demás llevan la ropa de siempre, con el aplique negro, signo del dolor oficial y social que ha debido causarles la pérdida del padre. Es claro que Flora y Goya tienen su humilde batón de luto, que hace presente el drama en que viven. Al levantarse el telón, la primera está sentada a la mesa del comedor —más sombría que nunca— y revisa su anticuado ajuar de solterona, a la luz de la humilde araña de tres lamparillas que cuelga del cielorraso hacia el centro de la mesa. Son las diez de la noche. Flora se ha arreglado el pelo con los trozos de papel que solían usar las mujeres, si no de su tiempo, de su edad, para preparar los rulos del día siguiente. Los otros dos escenarios están a obscuras. En el tercero, duerme Goya. Después de un instante de silencio, se oye golpear la puerta de foro. Flora se levanta un tanto sorprendida y se acerca a la puerta de calle desde donde se está llamando.

FLORA

¿Quién?

DIGIACOMO

Digiácomo.

FLORA

(Después de haber abierto la puerta). Me asusté.

DIGIACOMO

Buenas noches. ¿Está Juan Manuel?

FLORA

No. Es muy temprano para que esté en casa.

DIGIACOMO

(Sin saber qué decir y, sobre todo, qué hacer). ¡Caramba!

FLORA

Si quiere pasar a esperarlo... con mucho gusto. Pero, le soy franca: no creo que vuelva pronto.

DIGIACOMO

Le voy a corresponder a la franqueza, Flora. Venía sabiendo que Juan Manuel no está en su casa. Lo acabo de ver en el café en que nos reunimos. Lo que ocurre es que yo necesitaba un pretexto para presentarme.

FLORA

¡No faltaba otra cosa!

DIGIACOMO

Me viene muy bien que haya sido usted quien ha abierto la puerta.

FLORA

Si es así, entre, Digiácomo. Hágame el favor, pase.

(Digiácomo avanza hacia la mesa de comedor y se detiene. Flora cierra la puerta y se aproxima hacia donde está él).

FLORA

Siéntese.

DIGIACOMO

(Al tiempo que se sienta). Hace dos o tres semanas, Flora —creo que fué la segunda o tercera noche que ustedes pasaban en la ausencia definitiva de su padre— se produjo entre nosotros una conversación de la que me quedó a mí la idea de un equívoco, que me desagrada mucho.

FLORA

No sé de qué se trata, Diagiácomo.

DIGIACOMO

Tiene que saberlo, Flora. En los trances en que uno —¿cómo diré— se siente obligado... —no, ésta no es la palabra—. Tal vez sea mejor decir, llamado...

FLORA

No le dé importancia a la palabra.

DIGIACOMO

Es que la tiene. Pero, en fin... Admitamos que la palabra exacta sea ésa. Decía que en los trances en que uno se siente llamado a aliviar las penas de los amigos, parece que los sentimientos quisieran adecuarse a las circunstancias. El egoísta se siente magnánimo; la persona cerrada, acaracolada, siente transformarse de pronto y se hace expansiva, y parece que fuera a fraternizar eternamente con todos los que le rodean, y los hombres, más o menos jóvenes, sueltan la lengua, y ella, créame usted, Flora, es un poco la cenicienta, la calumniada del ser humano. Se cree que lo hace todo por su cuenta, de charlatana que es... La verdad no es ésa. La lengua dice lo que todos los sentidos quisieran decir de otro modo y no pueden...

FLORA

Me tiene como sobre ascuas. ¿No podría hablar en forma más directa?

DIGIACOMO

Esa noche, Flora, yo dije algunas palabras que traducían, en efecto, un estado, no sólo de ánimo, sino orgánico, también. Insinué, en una palabra, que yo me sentía inclinado a alguien de esta casa. Y como soy hombre, no cabía duda de que me refería a alguna de las mujeres de la familia. La cosa tuvo que recaer sobre usted o sobre Goya...

FLORA

(Con una risa forzada y nerviosa). ¡Ah, es claro!... *(Y se queda esperando la aclaración última de Digiácomo, que no se atreve a hacerla).*

DIGIACOMO

(Que se creyó capaz de hacer la aclaración para la cual hizo todo su discurso, empieza a comprender que no le será posible hacerla y empieza a ponerse nervioso progresivamente, de minuto a minuto). Yo espero que me perdone el haberme atrevido a venir solo con el propósito de que le acabo de hablar.

FLORA

Al contrario, Digiácomo,. Tenemos que agradecerle su actitud. Así proceden siempre los hombres que realmente merecen que una mujer les entregue su vida. Porque, para la mujer, el matrimonio es la entrega de su vida. ¿No le parece a usted?

DIGIACOMO

No está muy lejos de ello. Parte de su vida, la entrega siempre. Bueno, el hombre también, convengamos, Flora.

FLORA

(Un tanto pensativa. Con un gran suspiro). Tal vez. En general, no es así, pero se dan casos, no hay duda.

DIGIACOMO

Yo creo que siempre es así.

FLORA

(Con otro suspiro). No coincidimos, Digiácomo.

(Alguien abre la puerta de foro y Flora y Digiácomo dan vuelta la cabeza para ver quién entra. Un segundo después aparece Juan Manuel. Digiácomo se pone de pie).

JUAN MANUEL

(Un tanto sorprendido). ¿Cómo no apareciste por el café?

DIGIACOMO

(Visiblemente cohibido). No los vi.

JUAN MANUEL

(Mientras se encamina hacia su habitación). Hasta ahora te estuvimos esperando. ¡Se armó una! *(Sonríe).*

DIGIACOMO

(Siguiéndolo). Contame, hombre. No seas egoísta.

FLORA

(Después que Juan Manuel ha abierto la puerta de su habitación y entrado en ella y en el momento en que Digiácomo va a entrar, a su vez). Quisiera conversar con usted un momento, Digiácomo.

DIGIACOMO

Con muchísimo gusto. *(Y se vuelve hacia la mesa, cerca de Flora).*

FLORA

Espero que mi hermano me perdone los minutos que le robo de su compañía. Siéntese. *(Entretanto, Juan Manuel ha encendido la luz de su habitación, sacado de detrás de la cama una tabla de dibujo y un papel de cualquier otra parte, que coloca con dos "chinches" sobre aquélla, con extrema prolijidad).*

DIGIACOMO

A sus órdenes.

FLORA

Se quedó usted sin hacer la aclaración que lo tenía tan desagradado.

DIGIACOMO

(A quien se le congestiona la cara de vergüenza). Es verdad. Es verdad, puesto que usted lo dice y... claro, yo también lo creó... así... ahora. Hace un rato, me pareció todo lo contrario. Estaba convencido de que había avanzado con exceso.

FLORA

(Con una gran violencia, que apenas consigue contener). Ya sabe que no ha explicado bastante.

DIGIACOMO

(Después de una larga vacilación). ¿Qué quiere que yo diga, Flora? *(Juan Manuel, que después de acomodar el papel sobre la tabla se ha tirado en la cama, se levanta precipitadamente, como quien ha tomado una rápida resolución, toma el tablero, apaga la luz de su habitación, sale y se mete en la de Goya, que está durmiendo. Apenas entra, se despierta, a medias, la hermana y pregunta, como entre sueño y vigilia).*

GOYA

¿No ha vuelto Abel? ¿Qué pasa?

JUAN MANUEL

No pasa nada. Soy yo.

GOYA

¿Qué querés?

JUAN MANUEL

Quiero hacerte un apunte del natural. Antes de que me vaya, quiero hacerte un retrato.

GOYA

(Todavía como entre sueños). Sacame durmiendo.

JUAN MANUEL

No, durmiendo no. Durmiendo, da lo mismo una persona que otra.

GOYA

(Incorporándose y poniéndose cualquier prenda sobre los hombros, con la que cubre su busto). ¿No ha vuelto todavía Abel? Se ha ido esta mañana y no lo he visto en todo el día. *(Se pone en pose).* ¿Así te parece bien? Queda muy feo un retrato con este trapo encima.

JUAN MANUEL

(Mientras ubica y acomoda la tabla contra el respaldo de una silla). Hay tiempo de cambiarse hasta que llegue el momento de hacer el busto.

FLORA

¿No se decide usted a hablar?

DIGIACOMO

Me quedé con la idea de que usted ha interpretado como una declaración de amor esas palabras que yo pronuncié, a propósito de cierta preferencia mía por una de ustedes...

FLORA

¡Ah, menos mal que usted mismo habla de "preferencia"! ¿Y por quién era esa "preferencia"? ¿No era por mí? Cuando usted venía a casa, ¿por quién preguntaba usted, antes que por nadie? ¡Por mí! *(Juan Manuel dibuja y Goya, pensativa, le posa).* Todas las bromas suyas, venían dirigidas a mí. Sus miradas, cuando entraba, cuando salía, cuando se producía cualquier conversación de la que usted podía apartarse, a quien observaba usted? ¡A mí! Usted mostraba preferencia por mí, Digiácomo, y cuando oí esas palabras que usted quiere aclarar hoy, yo no podía dudar un solo minuto de que se referían a mí,

que usted aprovechaba la oportunidad de decirme en rueda de personas, en un instante muy a propósito para aliviar su corazón, lo que su timidez le impedía decir a solas.

DIGIACOMO

Es verdad.

FLORA

¿Y entonces, qué quiere usted aclarar? Ahora más que nunca le corresponde decir con toda franqueza las cosas.

JUAN MANUEL

(Sonriendo). Esta noche me entraron unas ganas incontenibles de trabajar, de pintar, de hacer algo.

FLORA

Hable, Digiácomo.

DIGIACOMO

No puedo. Me falta coraje.

JUAN MANUEL

¿Sabés por qué, Goya?

GOYA

No puedo saberlo, Juan Manuel.

JUAN MANUEL

Los muchachos del café, los compañeros estuvieron diciéndome que me acaban de rechazar dos cosas del Salón. Yo los dejé hablar hasta que se hartaron. Ya empezaban a defenderme, cuando les dije la verdad: que no podían haberme rechazado ningún trabajo, puesto que no había mandado nada. Y no sé por qué me sentí orgulloso de no haber mandado nunca nada al Salón, y me entraron, de contrabando, unas ganas bárbaras de trabajar en algo nuevo. Luego pensé que pronto nos íbamos a separar, y te desperté. Estaba resuelto a no desperdiciar este pedazo de voluntad que parecía llevarme por los aire. *(Tras una breve pausa).*

GOYA

Tus amigos tienen razón.

JUAN MANUEL

¿Que mis amigos tienen razón? ¿Razón? ¿En qué? ¿En qué tienen razón?...

GOYA

Es verdad que te han rechazado en el Salón. *(Sin abandonar la pose).*

JUAN MANUEL

(Observando a Goya). No entiendo. ¿Por qué no explicás?

GOYA

Es muy sencillo. Yo he mandado tus dos últimas telas al Salón.

JUAN MANUEL

(Abandona su trabajo y se acerca a ella). ¿Por qué has hecho eso?

GOYA

¿Por qué? Por la misma razón que hago todas las demás cosas. Para ver si sale algo, para ver si resulta algo. Habíamos llegado a una situación en que esperar el milagro de un premio era la única cosa práctica que podía hacer.

JUAN MANUEL

(Vencido). Me has hecho quebrantar un principio, una conducta que era mi único haber de artista. Y lo que es peor, me has hecho hacer el ridículo.

GOYA

¡Yo he quebrantado tantas cosas, Juan Manuel!

JUAN MANUEL

Muchos amigos me han pronosticado que yo acabaría mandando al Salón, con el rechazo consiguiente, que en

mí tenía que ser, y es verdaderamente, un fracaso, una derrota.

GOYA

¿Qué hubieras hecho vos en mi lugar Juan Manuel? Suponete en mi situación, con un hermano pintor y con algunos cuadros, que son, al fin, fruto de un esfuerzo, que han costado su trabajo y que uno tiene delante y se complace mirándolos, como si las cosas le sonrieran a una de pronto. Un día pensé que la historia de todos los triunfadores empieza con antecedentes parecidos: miseria, incredulidad, hasta desprecio. Y se me ocurrió que tal vez fueras un caso de esos. ¿Puedes reprocharme que por una vez pensara que eras el llamado a sacarnos del pantano? Tantas veces he mirado tu cara, tus manos, tus movimientos, pensando: "¿No será este hermano mío un gran artista?" Y después de pensarlo, me quedaba con la idea fija, y terminaba convenciéndome de que no podía dejar de ser así. Y volvía a mirarte, todo entero, desde los pelos, descuidados, hasta la punta de los zapatos, deshechos, y me decía: "¡Sí, es, sí! Lo tiene en los ojos, lo tiene en las manos, lo tiene en su silencio, en ese silencio suyo que parece estar en comunicación con el futuro, que le está diciendo: "Callate. No digas nada. Todo te será compensado".

JUAN MANUEL

(Conmovido hasta la raíz de los pelos). Callate, Goya. No digás más. ¡Si no soy nada! ¡Nunca seré nada! ¿No lo ves?

GOYA

¿Qué sabés vos? *(Lo consuela con profunda ternura).* ¡Si supieras todo lo que creo en vos! Es preciso creer mucho, terca y tozudamente, para haber hecho lo que yo. He creído hacer algo útil para todos nosotros enviando tus cuadros al Salón. No lo he hecho para darte una grata

sorpresa a vos. No. Lo hice con la santa intención de socorrernos, creyendo que eras vos, el artista, el que iba a salvarnos.

JUAN MANUEL

Y ya has visto el resultado.

GOYA

¡Qué importa! Aun no ha llegado tu hora. Llegará, Juan Manuel. *(Después de una breve pausa).* ¿Ya no quieres hacer mi retrato?

JUAN MANUEL

No sé si la mano me obedecerá. *(Vuelve a su silla de trabajo y Goya a su pose. En seguida, recomienza él el dibujo).*

FLORA

(Que calla todavía algunos segundos más después del diálogo entre Goya y Juan Manuel). ¿De manera que no se atreve de verdad? Le he dado mucho tiempo para que se haga de valor.

DIGIACOMO

¿Nunca ha creído usted que yo soy un hombre tímido?

FLORA

Yo lo voy a ayudar, Digiácomo. ¿Usted quiere a Goya?

DIGIACOMO

Es probable.

FLORA

¡No, así no debe usted responder! Diga sí o no.

DIGIACOMO

Digo que sí.

FLORA

Yo recuerdo que en una oportunidad usted se expresó despectivamente de ella.

DIGIACOMO

(Alarmado). ¿Yo?

FLORA

Tengo muy buena memoria. Se hablaba de la femineidad y usted... *(Can sarcasmo).* Ahora comprendo. Usted debe haberse enamorado de la femineidad de Goya. ¡Es tan suave, es tan deliciosa! Siempre entre flores, siempre entre versos, siempre buscando la luna sobre la fronda, la penumbra de los rincones... Un artista como usted no podía ser indiferente a tanto encanto de mujer. ¿No es verdad?

DIGIACOMO

No está bien todo eso, Flora. Es su hermana. Por otra parte, ¿cree usted que todo está en lo que se ve? El ser humano tiene un alma, hay espíritu en las personas. Goya tiene una gran alma...

FLORA

(Sin poder reprimir su indignación y su desprecio, le interrumpe). ...de hombre! ¡Piensa como un hombre, vive como un hombre, siente como un hombre! ¿Qué ha visto usted en ella que le haya revelado su condición de mujer?

DIGIACOMO

Todo.

FLORA

Antes no pensaba usted así.

DIGIACOMO

Peor para mí. He perdido muchos motivos de deleite entonces. Porque le aseguro que es un verdadero deleite ver a una mujer como ella, librando una batalla estupenda por la vida, todos los días, todas las horas. Eso sí que es un encanto, pero vital, una lección de vida, que sólo una mujer puede dar. ¿Qué es una madre, sino una crea-

dora de vida y una profesora de vida? Goya ha venido entregando en esta casa su maternidad virgen y nadie se lo agradece, porque, por desgracia, nadie lo sabe tampoco. Usted, que es mayor que ella, ni siquiera se ha enterado del bien que ha hecho a todos.

FLORA

¡Usted es un farsante! Todo lo que dice es mentira.

DIGIACOMO

Admitamos que sí. ¿Se siente usted mejor?

FLORA

¡Sí, mucho mejor!

DIGIACOMO

(Con lástima). No lo creo. Pero si la convicción de que yo soy un farsante le hace a usted bien, quédese con ella. En ese caso me hace mucho bien también a mí.

GOYA

(Sin salirse de la pose). ¿Abel nunca te ha dicho nada de tus cuadros?

JUAN MANUEL

Nunca.

GOYA

Si supieras cómo te admira. ¡Cómo cree en vos!

(Se produce un largo silencio en los dos escenarios. De pronto, Flora, como quien toma una resolución, abandona su asiento y se dirige hacia la habitación de Juan Manuel suponiéndolo allí. Al abrir la puerta y no verlo, se dirige a la habitación de Goya, cuya puerta abre violentamente. Se sorprende de ver a Juan Manuel haciendo el retrato de la hermana y lo demuestra observándolos un instante con cara de asombro. Luego, dando la impresión de que se refirma en la intención que traía.)

FLORA

¿Sabés una cosa de la que acabo de enterarme, Goya? Digiácomo está enamorado de ti. ¿Qué me dices? *(Goya y Juan continúan, imperturbables).* ¿No te sorprendes?

GOYA

Me podría sorprender si te creyera.

FLORA

Te estoy diciendo la pura verdad. Hace un momentito me lo confesó. Aquí está Digiácomo. El mismo te lo puede confirmar. *(Abre la puerta y desde ahí mismo se dirige a Digiácomo).* Venga, Digiácomo. Dígaselo usted mismo a Goya. Ella no lo quiere creer.

DIGIACOMO

(Visiblemente violento y avergonzado, le hace señas a Flora, invitándola a callarse. Con una voz que apenas se oye). ¡Pero, señorita Flora! Sea prudente.

FLORA

Venga, venga para aquí. Que lo vea ella, que lo oiga ella. Te juro que es cierto, Goya.

GOYA

Está bueno ya, Flora. *(Violentándose ella también).* ¿Te he preguntado algo yo?

FLORA

No, pero las buenas nuevas hay que darlas sin perder minuto. ¿No es verdad, Digiácomo?

JUAN MANUEL

(No menos nervioso que Goya). A ver si te callás de una vez y nos dejás tranquilos.

FLORA

(Que empieza a reír con una risa histérica, que luego

irá creciendo). ¿Por lo visto no se les puede dar una buena noticia? Otra se lo hubiera callado por egoísmo. En cambio, yo no he demorado más que unos minutos en decirlo.

GOYA

(Abandona la pose, al mismo tiempo que habla.) Dejemos, Juan Manuel. *(Salta de la cama, se pone unas zapatillas y se dirige hacia el "living", con la intención de conseguir que se vaya Flora. Apenas pone el pie fuera de su habitación, su mirada se encuentra con la de Digiácomo).* No me podrá negar que mi hermana es loca.

FLORA

(A Digiácomo). No sería caballeresco de su parte que me hiciera pasar por mentirosa. Hable, Digiácomo. *(En la puerta de la habitación de Goya aparece Juan Manuel, con la tabla de dibujar en la mano).* Es la pura verdad, Goya. Me dijo que te quiere, que se ha enamorado de tu femineidad. ¿Qué me dices, Goya? De lo que tú tienes de femenina. ¡No hay como vivir para aprender cosas! *(Intensifica la risa).* Femenina tú, que tienes más energía que un león. No me negarás que tiene gracia. Y yo creyendo, como una tonta, que la femineidad era otra cosa. ¡Qué batalla has ganado, Goya!... ¡Quién lo hubiera podido adivinar!...

JUAN MANUEL

(Después de acercarse a Flora). ¡Querés callarte, imbécil!

GOYA

(Superando la energía de Juan Manuel). ¡Dejala, Juan Manuel! *(Acercándose a Flora, con voz ahogada).* ¿Tan enteramente has perdido la vergüenza, Flora? Si te hubieras desnudado ante un hombre desconocido para vos, la desvergüenza no hubiera sido tan grande.

FLORA

No digas pavadas, hermana.

GOYA

(Dirigiéndose a Digiácomo). ¿Puede usted aclararnos algo de todo esto?

DIGIACOMO

Créame que estoy impresionado. Tal vez tenga yo la culpa, pero no lo creo. Lo que ella ha dicho es verdad. Obligado, forzado por ella misma, he tenido que confesar que la quiero a usted. Me ha arrancado la confidencia. Y vea usted si será absurdo. ¿Cómo puede ser una confidencia si me ha sido arrancado, como digo? Pero es terrible esta situación, para usted y para mí. Parece que mis sentimientos fueran una baratija, que todo el mundo puede tener en la mano y curiosearlo por fuera, por dentro... ¡Estoy realmente abrumado! *(Una breve pausa).* Yo no he debido hablar. *(Otra pausa).* En fin, ya está hecho el error y no hay manera de componer la cosa. ¡La quiero, Goya! Lo digo como un enfermo dice: ¡"Quiero vivir"!... En este caso, usted es el médico, que está en el secreto de todas mis posibilidades. Yo no sé nada. El paciente nunca sabe nada.

GOYA

Usted no está en condiciones de escucharme, Digiácomo.

DIGIACOMO

Creo que tiene razón.

GOYA

Hablaremos en otro momento.

DIGIACOMO

Cuando usted guste. Lo único que le pido es que no suponga que no me he hecho cargo de la grotesca situación

que se ha presentado y en la que su nombre se pronunció sin el debido respeto.

GOYA

Le creo. Me parece haber comprendido perfectamente lo que ha pasado.

DIGIACOMO

Eso me consuela grandemente. *(Tras un breve silencio).* ¿Me acompañás, Juan Manuel? Quiero hablar con vos.

JUAN MANUEL

Sí, te acompaño.

GOYA

(Después que Digiácomo y Juan Manuel se ponen en marcha para irse por la puerto foro). Perdone, Digiácomo. Lo he pensado mejor. Me parece conveniente que hablemos ya. Una entrevista especial lo abultaría todo inútilmente. Yo creo que podemos hablar ahora. Es tan poco lo que tengo que decir.

DIGIACOMO

Usted es dueña de sus actos, Goya.

GOYA

Por eso mismo. ¿Ha dicho usted que me quiere?

DIGIACOMO

Lo firmaría con mi sangre.

GOYA

Así, claramente, terminantemente, con esas palabras, es la primera vez en mi vida que lo oigo. Y vea usted, Digiácomo, con qué tranquilidad le estoy hablando. No me han conmovido esas palabras. ¿Puede darse una respuesta más categórica? Difícilmente. Si yo lo quisiera a usted, me imagino que éste sería uno de los grandes momentos de mi vida. Por desgracia, no es así. No lo quiero, Digiácomo.

DIGIACOMO

Yo no estoy tranquilo, Goya. Estoy frente a usted y siento como un temblor que viene del fondo de la tierra y me invade todo el cuerpo como una droga misteriosa. Sin embargo, Goya, no estoy ofuscado. Yo sé que no querer es, al fin, tan importante para usted, como querer, para mí. Lo uno es tan decisivo para la negativa, como lo otro para... suplicar, si fuera preciso. Pero hay otros aspectos de la cuestión que tal vez convenga tomar en cuenta. Yo estoy enamorado de usted. No lo oculto. De manera que mal podría decir que el amor no existe. Existe, sí, y yo soy una buena demostración de su existencia en mí, para mí. Comprendo, no obstante, que se puede ir al matrimonio sin él, de la misma manera que se va a una iglesia sin fe y se sale de ella, un día u otro, con la idea de Dios en la frente o en el alma. Sus hermanos se dispersarán, Goya. Aníbal se casa; Juan Manuel regresa a la provincia, lo mismo que Flora, que no tendrá otro recurso que volverse también. ¿Qué hará usted? ¿Lo mismo que ellos? ¿Se irá usted también?

GOYA

No tiene ninguna relación lo que yo haga o resuelva con lo que estamos conversando.

DIGIACOMO

Yo creo que sí, Goya.

GOYA

Ninguna. Mi situación económica no puede influir en esto.

DIGIACOMO

¿Por qué no?

GOYA

Ya me arreglaré yo para ir viviendo como mejor pueda.

DIGIACOMO

Me parece que usted incurre en error muy grave, Goya, al no darle la importancia que tiene la necesidad de vivir, materialmente hablando.

GOYA

Es inútil que intente persuadirme. No me convencerá.

DIGIACOMO

Es posible, pero no porque me falta razón a mí, sino porque no querrá usted escucharla. Es un grave prejuicio el de no querer mezclar la necesidad de vivir con lo que se cree que es la pureza de los sentimientos. Es un prejuicio romántico, impropio de una mujer como usted, que tiene la sabiduría de poner todas las cosas en marcha. Eso se mezcla siempre. Lo mezcla la vida, que sabe mucho más que nosotros.

GOYA

(Enérgica). No me regatee usted mismo lo que tanto quiere reconocerme. Si tanto sé, ¿por qué no he de saber tratándose precisamente de mi vida?

DIGIACOMO

No digo que no sepa, sino que no quiere atender a su vida. Usted ha trabajado mucho ya. Es hora de descansar. Usted debe descansar.

GOYA

No ponga una lápida en mi vida. Soy muy joven. Yo no puedo casarme con usted porque no lo quiero. Y usted tiene la obligación de comprender que es una razón muy grande.

DIGIACOMO

Hace un momento lo he dicho, Goya. Yo no hablo como un enamorado, cuyas reflexiones van a dar siempre en

esa piedad tan particular que los enamorados se empeñan en provocar. No hablo de mí, sino de usted.

GOYA

Déjeme a mí en paz, que yo sabré defender mi vida, como hasta ahora.

DIGIACOMO

"Como hasta ahora", dice usted. Eso es lo que se trata de evitar: que viva tan difícilmente "como hasta ahora".

GOYA

Renuncie a ese propósito.

DIGIACOMO

Renunciaría si supiera que usted tiene resuelto el problema de su vida. Cuando dejen ustedes esta casa —hoy o mañana o la semana que viene, a más tardar— ¿adónde irá usted?

GOYA

(Con fastidio). ¡A nadie tengo que darle cuenta de lo que voy a hacer! Estoy acostumbrado a que los demás me den cuenta a mí de sus actos. El hecho de que esté dispuesto a casarse conmigo, no le autoriza a vigilar mi vida, ni siquiera con el pretexto de hacerme bien. Pero, para que no le quede ningún pesar, para que su conciencia de enamorado no tenga nada que reprocharle, le digo que sabré ganarme la vida en cualquier parte y en cualquier momento. No concibo un solo día sin su correspondiente trabajo. Veo el trabajo en todas partes y lo hago antes de ofrecerlo, lo cumplo antes de prometerlo, que es la forma infalible de hallarlo.

DIGIACOMO

Bien. No insisto.

GOYA

Buenas noches, Digiácomo.

DIGIACOMO

No me despida así, Goya. Tal vez no sea yo el hombre de su destino, pero soy un hombre al que se le puede tolerar un exceso de celo por la suerte ajena. La suya en este caso. *(Luego de una breve pausa).* Buenas noches.

GOYA

Que lo pase bien.

(Por la puerta de foro sale Digiácomo, seguido de Juan Manuel. Goya cierra después la puerta. Entretanto, Flora, que se habrá sentado junto a la mesa de comedor, escondiendo la cara entre los brazos, que descansan sobre aquélla. Goya mira a su hermana. Toma una taza de las que habrá sobre la mesa y hace mutis por el pasillo de la izquierda, volviendo en seguida con la misma taza humeante y la deja sobre la mesa cerca de donde está Flora. Se acerca a ésta, le levanta la cabeza y le observa la cara).

GOYA

Tomá un poco de tilo.

FLORA

(Con enojo de niña a la que se ha sorprendido en falta). ¡No quiero!

GOYA

Algunos tragos siquiera. Te hará bien.

FLORA

¡No quiero!

GOYA

(Violenta). ¡Pues tenés que querer!

FLORA

(Como en un ataque histérico). ¡No quiero! ¡Lo que quiero es morirme! ¡Quiero morir! ¡Quiero morir! ¡Ayúdame a morir!...

¡No te faltan motivos para pedir la muerte! *(Breve pausa).* Se puede desear una fruta, con el mismo deseo ardiente con que el sediento pide agua. Pero no se puede —por respeto de sí msma— mostrar la saliva del deseo. Vos la has mostrado, y no era una fruta lo que deseabas, sino un hombre. ¡Te sobran razones para llamar a la muerte, Flora! Que no vendrá, porque la vida es infinitamente generosa y ya te ha devuelto la vergüenza, como devuelve la piel. Todo dependerá ahora de los cuidados que tengás para el pellejo tierno de tu vergüenza, que puede desgarrarse con un solo pensamiento impúdico. *(Ahora Flora se ha puesto a llorar en silencio, con un llanto que parece deplorar concientemente lo ocurrido y que la alivia).* Me alegra mucho verte llorar, Flora. Hace un rato se me saltaron las lágrimas al verte reír, y ahora confieso la alegría de verte llorar. Hace un rato se me heló el corazón porque me pareció que habías perdido toda la dignidad. *(Toma la taza y la lleva a los labios de Flora. Esta apenas sorbe el tilo. De pronto, Goya deja la taza sobre la mesa y desabrocha los vestidos de Flora).* ¡Estás toda tan ceñida, Flora! ¡Tiene que hacerte daño! ¡Te tenía toda oprimida! Cualquier ansiedad, con todas estas cosas que te oprimen el cuerpo, tiene que convertirse en una angustia insufrible. *(Vuelve a darle a beber el tilo, que ahora Flora bebe resueltamente. Al terminar, Goya deja, una vez más, la taza sobre la mesa, le alisa el pelo a la hermana y le acaricia la cara, más que con el propósito de cariciarla, con el de sacarle la pintura y limpiarle los ojos).* Acostate. A ver si dormís. Pero no pensés en nada. No ha pasado nada. *(Puede decirse que Goya conduce a Flora hasta el pasillo de la derecha. De improviso ésta se encara con la hermana, mostrando un rostro minado por un largo dolor).*

FLORA

¿Estoy muy vieja, Goya?

GOYA

No, Flora, Estás desesperada.

FLORA

No estoy enamorada de Digiácomo. Defendía mi última esperanza, mi última posibilidad de marido. ¡Estoy tan vieja, Goya! *(Se echa en los hombros de Goya y llora con llanto libre).*

TELON

ACTO TERCERO

Tres años han transcurrido desde la acción del segundo acto. Digiácomo y Goya se han casado hace aproximadamente dos años y medio. Viven en un pequeño departamento de dos piezas, en la periferia de la ciudad. El escenario representa el comedor y el taller, pues Digiácomo, como nunca logró vender sus óleos, a pesar de los méritos grandes —o en razón de ellos— que él les atribuye, no tuvo más remedio que transar con las duras necesidades de la vida y hacer el trabajo que le consiguió su mujer: pintar admohadones, modestísimos, por series. Mediante ello, el matrimonio, que al principio sufrió enormes privaciones, disfruta hoy de cierta tranquilidad en lo que a los medios de subsistencia se refiere. Ya se comprenderá que esa tranquilidad no supone la ausencia de sufrimiento espiritual en Digiácomo, que no ha renunciado —no renunciará nunca— a ser algún día un gran pintor, muy altamente cotizado, que ambas cosas se confunden en su sueño.

En el lateral izquierdo y casi pegado a la ventana, una mesa como para cuatro personas. En el lateral derecho, segundo término, un diván —el mismo que se ha conocido en el primer acto— sobre el que habrá algunos almohadones ordinarios— de terciopelo o cosa así, negro o azul oscuro, con flores o pájaros pintados, en colores muy chillones, como para asegurarse el entusiasmo de gente sin sentido estético. En el fondo, hacia la izquierda, se desta-

ca una cocina a gas, muy limpia y bastante espaciosa; hacia la derecha, una puerta, de una sola hoja, que comunica con el zaguán que da a la calle. En segundo término de la izquierda, otra puerta que da acceso al dormitorio y a las demás dependencias de la casa. Sobre el diván mencionado, además de los almohadones, algunos tarros de pintura —de una pintura "ad hoc"— con la que Digiácomo hace los trabajos de su "mestiere", como él mismo dice. Todo lo de ese rincón —sin olvidar una mesita, como de confección especial, pequeña y de patas muy delgadas—, debe dar la sensación de un taller en horas de descanso.

Al levantarse el telón, es la caída de la tarde, pero ya se puede ver sin luz artificial. No hay nadie en escena. Luego de unos segundos, aparece, por la puerta de foro, Goya, con varios paquetes en la mano. Es fácil adivinar que ha ido a hacer las compras necesarias para preparar la cena. Goya tiene una cara de persona sin grandes preocupaciones, pero también sin grandes alegrías. Así que llega, se dirige a la cocina, donde deja las cosas traídas, y recomienza el planchado de la ropa de su marido, de la que debe verse, si es posible, las camisas. Un instante después, suena el timbre. Acude Goya, abre la puerta y se encuentra con Flora, a quien recibe con alegría, pero sin dejar de dar la sensación de que se ven con frecuencia.

GOYA

¿Cómo te va, Flora?

FLORA

(Lo más paqueta posible, dentro de su irremediable cursilería). Muy bien. ¿Y a ti?

GOYA

Bien, Flora. *(Entran ambas al comedor. Flora se quita el sombrero y deja dentro de éste la cartera y los guantes).*

FLORA

También hoy me sorprendes planchando. ¿Terminas ya?

GOYA

Quedan algunas cositas.

FLORA

(Con alegría). Pues, yo plancharé lo que falta. *(Se van las dos a la cocina. Flora comienza a planchar).*

GOYA

Entretanto, yo prepararé la comida. *(Se ve a Goya maniobrar en la cocina).*

FLORA

¿No has recibido carta de casa?

GOYA

Me ha escrito Juan Manuel. Se viene. Parece que muy pronto.

FLORA

¿A quedarse?

GOYA

No me dice nada de eso, pero me imagino que no. Vendrá, como me ha escrito al poco tiempo de haber sido nombrado en el cátedra, a disfrutar de sus vacaciones de profesor. Y creo que tiene interés también en preparar una exposición. Parece que al fin le han pagado el retrato de la abuela del gobernador.

FLORA

¡Ni me recuerdes ese asunto, Goya! Tú sabes que siempre recibo "El Censor". Me lo hace mandar el tilingo ése de Amílcar, que se toma el trabajo de marcar con lápiz azul todo lo que escribe en "Sociales". La lectura de sus versos es lo único que me consuela de haberme quedado soltera. Me querrás creer que cada vez que veo la palabra

"sublime" en sus sonetos —y muy rara vez falta— me acuerdo de la caspa que le encanece el pelo y siento una felicidad inmensa de saberme en Buenos Aires. Pero, ¿de qué iba a hablar yo? ¡Ah, sí! Ya recuerdo. Pues, el osado de Amílcar, no sólo me manda el diario con sus cosas señaladas, sino también con las que se refieren al bendito retrato ese que ha hecho Juan Manuel. El asunto del retrato ha sido un verdadero escándalo, que no ha terminado. ¡Hasta los diarios de aquí han hecho comentarios malévolos! ¡Estos periodistas están en todo! ¡Qué raza de hombres! ¡Todo ha de importarles! ¿Por qué tienen ellos que meter las narices en un retrato de familia que encarga el gobernador?

GOYA

Supondrás que no puede hacerme gracia que se burlen del gobernador por haberle encargado un retrato a Juan Manuel. Pero no creas que les falta razón a los que critican al gobernador ¡Mirá que hacer pagar al Estado el retrato de la abuela!

FLORA

Pero no olvides de quien se trata. Ya lo decía el decreto que disponía que se hiciera. Se trata de una verdadera dama patricia. La primera que estuvo dispuesta a pelear por la provincia cuando el conflicto por los límites.

GOYA

¡Dónde se ha visto querer ir a la guerra civil con la provincia vecina, y tan luego por una cuestión de límites! Si es para reírse, no para darle un lugar en la historia de la provincia.

FLORA

Lo que pasa es que a ti te ha tragado Buenos Aires. Todo lo de la provincia lo ves mal. Ni más ni menos que una porteña. Además, se trata de algo que ha beneficiado a Juan Manuel.

GOYA

Me alegro que Juan Manuel se haya ganado mil quinientos pesos. Buena falta le hacían al pobre. Pero no puedo desconocer que el gobernador es un sirvergüenza. Debió pagar el retrato de su bolsillo y tenerlo en su casa. ¡Lo hizo todo al revés! *(Después de una breve pausa).* Pero, dime, Flora: ¿Amílcar todavía piensa en vos?

FLORA

Ah, yo no lo puedo saber.

GOYA

Si sigue tan empeñado en que lo leas, no cabe duda. *(Sonríe).* Deberías hacerle llegar tu parecer sobre sus versos.

FLORA

¿Para qué? ¿Para que deje de mandarme el diario?

GOYA

(Acentuando su sonrisa). En ese caso se te podría perdonar que mintieras.

FLORA

Precisamente en este caso no me siento capaz de ocultar mi verdadera opinión. Por lo demás, te voy a hacer una advertencia: estoy segura de que sus versos no me parecerían tan sin gracia, tan "desgraciados", si no supiera de quién son. Pienso en Amílcar y la soledad me parece una merced de la providencia.

GOYA

Nunca ha sido un mal muchacho.

FLORA

Pero siempre ha sido un sacristán sin puesto. Flaco, sucio, sigiloso, meloso e hipócrita.

GOYA

Bueno, la verdad es que vos has tenido oportunidad de conocerlo bien. Yo hablo más por lo que parece así, al pasar.

FLORA

Hablemos de otra cosa, Goya. *(Una breve pausa).* ¿Y Lorenzo?

GOYA

Ha ido a entregar.

FLORA

¿Siempre tiene mucho trabajo?

GOYA

Bastante. *(Un silencio).*

(Por la puerta que da a la calle entra Digiácomo con un envoltorio que se supone de admohadones sin armar. Al ir a abrir la puerta, Goya continúa tranquilamente su tarea. Digiácomo entra directamente hasta el rincón del taller, deja el envoltorio sobre el diván y se sienta después, dando la impresión de nerviosidad y disgusto).

FLORA

Ahí está Lorenzo.

GOYA

Sí, ya sé. *(Un silencio).* ¿Cómo se porta Abel? ¿Hace muchos días que no lo ves?

FLORA

Regular. No lo veo sino al levantarse.

GOYA

Y a Aníbal, ¿lo has visto?

FLORA

Hace unos días. ¿Qué digo unos días? Ayer lo vi.

GOYA

Pues, lo estoy esperando a Abel. ¡Me ha hecho una! ¡No quieras vos saber la que me ha hecho! *(Sale de la cocina y se dirige resueltamente hacia Digiácomo. Viéndolo).* ¿Qué te pasa? *(Y antes de que el marido le conteste, viendo el envoltorio).* ¿Y eso? ¿Qué paquete es ese? Parece la mitad del trabajo que te has llevado para entregar.

DIGIACOMO

(Tratando de disimular su preocupación. Con una falsa desaprensión). Exactamente: la mitad.

GOYA

Pero, ¿qué significa eso?

DIGIACOMO

Nada grave, Goya. Significa que —por ahora, ¿eh?— no han tomado nada más que seis docenas.

GOYA

No entiendo. ¿No te habían encargado doce docenas?

DIGIACOMO

A Fortunato —¡al señor Fortunato!— se le ha ocurrido que la casa se reserva el derecho de admitir el trabajo en la cantidad que conviene a sus intereses, y no a los intereses de quienes trabajan.

GOYA

¿Pero si uno no hace más que cumplir con las órdenes de ellos?

DIGIACOMO

Esa es la lógica, y la verdad, cosas que no tienen ninguna importancia.

GOYA

Pero no ha ocurrido nunca. ¿Qué te ha dicho ese infeliz?

DIGIACOMO

Desaté el paquete y observó un almohadón, luego otro, en seguida recorrió todos, como quien hojea un libro que se sospecha aburrido, y no dijo nada. Ya no me gustó la cosa. Se fué, volvió, anduvo por todas partes y cuando se cansó de tenerme ahí, perdiendo el tiempo como en las antesalas de los despachos ministeriales, me preguntó: "¿Cuántos trajo?" "Doce docenas; las que me encargaron", le contesté. "Nos quedaremos con seis", me dijo usando el plural "nos", como tabla de salvación para su audacia. Porque vos habrás notado que, generalmente, habla en primera persona, como si nadie, fuera de él mismo, tuviera allí ninguna autoridad. Esta vez usó el plural...

GOYA

(Violentamente, le interrumpe). Esas cosas no me interesan. Quiero saber qué le has dicho.

DIGIACOMO

¡Qué le he dicho! Algo le he dicho, se comprende.

GOYA

¿Y tu elocuencia? Siempre hablas mucho, en todas partes hablas mucho, y donde debes hacerlo te callas.

DIGIACOMO

No me he callado, Goya. Acabo de decirte que algo le he dicho.

GOYA

Por lo menos le habrás hecho comprender que vos no hacés caprichosamente el trabajo, que le llevás los modelos para que ellos elijan y digan la cantidad que quieren...

DIGIACOMO

Es claro que se lo he dicho. Pero como estaba resuelto a hacerme la jugarreta, no valieron razones...

GOYA

¿Sabés vos lo que eso significa? En cualquier momento pueden devolverte el trabajo ordenado por ellos mismos. Hoy te han devuelto la mitad; mañana te lo devolverán íntegro. Y como lo has permitido hoy, no tendrás más remedio que transar.

DIGIACOMO

¿Qué querías que hiciera?

GOYA

Dejarle las doce docenas.

DIGIACOMO

Pero no podía imponérselas.

GOYA

Justamente eso es lo que debiste hacer. Imponerlas. Mejor dicho: imponerte. *(Enciende la luz del comedor).*

DIGIACOMO

¡Imponerte! ¡Yo no dudo de la excelencia de esa idea! Pero, ¿cómo?

GOYA

¿Cómo? Como se impone todo el mundo, cuando está en su derecho.

DIGIACOMO

Estás muy equivocada. El mundo marcha como marcha precisamente porque los que están en su derecho no se imponen, no saben imponerse. Por mi parte, lo confieso.

GOYA

¿Por qué no lo confesaste cuando me invitabas a descansar, casándome con vos? Ahora te das el aire de un hombre que lleva al extremo su franqueza. Yo no te hablo de reivindicar derechos que te lleven al heroísmo.

(Flora abandona el planchado y se acerca a donde están Goya y Digiácomo).

FLORA

Buenas tardes, Lorenzo.

DIGIACOMO

Muy buenas tardes, Flora. *(Le tiende la mano. Ella hace lo mismo).*

GOYA

(Después de un largo silencio. Resuelta). Tomá el paquete. Ahora vamos a ir los dos a ver a Fortunato. *(Y desaparece por la puerta del segundo término de la izquerda).*

FLORA

¿Ha ocurrido algo?

DIGIACOMO

Sin importancia.

FLORA

Como está tan enfurecida.

DIGIACOMO

Usted sabe cómo es Goya. En nuestro matrimonio, quien resulta ser provinciano soy yo. Y pongo a Dios por testigo que no quiero adularme. *(Una pausa).* Yo comprendo que ella tiene razón, pero no puedo modificarme enteramente. ¡Ya he cambiado bastante! De aquel Lorenzo Digiácomo que usted conoció hace cinco o seis años, queda apenas el nombre. Que tampoco debería usar. Lo digo honradamente. Yo debería llamarme Lorenzo Digiácomo de Meléndez. Porque no es ella que ha pasado a ser mi esposa, sino yo que he pasado a ser de ella.

FLORA

No se queje, Lorenzo.

DIGIACOMO

Ya lo sé, Flora. ¿Me va a decir que he perdido el derecho de quejarme? Naturalmente.

FLORA

No iba a decir eso. Quería decir que usted no debe quejarse porque Goya, al fin y al cabo, lo hace todo para que no les falte lo indispensable.

GOYA

(Que vuelve vestida como para salir). Vamos.

DIGIACOMO

¿No te parece un error, Goya?

GOYA

¿Error? ¿Por qué?

DIGIACOMO

Porque tal vez el hombre esté en un mal momento y podríamos echarlo todo a perder. Sería mejor verlo mañana.

GOYA

No. Ahora mismo. Vamos a ver con qué cara me dice a mí lo que te ha dicho a vos.

DIGIACOMO

No digo más. Estoy a tus gratas órdenes.

GOYA

No te hagás el gracioso conmigo. Vamos. *(Digiácomo toma el envoltorio con el cual venía de la calle al empezar el acto y avanza hacia la puerta del departamento).* Nosotros no tardaremos, Flora. Vamos a pocas cuadras de aquí.

FLORA

Vete tranquila. *(Ella abre la puerta del departamento y deja salir antes al marido, luego sale ella y cierra tras sí la puerta. Por su parte, Flora vuelve a la cocina y recomienza a planchar las camisas de Digiácomo, en una actitud casi beatífica. Después de un largo silencio, sue-*

na el timbre. Flora va a abrir y se encuentra con Regina, su futura cuñada. Se saludan fríamente). Pase usted. Estoy de dueña de casa. Goya y su esposo han salido, pero no tardarán en regresar. *(Regina y Flora se acercan a la mesa que está junto a la ventana de la izquierda. En seguida aquélla esconde la cara con un pañuelo y se echa a llorar).* ¿Qué le ocurre? ¿Por qué llora?

REGINA

Hace tres días que no sé nada de Aníbal.

FLORA

(Asombrada). Y por eso llora. Yo en su lugar lo hubiera considerado una verdadera gracia del cielo.

REGINA

(Irguiéndose indignada). ¡No le permito que hable así de Aníbal! ¡No se lo permito! ¿Se cree usted que por ser su hermana tiene derecho a decir de él cualquier cosa? ¿Usted no se cansa de hablar mal de Aníbal?

FLORA

Se lo he dicho para consolarla. Pero si eso le fastidia, no tengo inconveniente en decirle todo lo contrario. Y además, ¿por qué me cuenta nada a mí?

REGINA

(Echándose a llorar de nuevo). Si no es a usted a quien venía a ver, sino a Goya. Es a ella a quien quería hablar. ¿Acaso no lo sabe usted? No podía imaginar que ella no estaría en casa y que, en cambio, me encontraría con usted.

FLORA

Haberse callado, entonces.

REGINA

¿Le parece a usted fácil callarse cuando se tiene la con-

fidencia a flor de labio? Yo venía a hablar con Goya porque en mi casa no puedo desahogarme. Si le dijera algo a mi madre, lo perdería para siempre. Bastante rabia le tiene ya. Mi madre no lo quiera nada a Aníbal, y si yo le digo algo contra él arde de indignación. Estoy obligada a disimular mi tristeza y mentirle, justificando todas las cosas que él me hace. Pero las hay que colman toda la paciencia. Hace tres días que no me ve, no me habla ni me escribe. Como si me hubiera abandonado definitivamente. ¿Usted cree que es capaz de hacerlo?

FLORA

Yo lo creo capaz de todo.

REGINA

¡Yo no! Usted habla así porque no lo conoce.

FLORA

¿Que no lo conozco?

REGINA

¡Sí, sí! ¡Que no lo conoce!

FLORA

(Con una sonrisa). ¡Estaría bueno que no conociera a mi hermano!

REGINA

Los de la familia son los que menos se conocen.

FLORA

¡Me gustaría tanto creer lo mismo que usted!

REGINA

(Después de un silencio). ¿Usted no lo ha visto?

FLORA

Yo no los veo a mis hermanos. No me visitan nunca.

REGINA

¿No le habrá pasado algo? ¿No estará enfermo?

FLORA

A mí no me pregunte nada, porque ni siquiera sé dónde vive.

REGINA

Tiene alquilada una habitación en una casa de departamento.

FLORA

¿Y si lo quiere tanto por qué no lo va a buscar a su casa?

REGINA

No, a la casa no debo ir. *(Queda pensativa).* Mi madre me lo ha prohibido terminantemente. Vive obsesionada con la idea de que puedan engañarme a mí como la han engañado a ella. Está convencida de que todos los hombres son iguales. Continuamente discutimos sobre lo mismo. Como yo no le permito que dude de la honestidad de Aníbal, me dice que su desconfianza no se debe a que crea a todos los hombres iguales, sino a que todas las mujeres lo son. Y es muy natural que yo me indigne más todavía. ¿No le parece? ¿Por qué vamos a ser todas las mujeres de la misma pasta?

FLORA

Me gustaría conocer a su madre. Debe ser una mujer inteligente.

REGINA

No hay nada como pensar mal para parecer inteligente. Lo que es mi mamá, de verdad, es desconfiada. *(Una pausa).*

FLORA

¿Le tiene mucho miedo a su mamá?

REGINA

Miedo, no. La respeto. Me gusta respetarla. Yo creo que prefiere que la respeten a que la quieran. ¡Es tan feliz cuando le digo: "Sí, mamá", "Como quieras, mamá", "Ya voy, mamá". *(De nuevo se lleva el pañuelo a los ojos para secarse las lágrimas).* ¡Pobre mamá! Ella no es casada, ¿sabe? Y vive agitada, desvelada por la idea de que a mí me pueda pasar lo que a ella: que termine en amante de Aníbal. Sufre horriblemente con ese temor. Y cuando veo que Aníbal me hace estas cosas, yo pienso lo mismo que ella y le doy la razón secretamente.

FLORA

¡Tanto lo quiere usted a Aníbal!

REGINA

¡Sí, mucho! ¡Lo quiero con toda mi alma! ¡Es tan bueno!

FLORA

(Asombrada). ¿Bueno?

REGINA

¡Es tan noble!

FLORA

¿Ah, sí?

REGINA

Tan simpático.

FLORA

¿Muy simpático es Aníbal?

REGINA

No lo digo yo sola. Lo dice todo el mundo.

FLORA

¿Su mamá también?

REGINA

Cuando estemos casados lo dirá también ella.

FLORA

¿Por qué no se casan de una vez? Hace cuatro años que están de novios.

REGINA

Creo que en estos días empezaba a trabajar. Ahora puedo tener esperanzas de casarnos pronto.

FLORA

(Luego de un silencio). ¿Por qué no se resuelve a ir a verlo? Bien podría ser que estuviera enfermo.

REGINA

Hay otra razón para que no vaya. También él me ha prohibido que fuera a la casa.

FLORA

¿Y por qué?

REGINA

Como tiene un compañero de pieza...

FLORA

¿Nada más que por eso?

REGINA

(Como avergonzada). Como una vez que fuí...

FLORA

(Interrumpiéndola). ¿Ah, ya fué usted, a pesar de la prohibición terminante de su mamá?

REGINA

Fuí una sola vez y él no estaba... Entonces el compañero, que se creyó quién sabe qué de mí... se atrevió a insinuárseme. Me dijo no sé qué cosas y yo me sentí en el deber de repetírselas a Aníbal. Entonces él me prohibió que fuera nunca más...

FLORA

Pero yo creo que en este caso más bien tendría que ofenderse si usted no diera ningún paso por saber qué le ha pasado. Se me ocurre... Usted haga lo que le parezca...

REGINA

(Otra vez pensativa). Tiene razón. Lo mejor será que yo vaya a la casa. *(Después de una pausa).* Sería horrible que yo estuviera pensando... *(Entusiasmándose con la idea).* ¡Es claro que tiene usted razón! Es lo primero que debí haber hecho. Al día siguiente hubiera debido ir. No se me ocurrió por lo de mamá. He notado que el temor de mamá me cohibe para hacer muchas cosas. *(Se pone de pie).* Le agradezco mucho que me haya aconsejado tan bien. *(Observando a Flora con simpatía).* ¡Ya ve usted que yo tengo razón cuando digo que los de la familia son los que menos se conocen! ¡Me está pareciendo buenísima usted!

FLORA

Y ninguno de mi familia lo cree. ¿Es lo que usted quiere decirme con su sorpresa?

REGINA

(Con un tono tímido). No quiero decir eso. Lo que pasa es que yo me imagino que para sus hermanos, que la ven siempre, que han convivido con usted toda la vida... usted no puede ser una persona de sentimentos tan claros.

FLORA

(Sonriendo con tristeza). No se esfuerce en disimular lo que ya ha confesado. ¿Cree que yo no lo sé? No lo considero una injusticia, además. Yo soy un poco así, como me suponen mis hermanos. Tal vez no tanto, pero tengo mucho de todo eso que ellos me encuentran. Egoísta, agria

de carácter, indiferente al mal y al bien ajenos. Y quizá no sea tan indiferente al bien ajeno como al mal...

REGINA

No lo creo.

FLORA

Pues, soy así. Pero no es mía la culpa. Del todo mía, no es. ¿Cómo puede ser una persona a la que la vida castiga condenándola a vivir de la única manera que no puede vivir? ¿Sabe usted lo que es vivir en la más absoluta soledad —con o sin gente alrededor—, cuando se ha soñado tener un compañero único y para siempre, a quien querer y cuidar y mimar, y saberse, a su vez, querida, cuidada y mimada? No, no lo sabe usted.

REGINA

Tiene razón. No hay vida sin amor.

FLORA

Quizá sea mucho pedir. Pero estoy segura de que una vida no compartida, tiene que convertirla a una en esa especie de mónstruo que una es para sus hermanos. *(Suena el timbre. Flora va a abrir la puerta del departamento y se encuentra con Teófilo Argibey. Un hombre de unos treinta a treinta y cinco años. Aspecto de provinciano distinguido, con habla canturreada. Delicado y simpático).*

ARGIBEY

Buenas tardes. *(Muy ceremonioso se quita el sombrero y hace una reverencia).* ¿Vive aquí la señora Gregoria Meléndez de Digiácomo?

FLORA

Sí, señor, aquí vive. Pero no está en casa en este momento.

ARGIBEY

¿A qué hora se la puede encontrar, si no es mucha curiosidad?

FLORA

A cualquier hora. Es una verdadera casualidad que no esté en este momento. ¿Si quiere usted dejar algo dicho?

ARGIBEY

Preferiría verla personalmente. *(Una pausa de vacilación).*

FLORA

No creo que demore. Si es algo urgente, puede esperarla.

ARGIBEY

Nada urgente, señorita. Si soy cargoso es porque, como buen provinciano y recién llegado, no me será fácil volver mañana. Y esto queda un poco retirado para mí.

FLORA

Nada mejor que perder unos minutos en esperarla. Le repito que no creo que demore. *(Hace una pausa y observa a su interlocutora).* Perdone la indiscreción: no es usted uno de los Argibey.

ARGIBEY

Sí, señorita. Argibey me llamo. Teófilo Argibey.

FLORA

¿Sobrino tal vez de don Menandro Argibey?

ARGIBEY

Hijo, hijo. Y —curiosidad por curiosidad—, ¿usted no es la señorita Flora?

FLORA

Justamente: Flora.

ARGIBEY

Muchísimo gusto, señorita. *(Le tiende la mano con gran satisfacción, actitud a la que ella corresponde con la misma cordialidad).*

FLORA

Haga el bien de pasar.

ARGIBEY

(Mientras entra, sombrero en mano). Ahora, sabiendo ya a quien se tiene por delante, no podrá ser tan violento. Una visita extraña e inesperada es siempre muy incómoda. *(Flora le toma el sombrero y lo invita a sentarse, junto a la mesa del lateral izquierdo).* No se moleste, señorita.

FLORA

No faltaba más. *(Deja el sombrero de Argibey en cualquier parte).* Le voy a presentar a la señorita Regina Lamare. *(A ella).* El señor Teófilo Argibey.

ARGIBEY

(Dándole la mano). Mucho gusto, señorita. Teófilo Argibey.

REGINA

(De pie). El gusto es mío, señor. *(A Flora).* Yo ya debí haberme ido. Usted me excusará, señor.

ARGIBEY

Haga su comodidad, señorita. *(Le tiende la mano al desconocido y luego besa a Flora, quien la acompaña hasta la puerta de calle).*

FLORA

¿No prefiere esperar a Goya?

REGINA

No, no. Le agradezco mucho. Lo he pensado muy bien. Voy a buscar a Aníbal. Mañana o pasado volveré. *(Flora*

abre la puerta del departamento y se encuentra con Goya y Digiácomo. Los dueños de casa regresan con el ánimo por el suelo, de manera que cuando Regina muestra su alegría al ver a Goya, ésta le da, a su pesar, un tratamiento frío, que traduce bien su estado de ánimo).

REGINA

¿Cómo está, Goya? Mucho gusto, Digiácomo.

GOYA

Ya lo ve, Regina. Regular no más.

REGINA

¡Tenía tantos deseos de conversar con usted! La estuve esperando largo rato.

GOYA

Ya estoy aquí.

REGINA

Volveré en otro momento. He conversado con Flora y ya estoy más animada.

GOYA

Entonces será hasta otro momento. *(Goya le da la mano, sin besarla; Regina, que había hecho el movimiento para besarla, se queda cortada y se va tristemente. Los tres entran al comedor y Goya y Digiácomo se sorprenden de ver en la casa a un desconocido).*

FLORA

El señor venía a hablar contigo.

GOYA

¿Qué deseaba, señor?

ARGIBEY

(Que se habrá puesto de pie así que han entrado Goya y Digiácomo). Vengo a cumplir con un mensaje que me ha dado su hermano Juan Manuel.

GOYA

(Reparando recién en el desconocido, lo observa atentamente). Perdóneme: ¿usted es un Argibey?

FLORA

No podía escapársele.

ARGIBEY

Sí, señora.

GOYA

¿Cuál de ellos?

ARGIBEY

Teófilo. Hijo de Menandro.

GOYA

(Casi conmovida). ¡Teófilo Argibey! ¡El que me ha sacado a mí del pozo!

ARGIBEY

No. Yo bien quisiera haberlo hecho, pero no he sido yo quien la ha sacado a usted del pozo.

GOYA

¡Usted ha dado los gritos! Usted no podía haberlo hecho porque era entonces una criatura, casi de mi edad. Pero dió los gritos que fueron mi salvación. Gracias a usted acudió la gente.

ARGIBEY

Es verdad. Pero debo confesarle que es la primera vez que pienso en ello. Ahora recuerdo perfectamente que yo he dao esos gritos.

GOYA

Acudió una vieja peona, que fué quien tiró el balde. A duras penas pude meterme en él. Me agarré de la soga y me sacaron. La pobre mujer se despedazó un dedo, cuando yo ya estaba a salvo. ¿Así que no recordaba usted nada de esto?

ARGIBEY

Hasta este momento, no, señora. Yo debe reconocer que soy un provinciano infelizote, incapaz de quedarse con las cosas que pueden embellecer la vida. ¿No le parece?

GOYA

(De pronto, señalando a Digiácomo). Mi marido.

ARGIBEY

El mayor gusto. *(Se dan la mano).*

DIGIACOMO

A sus órdenes.

GOYA

Hágame el favor de sentarse. *(Argibey se vuelve a sentar, lo mismo que ella; por su parte, Flora y Digiácomo estaban ya sentados).* ¿Y qué encargo le dió mi hermano para mí?

ARGIBEY

(Saca del bolsillo un estuche, que entrega a Goya). Le manda esto, que él mismo pensaba traerle, según me ha dicho. Inconvenientes de último momento lo han obligao a dejar su viaje para más adelante.

GOYA

(Después de abrir el estuche y observar los pendientes que hay en él. Con una expresión de júbilo que llega hasta las lágrimas). ¡Son muy hermosas! ¡Hermosísimos son! ¡Pobre mi hermano Juan Manuel! ¡Qué bueno es! Mirá, Lorenzo. ¿No es verdad que son muy lindos?

DIGIACOMO

Por cierto que son de muy buen gusto. ¡Gusto de pintor! ¡Gusto de artista!

GOYA

(Toma el estuche de las manos de su marido y se lo pa-

sa a Flora, quien mira los pendientes con cierta tristeza). ¿Te gustan, Flora?

FLORA

Son bonitos. De verdad que son muy bonitos.

GOYA

¿De manera que no se acordaba usted de haberme salvado la vida?

ARGIBEY

Insisto en que no he sido yo. Lo hubiera tenido a orgullo, a muy grande orgullo, si me encontrara digno de tenerlo. Ya ve usted que no lo soy. No he sido capaz de convertirlo en recuerdo, primero, y de cultivarlo, después, como uno de esos árboles que tardan mucho en brotar, pero que extienden sus raíces por todas partes y ya no es posible extirparlos, porque rebrotan muy luego. Soy un infelizote nomás, como ya he dicho.

GOYA

(Que se habrá quedado absorta en sus recuerdos). Recuerdo el hecho como si fuera de este día. Caí en el pozo y me hundí en las aguas hasta llegar a tocar fondo. Solo pensé en mamá y en Aníbal, que era entonces el más pequeño de la familia. Estaba serenita. Había atinado a taparme, una vez, la nariz, y otra, las orejas, y me despedía de ellos con una inmensa piedad, porque sabía que me querían mucho. Pensaba en que iba a morir. Sin embargo, no lamentaba mi muerte. Como no había vivido bastante —tenía siete u ocho años— para tener una idea de la vida, tampoco podía tener una idea de la muerte. Sabía únicamente que era un no volver a verlos, y me bastaba para tener por mi madre y por mi hermano una lástima infinita. No sé cómo, volví a la superficie del agua. (Todavía me estoy preguntando cómo ha podido ocurrir que me hundiese hasta el fondo). Lo cierto es que

se produjo una cosa y la otra, y que cuando pensé que podía hundirme de nuevo hasta el fondo de la tierra, me tomé de un ladrillo que sobresalía de la pared redonda del pozo, con tan mala suerte, que el ladrillo —ablandado por la humedad— no pudo aguantar mi peso de niña flaca, y se rompió. De nuevo me hundí en el agua y de nuevo volví a despedirme de mi madre y de mi hermano, hasta que oí las voces de quienes me echaron el balde salvador.

ARGIBEY

(Impresionado). Muy triste recuerdo.

GOYA

Al contrario. A mí me resulta muy grato. No sé por qué. Será porque hay tantas cosas importantes mezcladas en ese accidente. Un principio de vida y un principio de muerte. Después, la imagen de la madre, verdadero móvil de la vida de cualquier niño. En seguida, el agua, esa misma agua mansa, agua de beber, convertida en el terrible elemento de la naturaleza que puede dar muerte. Luego, la bondad de la gente, empezando por la suya, que ha tenido la felicísima ocurrencia de asustarse dando gritos... En fin, son tantas las cosas que siempre he visto en ese episodio de mi niñez. Es toda mi infancia. Lo quiero mucho, porque me parece que me ha enseñado a luchar. Yo creo que habría muerto ahogada si no hubiera pensado todo lo que pensé y no hubiera hecho todo lo que hice por salvarme. La muerte, se mostró benigna conmigo, pero yo le hice frente a ese falso destino mío que parecía haberme condenado a morir y al que otra niña tal vez hubiera confundido con su verdadero destino, pereciendo a consecuencias de la confusión y del miedo. Yo, no.

ARGIBEY

Eso del falso y del verdadero destino, me parece un

poco caprichoso, pero es muy lindo que el ser humano tenga que cuidarse de no confundirlos. Yo me imagino al destino verdadero, con tres o cuatro dimensiones, como la persona, y al falso destino, con su sola superficie, siguiéndolo como la sombra del hombre.

DIGIACOMO

Está muy bien eso. Y no creo que esté muy lejos de la verdad. Todo tiene su doble en la vida. Cuando queremos hacer una cosa, casi siempre se nos presentan dos caminos, dos procedimientos para conseguirlo: uno verdadero y otro falso. ¿Por qué no ha de ocurrir lo mismo con el destino? Siempre he pensado que en esas muertes repentinas se produce algo así como si se confundiera el sombrero, tomando el ajeno como propio. Una sobreimpresión de destinos. Se extiende el brazo para tomar lo propio y se toma lo ajeno. Se parecen tanto los sombreros de los hombres como sus destinos.

GOYA

No, no creo que se parezcan tanto. Lo que sucede es que uno se precipita sobre el falso destino porque falta valor para afrontar el propio.

ARGIBEY

Es más probable eso.

GOYA

(Después de un largo silencio). Yo tenía una idea muy distinta de usted.

ARGIBEY

(Con sorpresa). ¿Se acordaba usted de mí, señora?

GOYA

¡Mucho! Muy secretamente. En horas muy plácidas —que siempre han sido muy pocas— o en momentos demasiado tristes, cuando se necesita recuperar energías y vo-

luntad para seguir viviendo. Entonces ese episodio de mi vida llegaba a mi memoria como una extraña fuerza alentadora. En esos casos, era inevitable que pensara en el muchacho que había dado los gritos, que yo oí desde el fondo del pozo como una esperanza ilimitada, como una garantía de vida. Pero lo veía ancho de cara, huesudo, con cejas muy pobladas y unos ojos llenos de picardía.

ARGIBEY

No me gustaría haber sido así, como usted me describe, pero menos me gusta matar una imagen tan próxima a un recuerdo tan bello. Me resigno, señora, a haber sido así.

GOYA

Yo no he dicho que me desagradara verlo distinto.

ARGIBEY

Y estaría por verse si yo no era como usted me ha visto en sus recuerdos. Usted no ha podido querer afearme. Yo debo haber sido como usted dice; ancho de cara, huesudo, de cejas muy pobladas. Así debo haber sido para aquellos ojos infantiles, en relación con mis facciones de niño. Es probable que estas cejas mías, que hoy parecen escasas, puestas en una cara infantil resulten muy pobladas. Lo que pasa es que no han crecido luego en la proporción de los primeros años. En cuanto a mi cara, se me ha alargado esperando el puesto público que todo hombre de provincia espera. *(Todos ríen).* Y ya me voy, porque estoy abusando de la gentileza de todos ustedes.

GOYA

¿Si gusta cenar con nosotros?

ARGIBEY

Mucho le agradezco, señora, pero no puedo aceptar. Será otra vez.

GOYA

Esperamos que sea así.

ARGIBEY

Será una gran satisfacción para mí. *(Le estrecha la mano).* He tenido un gran gusto en reconocerla.

GOYA

Muchas gracias por su molestia.

ARGIBEY

Ninguna molestia, señora. *(Le da la mano a Digiacomo y a Flora).* Muchísimo gusto en haberlo conocido. *(A Flora).* A usted la hubiera reconocido en cualquier momento. De usted tenía un recuerdo bastante preciso.

FLORA

Usted vió que lo he reconocido en seguida.

ARGIBEY

Es verdad.

GOYA

(Acompaña a Argibey, junto con Flora, hasta la puerta del departamento). Espero que no tardará en volver.

ARGIBEY

Como no, señora. En cuanto me oriente un poco en esta ciudad endiablada.

GOYA

Lo esperamos.

ARGIBEY

Muy buenas tardes. *(Vuelve a darles la mano a las dos mujeres. Goya le abre la puerta y Argibey desaparece. Goya y Flora se sientan próximas al diván en que están las muestras de los almohadones. Se produce un largo silencio).*

DIGIACOMO

¿No cenamos hoy? *(Goya va hasta la cocina y trae lo necesario para preparar la cena. Pone los platos, las servilletas, los vasos, los cubiertos, etc. Después que ella los acomoda, Flora, serenamente pensativa, remueve un poco todas las cosas, como si encontrara en ello una extraña voluptuosidad. Todo se hace en silencio. Una vez preparada la mesa, Goya se sienta junto a la ventana, mirando hacia afuera, acodada en el marco).*

GOYA

¿Quiéres hacerme el favor de servir la cena, Flora? Te veo tan voluntariosa para el trabajo cuando nos vienes a visitar, que no me parece un abuso pedírtelo.

FLORA

Sí. Goya. *(Y Flora va, en efecto, a la cocina a traer la comida. Mientras, Digiácomo se sienta dando frente al espectador. Inmediatamente, Flora trae la comida en una fuente, de la cual sirve a Digiácomo y luego a sí misma).* ¿De verdad no vas a comer nada?

GOYA

No, no voy a comer nada. *(Largo silencio. Flora y Digiacomo comen y Goya observa el cielo desde la ventana).* ¿Qué será de este Argibey don Jorge Argibey?

FLORA

Tío.

GOYA

(Después de otro silencio). Me ha salvado la vida y no se acordaba. Otros hacen favores insignificantes y no terminan nunca de echarlo en cara.

FLORA

(A Digiácomo). ¿Le sirvo más, Lorenzo?

DIGIACOMO

Sí, un poco más, ya que usted es tan amable y se aviene a substituir a mi esposa. *(Flora le sirve y se sirve más).*

GOYA

(Que continúa mirando el cielo). ¿Así que si demorábamos unos minutos más no lo íbamos a ver?

FLORA

Yo supongo que no iba a tardar en irse, porque parecía bastante apurado. Pero no ibas a perder el regalo de Juan Manuel.

GOYA

Ya lo sé. Ni me acordaba del regalo.

FLORA

(Después de otra pausa, a Digiácomo). ¿Arreglaron el asunto del trabajo?

DIGIACOMO

(Haciéndole una señal para que se calle y señalando luego a Goya). Es mejor no hablar de este asunto. No le ha ido tan bien como ella esperaba.

GOYA

¿Cuántos años he cumplido yo, Flora?

FLORA

¿Tú? Veintiocho.

GOYA

¿Veintiocho ya?

FLORA

Veintiocho.

(Flora le sirve vino a Digiácomo, se sirve ella y cae el

TELON

ACTO CUARTO

Siempre en casa de los esposos Goya y Lorenzo Digiácomo. De tarde. Al levantarse el telón, están en escena la primera y Teófilo Argibey. Ella, de frente al espectador, junto a la mesa que está próxima a la ventana; él, en primer término, dando el perfil al público. Cerca del sitio que ocupa Argibey, un pocillo de café. Goya observa, conmovida de amor, a Teófilo. Un largo silencio, durante el cual puede verse la tremenda excitación nerviosa de éste, hasta que rompe a hablar.

ARGIBEY

Las más nobles cosas del hombre las he compartido siempre: el pan... el vino... Como quien dice, la vida y la alegría de vivir. Pero no puedo compartir la mujer, que es sagrada cuando llega como me ha llegado usted.

GOYA

(Con una dulzura de medium a punto de salir del trance). Haré lo que usted diga.

ARGIBEY

No soy persona de arrebatar ningún bien a nadie, aunque sepa que en ello va mi vida. Infelicidad de provinciano rudo y tímido, si usted quiere...

GOYA

Usted manda y yo obedezco.

ARGIBEY

Es que tampoco puedo mandar, Goya. En esto no puedo mandar. Es usted quien debe resolver lo que juzgue mejor para su vida.

GOYA

¡Mande usted! ¡Mándeme usted! Yo ya no puedo juzgar nada. Yo, que he tenido que mandar desde muy joven, no he conocido otra felicidad que ésta de obedecerle! He estado obedeciéndole desde que llegó usted con el obsequio de Juan Manuel. No importa que usted no ordene. Yo obedezco de todas maneras, sintiendo lo que su voluntad se niega a expresar. De nada le valdrá que no diga usted: "Esto es lo que quiero", si lo que quiere me llega de mil maneras que yo misma ignoro.

ARGIBEY

(Después de otro silencio). Cuando usted me diga: "Soy libre", yo le responderé con el grito de los libertos, convencido de que es mi propia redención la que me anuncia.

GOYA

¡Seré libre! ¡Seré libre o no seré del todo! Diré la verdad de este amor que tiene la grandeza de las cosas irremediables, como el nacer y el morir. Diré que ha llegado el dueño de todo y que es preciso rendirse.

ARGIBEY

Pero su marido también la quiere.

GOYA

(Pensativa). Es verdad.

ARGIBEY

Y alegará derechos.

GOYA

Es verdad.

ARGIBEY

Dirá que usted ha ido al matrimonio por su voluntad.

GOYA

Sí, sí, es verdad.

ARGIBEY

Y que cuando a usted se le preguntó, en nombre de la ley, si contraía matrimonio queriéndolo, usted respondió que sí.

GOYA

(Siempre pensativa, sin mirarlo). Pero a él no lo engañé. El sabía que no lo quería. Se lo dije, y recuerdo lo que contestó: que se podía ir al matrimonio como ciertas personas van a la iglesia, sin ninguna religiosidad, y que un buen día sienten que la fe les ha nacido. No se le ocurrió entonces que esa fe podía nacer y volverse contra él.

ARGIBEY

Yo sé que usted es fuerte. Juan Manuel me ha hablado tantas veces de su valor para afrontar las grandes penas. El sentimiento que la ata a su marido tiene que ser muy fuerte.

GOYA

Es fuerte, sí, pero más fuerte es el que me ata a usted.

ARGIBEY

Los sentimientos más viejos son siempre los más fuertes, Goya.

GOYA

Ningún sentimiento más viejo que el del amor.

ARGIBEY

En usted, no, Goya.

GOYA

En mí tan antiguo como mi vida. Así como la vida

empieza mucho antes de que se tenga idea de ella, el verdadero amor empieza también mucho antes de que se tenga conciencia de él.

ARGIBEY

Sería tan hermoso poder creerlo.

GOYA

Tiene que creerlo porque es verdad.

ARGIBEY

La verdad es que su amor tiene la edad de esta luna.

GOYA

No. Le digo a usted que no. Mi amor tiene casi mi misma edad. Lo quiero desde que el episodio de mi caída en el pozo empezó a tener valor en mi vida. Lo quiero desde que aquel hecho se fijó para siempre en mí. Esto lo he sabido ahora, que comprendo que los recuerdos son los padres de nuestros sueños y de nuestros sentimientos. No recordamos sino las cosas que engendraron el presente y preparan nuestro futuro. Los recuerdos son el crisol en que se elaboran nuestras aventuras definitivas. Ahora sé que los gritos suyos que me salvaron anunciaban un hecho futuro más importante que el de la vida quitada a la muerte: usted tenía que salvarme porque mi vida iba a pertenecerle. Por éso su imagen no se me borró nunca más y por éso ocupaba usted un lugar tan grande en el recuerdo. Por éso no supe del amor hasta esta hora en que debía llegarme en una bruma iluminada. *(Observándolo de pronto).* ¿Cree usted que yo podría quererlo así, con esta tranquilidad, con esta transparencia, nada más que por haberlo visto tres veces en mi casa, sin saber de usted nada más que su nombre?

ARGIBEY

Todo lo que es amor es misterio: cuanto más grande el amor, más indescifrable el misterio.

GOYA

Tiene razón. Pero ese misterio tiene signos reveladores y yo no hago más que interpretar uno de ellos.

(Por la puerta del departamento entran Digiácomo y Juan Manuel. El primero abre la puerta y da paso al segundo, que trae consigo una docena de cuadros embalados, que los lleva hasta el rincón del taller, donde los deja).

JUAN MANUEL

¿Han visto que no hemos demorado mucho?

GOYA

¿No hay más que esos?

DIGIACOMO

Hay muchos más. Pero parece que en estos están los "capolaboro".

ARGIBEY

Son como treinta, ¿verdad, Juan Manuel?

JUAN MANUEL

Veintisiete.

GOYA

¿No me los vas a dejar ver?

JUAN MANUEL

(Que ya se había sentado, dando muestras de cansancio). Si querés, con mucho gusto. *(Se levanta y empieza a desembalarlos).*

FLORA

(Que entra por la puerta que comunica con el dormitorio). ¿Ya están de vuelta? ¡Qué pronto!

DIGIACOMO

Si no está tan lejos la estación.

JUAN MANUEL

(Después que todos han estado un instante en silencio, a la espera de que él pueda mostrar los cuadros, exhibe, en efecto, uno de ellos, colocándolo en cualquier lugar desde el cual, a su juicio, la visión resulta favorecida por la luz). Miren y opinen con libertad. Sobre todo vos, Lorenzo. *(Todos observan con marcado interés el cuadro).*

FLORA

¡Es precioso, Juan Manuel!

ARGIBEY

Es encantador.

GOYA

Vos sabes, Juan Manuel, que yo no entiendo nada de esto. ¡Pero me gusta tanto lo que vos pintás! Miro este paisaje y me parece estar oyéndote o estar viéndote. En todo lo que vos pintás estás vos con tu manera de ser: con tus palabras, con tus preocupaciones. ¡Qué hermoso cielo tiene ese paisaje y cómo es de nuestra provincia esa tonalidad azul verdosa! *(Juan Manuel muestra otra tela, que coloca en el sitio en que estaba la primera, que deja sobre el diván).*

ARGIBEY

Esto me gusta más. Por razones muy particulares, se comprende.

GOYA

Pues, yo no lo comprendo. *(De pronto, en una exclamación).* Ah, pero, ¡qué estoy diciendo! ¡Como no lo voy a comprender! ¡Pero si esta es la casa de sus padres!

ARGIBEY

Mi casa, mi casa, pues.

FLORA

Si es claro. Ya la recuerdo... Pero... Dígame, Argi-

bey: frente a la casa de ustedes no había un grandísimo palo borracho?

ARGIBEY

Había, sí: pero lo quitaron hace muchos años.

GOYA

Y... ¿por qué?

ARGIBEY

Le aseguro que nunca he sabido la causa.

GOYA

(Mirando la tela). De verdad que este es todavía más lindo que el otro.

JUAN MANUEL

Todos me dicen lo mismo. Sin embargo, a mí no me convence.

GOYA

Es que vos siempre has sido tan poco generoso con vos mismo para juzgarte.

JUAN MANUEL

Decí vos, Lorenzo. Vos sos el único que entendés.

DIGIACOMO

(Que ha estado hasta ese instante observando con triste mutismo las cosas, mirando con extraño interés a Goya y dando muestras de nerviosidad y de fastidio). Yo, en vez de opinar, le voy a hacer una pregunta a mi mujer. A mi esposa. Decime, Goya: ¿vos sabés que yo soy pintor también?

GOYA

(Sin saber qué decir). Lo sé, Lorenzo. Por eso esperaba con tanto interés tu opinión. Por esa misma razón, pensando en vos, que vos estabas delante, hice la advertencia de que yo no sabía nada de estas cosas.

DIGIACOMO

(Visiblemente perturbado y haciendo un gran esfuerzo por contener sus lágrimas). ¿Y si tanto recordás que yo soy pintor, por qué nunca, jamás, te habías dignado mirar una tela mía, cuando las hacía, y jamás se te ocurrió preguntarme por qué no pintaba, cuando dejé de hacerlo? Una vez se te pudo ocurrir —aún tratándose nada más que de tu marido— preguntarme algo. Decirme: "Lorenzo, ¿y tu pintura? ¿No pintás más?" Al fin, yo no pinto más porque me he casado... *(Después de una pausa).* Es muy posible que yo sea un mal pintor. Es seguro que yo soy un mal pintor, porque sino no hubiera dejado la pintura. Pero de todas maneras, podía quedarme una pequeña ilusión y esperar que mi mujer tuviera la bondad de alentarme en ella.

GOYA

(Luego de otro silencio de todos. Conmovida). Estoy avergonzada, Lorenzo. No tengo nada que decir. Si me hubieras sorprendido en un delito, no tendría mayor remordimiento.

DIGIACOMO

No se trata de éso, Goya.

GOYA

Se trata de algo que no tiene arreglo ni perdón. Lo sé, Lorenzo. *(Suena un timbre. Nadie se mueve ni habla. Vuelve a sonar el timbre. Flora va a abrir y se encuentra con Aníbal y Abel. Estos se sorprenden de que sea Flora y no Goya o el marido quien ha acudido. Aníbal no saluda a la hermana).*

ABEL

Me imaginé que te iba a encontrar.

FLORA

Como para no adivinarlo. ¿A dónde voy yo? ¿Qué visi-

tas hago, si no es a esta casa? *(Entretanto, Aníbal ha avanzado y detrás de él, Abel y Flora, no sin que antes ésta cierre la puerta).*

ANÍBAL

(A Juan Manuel, agradado de verlo, con verdadera alegría.) ¿Cómo te va, Juan Manuel? *(Se abrazan, efusivos. En seguida, se abrazan también con Abel, hacia quien Juan Manuel exterioriza cierta ternura de hermano mayor).*

JUAN MANUEL

Ya lo ves. Bien. ¿Y a vos cómo te va?

ANÍBAL

¿A mí? ¡Ya lo vas a saber! *(Saludando a Goya)* ¿Cómo te va, Goya? *(A Digiácomo).* ¿Qué tal, Lorenzo? *Digiácomo hace apenas un movimiento de cabeza, significando que no vale la pena de decirlo siquiera. Abel saluda a todos, dando la mano a los circunstantes, con excepción de Flora. Se produce un largo y embarazoso silencio, que Argibey rompe, comprendiendo que en el ambiente familiar nada tiene él que hacer).*

ARGIBEY

Con el perdón de ustedes, yo me voy a retirar. *(Tendiéndole la mano a Goya).* Muy buenas tardes, Goya.

GOYA

(Con una gran tristeza). Buenas tardes, Argibey. *(Se pone de pie, esperando que termine de despedirse).*

ARGIBEY

(Extendiéndole la mano a Flora). Que lo pase usted bien, Flora.

FLORA

Buenas tardes.

(A Juan Manuel). Nosotros nos veremos en la exposición. ¿Cuándo se inaugura?

JUAN MANUEL

Pasado mañana.

ARGIBEY

Al atardecer, ¿verdad?

JUAN MANUEL

Eso es.

ARGIBEY

Hasta pasado mañana.

JUAN MANUEL

Te agradezco mucho que hayas venido a verme.

ARGIBEY

¿Qué menos podía hacer? *(Dando la mano a Digiácomo).* Buenas tardes, señor.

DIGIACOMO

Buenas tardes.

(Argibey hace una reverencia y se encamina hacia la puerta del departamento, siguiendo a Goya, que la abre. Aquí Argibey y Goya vuelven a darse la mano y se los ve despedirse lentamente, como si ambos sufrieran al hacerlo. Goya cierra la puerta y vuelve a ocupar el sitio que ocupaba hasta el momento en que Argibey se despidió de ella. Una nueva y larga pausa).

ANÍBAL

(De pronto). Bueno. ¿Supongo, Goya, que vos sabés para qué he venido, puesto que me has llamado?

FLORA

Yo no he dicho que Goya te llamara. Lo que dije es que ella decidirá nuestro asunto.

ANÍBAL

Vos me dijiste que ella quería hablar conmigo sobre el asunto. Como siempre, no has podido dejar de mentir. Pero... en fin... Dejemos este detalle. Lo que me importa es la verdadera cuestión. *(Una nueva pausa. Viendo que nadie habla).* ¿A que va a resultar que Goya no sabe siquiera de qué se trata? Mirá, Goya: vos, y todos, —pero principalmente vos— me has aconsejado mil veces que me casara. Hasta me has dicho que no tenía derecho de estar haciéndole perder tiempo a Regina, si yo no estaba resuelto al matrimonio. Ahora trabajo. No gano más que ciento quince pesos por mes, es verdad, pero trabajo. *(Pausa).* Con esa mensualidad no puedo casarme.

FLORA

¿Sabes lo que se le ha ocurrido? Que yo le pase cuarenta pesos por mes. El único hermano a quien se le ha puesto que como la casa es de todos, debe él también tener su parte. No piensa que con esos ciento treinta pesos debemos vivir Abel y yo.

ANÍBAL

No hablés de Abel, que apenas si va a dormir y de cuando en cuando recibe veinte centavos para "sus gastos".

FLORA

¡Esa es una infamia! Aquí está Abel y él mismo podrá decir si eso es verdad. Habla, Abel. Dí la verdad. Te autorizo a que la digas.

ANÍBAL

Eso es: que diga él. La verdad, en casos como éste, hay que decirla.

FLORA

"En casos como éste"...

ANÍBAL

En casos como éste, he dicho, porque vos, al fin y al cabo, disponés de la plata de todos. Lo que le mezquinás a Abel, lo gastás vos.

FLORA

Lo gasto, sí, para vivir malamente, desdichadamente. Sin tener un mal vestido que ponerme. Y tienes el valor de pedirme cuarenta pesos, para dejarme con los noventa que pago en la pensión. *(Se echa a llorar con desconsuelo).*

ANÍBAL

(Cerrando el puño con ira). ¡Me indignan las mujeres, porque todo lo quieren resolver con lágrimas! Si uno no se ablanda, es un desalmado, y si se ablanda, es un cretino. ¡Y yo no soy ni un desalmado ni un cretino! Yo también tengo muy mala suerte. ¡Quiero casarme! ¡Estoy harto de comer y dormir mal! Además, le tengo lástima a esa pobre chica que con santa paciencia ha venido aguantando todas las postergaciones de nuestro matrimonio. ¡Y mis mentiras también! ¡Sí señor! ¡También mis mentiras! No me da vergüenza confesarlo. ¡No quiero mentirle más! No quiero hacerla sufrir más. Con ciento quince pesos por mes no podríamos ir a vivir ni siquiera a un galpón.

FLORA

¿Y creés que con los cuarenta pesos que me quitarías a mí de la boca, arreglarías todas las diferencias?

ANÍBAL

Todas, no. Me conforme con arreglar lo indispensable para casarme.

FLORA

¿Y yo? ¿Cómo viviría? ¿A quién puedo ir a pedir socorro?

ANÍBAL

No sería para tanto la cosa.

FLORA

Lo que no puede ser para tanto es esa desesperación por casarte que te ha entrado.

ANÍBAL

¡Tan luego vos sin comprender la desesperación por casarse?

FLORA

¡Guarango imbécil!

ANÍBAL

¡Te miro a la cara y me da lástima contestarte!

FLORA

¡Goya, ¿qué haces tú que no le dices nada? ¡Te estás ahí sin decir una palabra!

GOYA

¡Ni una palabra, Flora! ¿Qué querés que diga? No me atrevo a darle la razón a uno para quitársela a otro. Deben entenderse entre ustedes mismos. Hay que estimarse, Aníbal: hay que quererse, Flora.

FLORA

¿Es posible, Goya, que te conformes con esta actitud de indiferencia?

GOYA

No puedo hacer otra cosa. Si estuviera en mis manos, si con el más grande sacrificio de mi parte yo pudiera hacer un pequeño milagro, te daría un amor, Flora, y todo quedaría en paz y sonriente. En ese caso ya podría hacerle comprender a Aníbal que no es por comer y dormir mal que se desespera por casarse, sino por amor. ¡Nada más que por amor!

ANÍBAL

Estás equivocada. La madre de Regina ha estado amargándole la vida a su hija con las dudas sobre mi formalidad. Regina me ha defendido siempre, y yo no quiero que la pobre muchacha sufra por haberme creído demasiado. Es en defensa de mi formalidad, de mi honor, tal vez, que quiero casarme. Me despreciaría a mí mismo si la madre de Regina resultara haber estado en lo cierto al desconfiar de mí.

GOYA

Si es como vos decís, no te casés, Aníbal. Es un crimen sustituir el amor, aunque sea con la piedad, que es lo que más se le aproxima en grandeza. Es como confundir la fe, la idea de Dios con el miedo a la justicia de los hombres.

FLORA

(Lnego de una larga pausa). Dí algo, tú, Juan Manuel. Ya que Goya está desconocida... Eres el hermano mayor y tan dueño como todos de esos miserables pesos.

JUAN MANUEL

Yo creo que si alguien tiene derecho a exigir una parte, es Abel, por ser el menor de todos y el que menos puede bastarse a sí mismo.

FLORA

¡De acuerdo! Por eso está conmigo.

ANÍBAL

(Levantándose violentamente). Ya veo que aquí, entre mis hermanos, jamás podré ser comprendido. Por mucho que pasen los años, por mucho que cambie, seré siempre para todos el mismo sinvergüenza, aunque estuviera sirviéndoles de ejemplo... Buenas tardes. *(Inicia el mutis).*

GOYA

Díme, Aníbal. *(Aníbal, que ya está próximo a la puerta,*

se detiene y ella avanza hasta donde está él). No es verdad eso que has dicho.

ANÍBAL

Estoy convencido. *(Hace mutis, yéndose por la puerta del departamento, que abre y cierra con violencia. Goya vuelve a su sitio y Flora desaparece por la puerta que comunica con el dormitorio. Juan Manuel toma sus telas y las deja, como provisoriamente, en la embaladura).*

DIGIACOMO

¿Pensás llevártelos ahora?

JUAN MANUEL

No, ya es tarde.

DIGIACOMO

Yo los quiero ver. Habrás comprendido que no tengo nada contra vos. No tengo nada contra nadie. Fué un pequeño desahogo. No tiene más importancia que los minutos empleados en decirlo.

JUAN MANUEL

Así me parece a mí. *(Se encamina hacia la puerta de foro, en el instante en que Flora reaparece).*

FLORA

(A Goya). ¿No se queda a cenar Juan Manuel?

GOYA

¡Es claro que sí!

JUAN MANUEL

Ya vuelvo. Voy hasta el café a saludar a los muchachos. *(Sale).*

FLORA

En el dormitorio tiene sus camisas planchadas, Lorenzo.

GOYA

Ya las había planchado yo.

FLORA

Sí, pero las he replanchado. Estaban un poco feas.

DIGIACOMO

Se lo agradezco, Flora. *(Flora se va a la cocina).*

ABEL

(Después de acercarse a Goya). Los diez pesos que me diste me los gasté en otra cosa.

GOYA

(Pasándole la mano por el pelo, con ternura). ¿En qué?

ABEL

(Avergonzado). Salí a pasear con algunos amigos y...

GOYA

No importa.

ABEL

¿No estás enojada?

GOYA

No.

ABEL

Flora me dijo que estabas disgustada conmigo.

GOYA

Ya no. Pero tenés que venir una tarde a hablar conmigo. Necesito saber cómo van tus cosas.

ABEL

Sí, claro que sí. *(Vacilante y anheloso).* Ahora me voy al café donde se reunen los amigos de Juan Manuel. Hasta luego. Hasta luego, Lorenzo. *(Sale jubiloso, por foro).*

DIGIACOMO

Hasta luego.

GOYA

(Que habrá quedado ensimismada apenas se ve sola con su marido. Una larga pausa. A Digiácomo, que está desde mucho rato antes, hojeando un libro de reproducciones de cuadros célebres, con su pipa en la boca). Lorenzo.

DIGIACOMO

¿Qué querés?

GOYA

(Aproximándose lentamente hasta donde está él y yendo luego a sentarse en el diván). Quiero hablar con vos, Lorenzo.

DIGIACOMO

(Sin dejar de observar las láminas, entre una nube de humo). Te escucho.

GOYA

Eso que has dicho esta tarde...

DIGIACOMO

(Con gran tranquilidad). No tiene importancia. Ya pasó.

GOYA

Sí, la tiene Lorenzo. Eso es toda una revelación, no para mí sino para vos.

DIGIACOMO

No vale la pena que volvamos sobre ello.

GOYA

Es necesario que hablemos. Yo... Entre nosotros, Lorenzo...

DIGIACOMO

(Dándole recién la cara). Entre nosotros, ¿qué?

GOYA

(Turbada). Hace mucho tiempo que quería decirte...

DIGIACOMO

(Abandonando el libro que tiene en la mano y disponiéndose a escucharla). A ver. ¿Qué tenés que decirme?

GOYA

No podés haber olvidado en qué condiciones fuimos al matrimonio...

DIGIACOMO

¡Ah, eso es verdad, Goya! No podría olvidarlo ni siquiera en estado comatoso.

GOYA

Vos sabés que yo no te engañé.

DIGIACOMO

Nunca te he acusado de haberlo hecho.

GOYA

Quiero decir que en ningún momento te he dicho que te quisiera.

DIGIACOMO

¡Nunca! Es verdad. Por eso he dicho que lo de esta tarde no tiene importancia. Las cosas de tu hermano te interesan porque lo querés fraternalmente, como se quiere a un hermano, pero lo querés. En cambio, a mí... Es perfectamente natural, Goya. Como ves, lo comprendo muy bien. Hasta hoy, no me había quejado. No podés negarlo. *(Goya mueve la cabeza asintiendo).* El reproche de esta tarde se me escapó. Ha sido error muy grande. Soy yo quien debe pedir perdón. Lo reconozco.

GOYA

(Poniéndose extremadamente nerviosa ante las dificultades que encuentra en su inhibición). Pero eso no es todo, Lorenzo. Eso está relacionado con un montón de cosas... A mí me parece que nosotros...

DIGIACOMO

Pero... ¿Qué te pasa, Goya? Hace muchos días que estás muy extraña. Hablá. No puedo creer que, de pronto, te esté dando miedo yo. ¡A mí no podés tenerme miedo!

GOYA

(En una reacción violentísima). ¡Es claro que no, imbécil! ¿Por qué te voy a tener miedo? ¿Por qué me has acusado ante todos mis hermanos? ¿Qué tengo que ver yo con tu pintura? Si a vos el matrimonio te ha costado el sacrificio de tu arte, a mí me ha costado el sacrificio de mi vida. Pero vos, al fin te has sacrificado por algo que querías, y has sacrificado lo menos; yo, en cambio, he sacrificado lo más, porque sí. Yo no sé si merezco que vos me quieras o no. Pero estás al lado de la persona que querés. ¡Yo, no! Por otra parte, yo no te he impedido que pintaras. Lo que he hecho es facilitarte el medio de ganarte la vida. Y tampoco te he dejado solo en el trabajo. Es muy fácil presentarla a una como un ser inferior, que no sabe comprender a un espíritu de artista. Como si el espíritu estuviera sólo en las cosas que se ven. Y querer, querer, saber querer, ¿no es cosa del espíritu? ¡Qué digo del espíritu! ¡Del alma! ¿Y quien me compensa a mí de tener sepultada el alma? ¿Quién tiene por mí la piedad que yo tengo? Me recuerdas que nunca te has quejado. ¿Y yo? Me he quejado alguna vez de estar a tu lado todos los días del año y todas las horas del día, condenada a quemar el tiempo en la fiebre del trabajo para que los años corran vertiginosamente, con la certidumbre de que cuando abra los ojos habrá pasado para siempre la estación de la felicidad? *(Una brevísima pausa).* Contestá, si podés.

DIGIACOMO

Sólo puedo contestar a una pregunta que has hecho, pero quizá a la más importante. "¿Quién tiene por mí la piedad que yo tengo?", has dicho. ¡Yo, Goya! Yo, que estoy dispuesto a devolverte piadosamente la libertad que necesitás. Mi piedad me privará de vos, a quien quiero con todos mis egoísmos imaginables, y lo haré, sabiendo, como sé, que no te irás de mi lado para ir a vivir con tus hermanos, sino con otro hombre, a quien sin dudas, querés mucho, porque no sos mujer de querer a medias. Ya vés que lo comprendo, Goya.

GOYA

(Asombrada y conmovida, se tira en el diván, esconde la cara entre las manos y llora. Tarda un rato en reponerse). Me hubiera muerto a tu lado como un perro y no me habría atrevido a decírtelo. Pero el amor me habría sobrevivido y mis huesos, descarnados, seguirían como algunas plantas fragantes siguen amando en el aroma de sus hojas secas. *(Otra pausa).* ¡Te agradezco tanto, Lorenzo!

DIGIACOMO

¡Me agradecés que te dé la libertad de irte de mi lado! Nada más triste se puede oír en la vida.

GOYA

Me parece que hay algo más triste: recibir una libertad que no se ha sabido tomar para el amor. Parece que enajenara la vida irremisiblemente. Ya me vés. Tendría que estar vibrando en el aire, libre de todo pensamiento extraño al amor que tengo y al amor que me espera, y sin embargo, siento que mis ojos están cargados de lágrimas tristes. *(Silencio).*

FLORA

Aparece con las cosas necesarias para tender la mesa, cosa que empieza a hacer. De improviso se interrumpe para dar luz, y cae el

TELON

FIN DE "VERGÜENZA DE QUERER"

DIVORCIO NUPCIAL

Comedia en tres actos y siete cuadros

REPARTO

Eusebio Perlaza	*Luis Arata*
Blanca	*Ida Delmas*
María	*Fina Suárez*
José Evaristo Luna ...	*C. Rodríguez Leiva*
Aldo Murcchio	*Miguel Ligero*
Pepe Orellana	*Carlos Fioriti*
Mozo	*Carlos Betoldi*
Casimiro Arrigorriaga.	*Carlos Bellucci*
Isaías Leber	*Eduardo González*
La Nena	*Lina Eiven*

Esta obra fué estrenada el viernes 4 de julio de 1941, por la Compañía de Luis Arata, en el Teatro París de Buenos Aires.

ACTO PRIMERO

Cuadro Primero

Dormitorio virgen de una casa recién puesta. Muebles de estilo moderno, de colores claros. Todo lo que hay en la habitación tiene la frígida alegría de las cosas no inauguradas.

Puerta practicable en cada lateral, y una en el foro. Las primeras comunican, a izquierda, con otra habitación, y a derecha, con el baño. La del foro con el "living".

Al levantarse el telón, la escena está a obscuras. Por la puerta del lateral izquierdo entra una luz que ilumina un trozo de la habitación. En seguida aparece un hombre, Eusebio Perlaza, y da luz a la escena, haciendo girar una llave que habrá en el ángulo que forman las puertas del lateral izquierdo y la del foro. La escena se ilumina entonces profusa y generosamente.

EUSEBIO

Pase usted, señora, que está en su casa. *(Lentamente, aparece, por izquierda, Blanca Nevares, en traje de novia. Blanca y Eusebio son recién casados. El es un cuarentón, de buena estampa, que mira a los seres vivientes y a las cosas como si fuera depositario de todos sus secretos; ella, en cambio, que tiene apenas veintidós años, parece mirarlo todo con un azoramiento que, siéndole natural, se ha agudizado con la conmoción del matrimonio. Vienen de sus bodas y van a su lecho nupcial).* ¿Y qué? ¿No le agrada a usted?

BLANCA

(Que gira la mirada, varias veces, en torno a la habitación, con el rostro encendido y los ojos deslumbrados). Sí, me agrada mucho.

EUSEBIO

Todo lo que tú ves, ha sido seleccionado y adquirido pensando en ti, con el deseo de que te sea grato y útil. Cada cosa espera tu decisión para empezar a ser. Están preparadas para servirte, pero de tu voluntad depende que entren en su vida y comiencen la marcha hacia su destino, que también las cosas que parecen inanimadas tienen vida y destino propios. Hasta el alfiler que une los extremos del ruedo de un vestido de papel, los tiene. Observa este sillón y verás que aun no es. Como no lo es este espejo, que no conoce la blancura de tu rostro, ahora encendido por la emoción, ni el círculo perfecto de tu cuello erguido, ni la luz astral de tus ojos. Tienes que inaugurarlo todo. Hasta tu reposo será aquí fecundo. *(En un transporte de emoción, ella se le aproxima e inclina su cabeza sobre el pecho del esposo inminente. El, por su parte, le da un beso en la boca y le quita delicadamente el velo de novia).* ¿No dices nada? Todo tiene que ser de tu gusto, porque es tu gusto lo que ha ordenado la decisión. No has estado de cuerpo presente, pero he compuesto como un mandato con las medias palabras que he oído de ti, en mucho tiempo. Y en los casos en que nada podía servirme de guía, he cerrado los ojos y te he evocado para adivinar tu preferencia. Así supe que el don de adivinación es un triunfal anhelo de someterse. No sabes tú la lucha que he tenido con el mueblero, para que hiciera estos muebles claros, sin barniz, con el tapizado también claro, porque sabía que éste era tu gusto. ¿No es verdad?

BLANCA

Es verdad.

EUSEBIO

El mueblero, como presunto entendido, decía que el mueble claro exige un tapizado obscuro, para que la madera y el tapiz tengan relieve propio. Tenía el temor de no acertar con el estilo de los muebles. Lo moderno no me seduce mucho, pero al ver los otros estilos, me acobardé. En primer lugar, porque están bastardeados por la grosería de la industria y la grosería de los compradores, y luego, te vi moviéndote entre ellos y me pareció que iban a entristecerte y a desvirtuarte con su obscuridad, y a darte malos ejemplos con el polvillo que se adhiere al hueco de las molduras, dejándote adherencias en el espíritu. De haber sido un hombre de fortuna, hubiera podido comprar algunos de verdadero estilo, en cuyo caso todos los inconvenientes hubieran tenido la compensación de la legitimidad. No siéndolo, pensé que los modernos, sólo por ser una cosa auténtica, debían ser más de tu agrado. Además, sus líneas rectas, su transparencia, su falta, sí, sí, de afeites, condicen contigo. Tú también eres así: recta de conducta, transparente de intenciones, sin barnices en el rostro, como estos muebles. También ellos tienen el cutis fresco y blanco como tú. ¿Estamos?

BLANCA

(En un nuevo transporte de emoción, le toma la mano a Eusebio y se recuesta contra su cuerpo). ¡Te quiero!

EUSEBIO

(La mira a los ojos con ternura y luego le toma, casi paternalmente, la barbilla). ¿Qué dices de tu casa? Aun no la conoces del todo. Te esperan todavía algunas sorpresas. Verás cosas de las que no te había hablado para

que este momento te fuera más placentero. Sin embargo, algo has visto ya y poco has dicho. ¿Es que no te satisface? Dilo con franqueza, que lo que antes importa es que tú estés contenta.

BLANCA

Todo me agrada porque vos lo has comprado. Has paseado tus miradas sobre estos objetos y ya tienen algo tuyo. Los has encantado. Durante tus horas de trabajo me hablarán de vos. Pero estando vos, teniéndote delante...

EUSEBIO

Me conmueves, criatura. Es realmente conmovedora tu ausencia de las cosas materiales. Pero una dueña de casa, una señora de su casa, —no olvides que tienes que serlo inevitablemente— debe preocuparse de muchas cosas, pequeñas si tú quieres, para que ellas tengan con el correr del tiempo el valor de cosas grandes, no sólo para la vida material sino también espiritual. Un hogar se hace dejando sobre los objetos la huella de nuestra voluntad y de nuestro pensamiento. Yo pienso que pronto podré reproducir tus movimientos durante mi ausencia. Aprenderé a ver tus manos en el sitio preciso de cada objeto. Percibiré la forma de tu cuerpo en la húmeda toalla de baño, y las huellas de tus pies en el hueco de las pantuflas. Adivinaré —nada más que por la necesidad de tener noticias retrospectivas de ti— lo que tu hacendosidad ha querido hacer por nuestro hogar. Pero es necesario que tú reconozcas antes que los objetos merecen tu preocupación y tu ocupación, porque ellos cumplirán una misión en nosotros, para nosotros. ¿Comprendes, Blanquita?

BLANCA

Todo se hará a su debido tiempo.

EUSEBIO

Me place que lo prometas.

BLANCA

(Percibe un ruido de fuera, se va hasta la puerta de foro, la abre y la cierra apresuradamente, como con miedo). ¡Eusebio, hay alguien en la casa!

EUSEBIO

Es verdad, sí. Una vieja sirvienta. La que sirvió muchos años en casa de mi hermano Ramón. Una mujer de confianza. Muy hacendosa, muy limpia. Muy discreta también.

BLANCA

(Contrariada). ¿Por qué has hecho eso, Eusebio? No has debido hacerlo. No está bien que tengamos a alguien aquí... hoy... ni mañana... Por un tiempo, al menos.

EUSEBIO

Pero alguien tiene que atendernos, alguien tiene que atenderte.

BLANCA

Yo hubiera hecho todo lo necesario, gustosísima. Te pedí —¿lo recordás?— que no trajeras a nadie hasta que... me acostumbrara.

EUSEBIO

(Ahora es él que se acerca a ella y la acaricia). ¿Te ha disgustado mucho?

BLANCA

Todavía vos mismo me llenás de vergüenza. Aun no me siento capaz de besarte libremente. Mis brazos se detienen, pudorosos, en la mitad del camino que conduce hasta vos... Y has querido traer un testigo que convertirá el abandono que te debo, en una vergüenza secreta y tenaz. No está bien, Eusebio.

EUSEBIO

Perdóname, Blanquita, pero lo hice por no obligarte a quehaceres que pudieran entorpecer nuestro amor.

BLANCA

Pues, éso es precisamente lo que habrás conseguido. Ya algo de esto mismo sentí hace un rato.

EUSEBIO

(Alarmado). ¿Qué? ¿Alguna otra torpeza mía?

BLANCA

Me has sacado de la boda en presencia de toda la gente. Nos han visto, me han visto cuando me llevabas de la mano hacia el auto.

EUSEBIO

Ah... ¿Es por eso que venías tan silenciosa, tan grave?

BLANCA

Sí, era por éso. Estaba roja de vergüenza. Nunca creí que el quererte pudiera ser una vergüenza. Me sentí perseguida por el sentimiento impúdico de las gentes. Me sentí desnudada por todos. Todo eso ha sido provocado por vos, que te has empeñado en que nos fuéramos cuando tantos invitados podían vernos.

EUSEBIO

¿Pero crees tú que ignoran lo que es una boda?

BLANCA

Porque no lo ignoran lo digo. Al vernos partir han debido pensar precisamente en lo que es una boda. Tengo la sensación de que nos han sorprendido en nuestra primera noche. Desde que era una niña me subleva la farsa que supone la fiesta de las bodas. La gente se reune a celebrar lo que después se oculta como un pecado. Las

bodas no deberían ser celebradas sino por los desposados únicamente, en la más absoluta intimidad. Alguna vez te lo dije. Recordarás que en ningún instante me entusiasmé con los preparativos de nuestra fiesta.

EUSEBIO

Pobrecita mía. ¡Qué subyugante candidez la tuya! No es pecado el matrimonio, criatura. No veo yo por qué tengas que sentirte herida en tu pudor. *(La acaricia la cara).* Pero me enterneces.

BLANCA

Tal vez no sea razonable... No todo es razonable. No todo tiene que ser razonable. Pero lo siento así, Eusebio mío. Y ahora, para que mi pudor sufra más, para que mi amor se sienta aún más sofocado, me encuentro con un testigo en esta casa donde todos los objetos parecen tener ojos para ver.

EUSEBIO

Bueno, querida. Basta de inquietudes vanas. Es necesario habituarse a la idea de que quererse no es delito ni pecado. Está bien el pudor, pero no la exacerbación del pudor, que puede conducir a las más grandes inhibiciones. Por ese camino podrías llegar a no besarme ante la idea de que alguien que cruza la calzada puede sorprenderte.

BLANCA

Esto sí que no lo comprenderás nunca. El pudor no sólo cuida mi honor sino el tuyo también.

EUSEBIO

Si lo comprendo, pequeña.

BLANCA

Y si lo comprendes, querido, ¿cómo has traído aquí a una sirvienta?

EUSEBIO

Que no atisbará nada. Es una anciana, que no podría tener ninguna curiosidad perturbadora para ti. Puedes estar segura.

BLANCA

No lo estaré. Me conozco.

EUSEBIO

Pues, ¿qué quieres? ¿Que la despida? La pobre se preguntará por qué. Pero si es tu deseo. *(Blanca, desarmada, mueve negativamente la cabeza).* Se le puede decir que vuelva dentro de diez o quince días. Naturalmente que no volverá, pero si quieres...

BLANCA

No, dejala.

EUSEBIO

(Regocijado). Ya sabía yo que no lo ibas a permitir. Si eres muy sensata. *(Le toma la cabeza, le observa los ojos y después de interrogarla, la besa en la boca, una o dos veces, pero no como un enamorado, que va a deleitarse con una primicia amorosa, sino como un hombre que parece tener un corazón tan sensato como su mente).* Se te ha pasado todo ya, ¿verdad?

BLANCA

(Sonriendo). No sé. Quisiera que fuese como vos decís.

EUSEBIO

Para comprobarlo, bésame tú también. *(Ella lo besa).* Está bien. Me gusta. Pero no es todavía el beso firme, redondo, libre... Ha sido un beso que es como un beso, pero no el beso mismo. Otro *(Ella vuelve a besarlo).* Este ha sido mejor, pero se le ve el deseo de querer ser, lo que demuestra que no es aún. Tienes que darme otro. *(Ella le da un tercer beso, realmente apasionado, que preludia la entrega. El, por su parte, queda como son-*

prendido y apresado por la fuerza sutil e irresistible de la pasión de ella).

BLANCA

¡Te quiero!

EUSEBIO

Y yo también te quiero. Lo sabes, lo sabes bien. No podría ser de otra manera, puesto que te he elegido por esposa.

BLANCA

"Elegido"... Elegida... Tal vez sea mejor así. Yo no sé razonar mucho. Pero hubiera deseado que no me hubieses elegido, sino que me hubieras querido inevitablemente porque lo hayan dispuesto tus sentimientos, como los míos decidieron que te quisiera.

EUSEBIO

Es que tú estás, querida, en la edad de enamorarte así. A tus años, sería una aberración que te casaras por otras razones. Los míos, en cambio, ordenan las cosas de otra manera. Soy un hombre que ya está próximo a la madurez. Me he hecho una situación, a costa de una vida un poco árida. Tú lo sabes. He viajado muchos años, sacrificando cosas que me llamaban desde la ciudad. Pero mi razón supo aconsejarme un camino que mi espíritu rechazaba sordamente, con el propósito de poder, algún día, pisar con firmeza sobre un trozo de suelo del que yo pudiera disponer como se dispone de algo propio. Soñaba vaga y persistentemente con ser un padre de familia. La idea de mi prolongación a través de los hijos, me pareció siempre la sola cosa que puede sostener en pie a los hombres a quienes el destino no dió una función superior, como yo. Cuando me vi en condiciones de casarme y te conocí, pensé que tú eras el sueño en marcha hacia su fin. Porque también los sueños tienen su meta, su

finalidad, su destino: realizarse. Tú eras, pues, mi sueño victorioso. A poco de tratarte, ya no me fué posible verte sino en mi casa, que no tenía, en esta casa, que todavía no tenía físico alguno. Tú la habitabas ya antes de que existiera. Y para no ocultarte nada, te confieso que jamás te evoqué tal como eras, tal como eres: con las rígidas líneas de tu cuerpo virgen, con las carnes ceñidas de la doncellez. Te evocaba, presente tú y todo, con las caderas ensanchadas por el nacimiento de los hijos, con los tejidos gozosamente sacrificados a nuestro sueño común. Es mucho lo que te quiero, Blanca. Me conmuevo y tiemblo al pensar que ya estamos en nuestra casa y siento que, al menos mi vida, tiene exactamente el sentido que yo he querido darle y que de ella brotan sentimientos y pensamientos que parecen llevar mi nombre y mi apellido. No soy yo, sino mi vida que lleva el nombre de Eusebio Perlaza. Blanca, te quiero mucho, como te digo, pero tienes que darme hijos, ¿eh? Hijos que se me parezcan. Tenemos que dar al mundo algunos Perlaza, que reproduzcan mi amor a la especie o tu maravillosa candidez, que se estremece pensando que alguien la ha visto huir hacia el lecho conyugal, como si un lecho conyugal fuera otra cosa que un pedazo de cielo que nos ha dado Dios para que en él conozcamos su propia grandeza de creador. Tienes que dármelos, ¿verdad que sí? Porque si no me los dieras, Blanca, con todo lo que yo te quiero, con todo el dolor de mi corazón destrozado por el fracaso, tendría que dejarte... Pero tú no has de permitirlo, tú no lo consentirás. Si yo lo sé. Tendremos preciosos hijos, buenos, inteligentes, honrados, como sus padres... ¿Verdad que sí? Di algo, mujer... Contéstame, criatura.

(El la abraza y la besa y ella recibe los besos y las caricias de su marido, helada, pasmada, sin saber por qué).

TELON

Cuadro Segundo

Comedor de la casa que se ha conocido en el primer cuadro. Puertas practicables en el foro y en el lateral izquierdo. Como en el dormitorio, todo es también aquí flamante, pero en los meses de convivencia de Eusebio y Blanca, ya los objetos y los muebles han ido adquiriendo cierta fisonomía y carácter propios. Ya puede decirse que esa es, en realidad, la casa de Perlaza. Al levantarse el telón, aparece la sirvienta —de la que se ha hablado en el primer cuadro— preparando la mesa para la cena.

BLANCA

(Apareciendo por la puerta de foro). Me quedé esperándola.

MARÍA

Yo tengo que hacer, señora. Ya va a ser la hora de la cena. Puede llegar el señor de un momento a otro, y encontrarse con que la mesa no está puesta.

BLANCA

Pero tiene tiempo de sobra. Es temprano. Y además, ¿cómo es eso de "señora"? ¿No habíamos quedado en que...

MARÍA

Si... yo... imagínese, encantada. Pero no podría acostumbrarme. ¿Cómo le voy a decir Blanquita no más? Si el señor me oyera...

BLANCA

Pero mamá, no querés entenderme. En ausencia de Eusebio, usted es mi madre. Digo, sos mi madre y yo tu hija. Y como hija no voy a permitir que no tengas unos minutos de descanso.

MARÍA

Ya descansé bastante señora.

BLANCA

Señora, no. "Blanca", y con el vos que corresponde entre madre e hija. *(Se acerca a María y la impide que continúe ocupada).* No te lo voy a permitir. Perdoname, mamá, este tono autoritario, pero con vos no se puede conseguir nada, como no sea maltratándote. Sentate y contame algo de tus hijos.

MARÍA

No, no, eso si que no. No la voy a estar entristeciendo a los pocos meses de casada, con mis cosas de vieja.

BLANCA

Se trata de mis hermanos, mamá. Contame, contame. Y a propósito: ¿sabe usted que yo no tengo hermanos? ¿Que no los he tenido nunca?

MARÍA

¡Ya lo creo que lo sé! Si habré oído hablar de Blanquita, en casa del señor Ramón. Cuando llegaba el señor Eusebio, no se hablaba de otra cosa. De manera que, sin querer, he llegado a saber todo lo de su familia. De su señor padre, de usted... de su finada mamá... Las veces que he oído decir de usted que es única hija y que su papá la atendió siempre con los cuidados de una madre.

Pero no es lo mismo. Con mamá —yo era muy niña, es cierto—, pero con mamá era otra cosa. Papá es un alma de Dios. Buenísimo, y hasta suave como una madre. Pero... Yo estaba acostumbrada a bromear con mamá. Mamá tenía siempre muy buen ánimo y me hacía bromas con cualquier chico de nuestras amistades. "Mira que si no aprendes a bordar no te va a querer Enrique — Enrique era un muchacho de pantalón corto, hermano de mi compañera de banco de la Escuela Normal. No te va a querer Raúl Montes si no aprendes a hacerte tus vestidos... Hijita —me sabía decir mamá— no te afanes tanto por los deberes de la Normal. Aprende lo que te gusta, pero no te esfuerces por meterte en la cabeza lo que no te agrada A la mujer, cuando sabe mucho —si es que hay alguna que sabe mucho— nadie se lo cree. En cuanto aprende dos palabras más de la cuenta, la suponen una pretenciosa, y lo más triste es que casi siempre es verdad. Yo tengo mi título de doctora en Filosofía y Letras, y puedes estar segura que me es más fácil hacerme una combinación que descifrar el "Discurso del método". Se refería a un libro de un filósofo francés. Mamá exageraba. Sabía bastante. Pero a ella le parecía que era muy poco para una doctora en Filosofía y Letras. Quizá tuviera razón, pero a mí me parece ahora, como me pareció entonces, que sabía muchísimo, pero no de filosofía y literatura, sino de la vida. No sé dónde aprendió tanto. *(Echándose a reir, de pronto).* Me estoy acordando de algo muy gracioso. Mamá decía que yo no me iba a casar nunca porque no sabía presumir. "Pero, hijita, tienes unas manos hermosísimas y te las vas a echar a perder. Ni las cuidas, ni las luces. Tienes unas pestañas que parecen un recurso del diablo para enloquecer a los hombres, pero no sabes darles valor". Si mamá me viera ca-

sada... Bueno, tal vez sea mejor así. Quién sabe si le gustaría Eusebio. *(Después de una breve pausa).* Sea usted mi madre, como habíamos convenido. Deje usted que yo la considere así, si es que usted no puede suponerme su hija, y que la trate como si lo fuera, hablándole de mis cosas...

MARÍA

Su mamá era otra clase de persona. Ya lo acaba de decir usted. Yo soy una pobre ignorante, y muy vieja, además.

BLANCA

¿No le he dicho que mamá creía saber muy poco?

MARÍA

Lo que demuestra que sabía mucho.

BLANCA

(Ensimismada). Era muy inteligente, eso sí. Y muy buena. ¡Cómo lo comprendía todo! "Blanquita, Blanquita, anímate. Se te oye poco. Me asustas con tu silencio. ¡Qué envidia les tengo a las madres que se quejan de los gritos de sus hijos!" Y se me acercaba y me miraba en los ojos. "¿Te duele algo, querida? No, mamá. "Pero entonces por qué callas siempre. Ven, ven, vamos a jugar las dos". Y jugábamos a las escondidas y a las visitas, siendo yo muy grande ya. Tendría trece o catorce años. Era más niña que yo en esos momentos. Porque se entregaba al juego con amor, con ilusiones, quizás. Y yo, viéndola jugar a ella, sentía una alegría inmensa y reía feliz, como no he reído nunca en otros casos, con las amigas, por ejemplo, como no reiré nunca más. ¡Ah, María, cómo la necesito a mi madre, cómo la necesito ahora! Nunca me fué tan necesaria como en esta hora de mi vida. No sé por qué, pero nunca me he sentido tan absolutamente huérfana.

(Esconde la cabeza entre los brazos y se echa a llorar).

MARÍA

(Impresionada). ¿Qué le pasa, señora? ¿Le ocurre algo? ¿Le han hecho algo?

BLANCA

(Incorporándose de pronto y recobrándose). No, nada, nada. ¿Quién podría hacerme nada a mí? Estoy perfectamente. *(Después de reflexionar un instante).* Pensando en la alegría que hubiera tenido mi madre viéndome casada, me entristecí. No es otra cosa. *(Tras de secarse las lágrimas).* Ahora sí que es tarde. Eusebio no puede demorar más de unos minutos. *(María se dispone a terminar de preparar la mesa para la cena. Blanca, por su parte, permanece sentada en el sitio en que estaba durante el diálogo con María y queda completamente abstraída, hasta el extremo de no darse cuenta del mutis que hace la sirvienta, apenas termina de poner la mesa). Blanca, llamando.* María. *(Después de un breve silencio, como de espera).* María. *(Viendo que no le responden, observa a su alrededor, se apercibe de que María está, efectivamente, ausente del comedor, se levanta y toca un timbre que colgará sobre el centro de la mesa, y vuelve a su asiento).*

MARÍA

(Que aparece después de unos segundos). ¿Llamaba la señora?

BLANCA

(La observa con marcado interés). Sí, la llamaba. ¿Está enojada conmigo?

MARÍA

¡Por Dios, señora! ¿Por qué?

BLANCA

La he disgustado. *(La abraza y la besa, como podría*

hacerlo una hija verdadera). Si no me pasa nada. ¿No ve? Ya estoy contenta otra vez. ¿Por qué será, María, que esta casa me parece ajena? ¿No estaré jugando a las visitas? Los dueños de casa han salido y yo me encuentro con usted, a quien no conozco, y usted se sorprende de verme a mí, a quien tampoco conoce, y estamos frente a frente, sin saber qué decirnos. ¿Es lindo, verdad? "¿Y no sabe a qué horas regresarán? No me resuelvo a irme sin ver a mis amigas, porque, vengo de muy lejos. Vivo afuera y no me es fácil venir en cualquier momento. Les debía esta visita desde hace mucho tiempo. ¿Supongo que vendrán a cenar? ¿No lo sabe usted? ¿No le han dicho nada?" Pero, contésteme, María. Nunca me ha gustado jugar sola. No tengo bastante imaginación. "¿La señora siempre toca el piano, mientras el señor lee los diarios, después de la cena?" *(Suena el timbre de la calle. Las dos mujeres cambian instantáneamente de expresión. Se miran impresionadas).* El dueño de casa. *(María sale por la puerta de foro y de inmediato aparece Eusebio, por la misma puerta, mientras María cruza hacia la derecha. Eusebio se acerca a Blanca y la besa; ésta lo besa, a su vez, pero con visible frialdad).*

EUSEBIO

Perdóname si he demorado un poco. A última hora llegó un cliente charlatán, de esos que no tienen la menor idea del tiempo, y me robó no menos de una hora. ¿Me perdonas?

BLANCA

¡No faltaba otra cosa! Ya sé yo que si no vienes antes es porque no puedes.

EUSEBIO

(Después de volver a besarla, absteniéndose esta vez

de hacerlo ella, se sienta a la mesa. En seguida hace lo mismo Blanca). ¿No ha habido novedades?

BLANCA

Ninguna.

EUSEBIO

Ordena que sirvan la cena, ¿quiéres? *(Blanca hace sonar el timbre de la perilla que cuelga sobre el centro de la mesa y de inmediato comparece María, con la sopera humeante. La deja sobre la mesa y se va. Blanca le sirve a Eusebio y luego se sirve ella).* ¿Nadie te ha visitado hoy?

BLANCA

Nadie.

(Después de un silencio durante el cual ambos sorben la sopa, aceleradamente, como corresponde a quien tiene mucho apetito, él, y con lentitud, ella).

EUSEBIO

Está muy desabrida esta sopa. *(Viendo que Blanca deja la cuchara en el plato, no obstante contener sopa todavía).* A ti te debe parecer lo mismo. Apenas si has tomado algunas cucharadas.

BLANCA

Si es por eso, tú la debes encontrar exquisita, puesto que has concluído tu plato en un santiamén.

EUSEBIO

Lo que ocurre es que cuando tengo apetito lo mismo me da una sopa exquisita que un poco de agua caliente, si me la ofrecen en un plato.

BLANCA

Pues yo, como todo el mundo, cuando no tengo apetito, lo mismo desecho una sopa exquisita como un vino, que cualquier cosa.

EUSEBIO

No sé qué le pasa a esa mujer. Antes cocinaba mucho mejor.

BLANCA

Lo que le pasa es que no sabe ya cómo conformarte.

EUSEBIO

No creo ser muy exigente.

BLANCA

(Viendo llegar a María, le impone silencio a Eusebio. La sirvienta llega, en efecto, con una pequeña fuente de comida, la deja en la mesa y al tomar la sopera para llevársela, pregunta).

MARÍA

¿Se van a servir más sopa los señores?

EUSEBIO

Yo, no. Puede llevársela.

BLANCA

No he podido concluir el plato de sopa porque no me apetece nada. De lo contrario, la hubiera tomado porque está muy de mi gusto. *(La sirvienta sale. Al servirle a Eusebio).* ¿Qué presa prefieres?

EUSEBIO

¿Todavía no conoces mis preferencias?

BLANCA

No discurras mientras tengo que servirte. Se enfría la comida y luego te malhumoras.

EUSEBIO

Sírveme una parte del ala. *(Blanca le sirve y Eusebio come).* ¿Y tú no te sirves?

BLANCA

Ya te he dicho que no tengo ganas de comer.

EUSEBIO

Tienes que comer, tengas o no apetito. Te debilitarás demasiado.

BLANCA

No puedo comer sin apetito.

EUSEBIO

(Después de un largo silencio, al término del cual concluye de comer su presa). ¿Quiéres servirme otra presita más? *(Después que Blanca lo ha hecho).* Siempre me ha gustado servirme solo. Toda la vida me he servido solo. Pero ahora me parece que si no me sirves tú las cosas pierden su sabor. *(Entre dos dedos toma una de las mejillas de Blanca y tira de ella con suavidad).* Has podido más tú, en tres meses, que la vida misma.

BLANCA

Lo que ocurre es que te acomodás en todas las cosas a las circunstancias. Antes te servías solo, porque eras un hombre solo. Lo que vos llamás "la vida", es decir, tu vida, te ha enseñado a servirte vos mismo, porque no tenías quien te sirviera. Hoy, que tenés quien te lo haga, preferís que te sirvan. Mi persona tiene poco o nada que ver con éso. De no ser yo, hubiera podido ser cualquiera, María inclusive.

EUSEBIO

(Mientras come). Te equivocas, Blanquita *(Sonríe).* No te hablaba de la comodidad de hacerse servir, sino del placer que añades tú al servirme. Ese placer no me lo proporcionaba nadie. Antes me disgustaba que me sirvieran. ¿Ves tú la diferencia? *(Después de otra pequeña pausa).* A los tres meses de estar a tu lado, soy otro hom-

bre. Día a día tengo la sorpresa de encontrarme distinto y de juzgar a los demás de manera distinta también. No es que tus ideas respecto de las personas influyan sobre mí. Esto no podría ocurrir porque ignoro lo que piensas de ellas y porque aun en muchos casos se trata de personas que no conoces. De todos modos, creo que esto tendría una importancia mucho menor. Quiero decir que juzgo a las personas y a las cosas con la sensación de que tú estás incorporada a mi visión del mundo. Antes lo juzgaba todo como un hombre ciento por ciento, sin filtraciones extrañas. Una mujer era una mujer, sin concomitancias posibles conmigo, como una máquina de moler café o un automóvil. La máquina de moler café me es también útil, porque muele el café que yo tomo, y el automóvil también me es útil, porque me traslada a donde yo debo y quiero trasladarme. Sin embargo, sería disparatado admitir que la máquina de moler café...

MARÍA

(Reaparece con otra fuente). No sé si estas empanadas...

EUSEBIO

(Un tanto irritado). ¡Déjelas, que ya nos serviremos solos. *(La sirvienta sale como corrida).* ¿Qué decía yo?

BLANCA

No me acuerdo exactamente en qué estabas.

EUSEBIO

Ah... sí. Decía que sería disparatado creer que la máquina de moler café o el automóvil influye sobre mi apreciación de las personas, por el hecho de que me sea útil. Pues igualmente absurdo hubiera sido creer que la mujer gravitara sobre mis conceptos del ser humano y del resto del mundo. En cambio, tú estás, como te decía, incorporada a mi visión del mundo, que ya no es sólo de

hombre. Siento algo neutro en mi manera de pensar. Un vestido de mujer no es sólo una prenda de vestir. Es también una cosa que puede o no ser tuya, es decir, que puede ser ya un poco mía también. Más claramente todavía: el universo ha dejado de ser para mí un campo de experimentación del hombre. Ya sé bien que en él las mujeres tienen su parte y que esa parte ha invadido mi sentido respecto de él. ¿Comprendes? La naturaleza femenina, el instinto y la mente femeninos, tienen dentro de mí un foco de gravitación. Tú piensas conmigo en mí, y ya no podré nunca más recobrar mi visión primitiva, prístina del universo. Hasta el recuerdo de mi dogmática visión de hombre, quedará sepultado bajo la apreciación neutra del mundo. ¡Gran batalla ganada, sin embargo, porque pienso que ahora que he perdido la integridad del pensamiento varonil, mi persona, mi condición humana es más completa. *(Después de una pausa).* ¿En qué piensas?

BLANCA

Tengo la sensación de que me hablás de un ruiseñor muerto.

EUSEBIO

¿Muerto? ¿Y por qué muerto?

BLANCA

Es una sensación. Muy pocas veces me siento capaz de explicar una sensación. Si en este caso pudiera hacerlo, tal vez no me atreviera.

EUSEBIO

¡Cuánta reserva!

BLANCA

Es mi turno. Vaya por toda la espontaneidad, la atrevida espontaneidad que tuve siempre, a la que has res-

pondido invariablemente con la reserva que pareces reprocharme.

EUSEBIO

(Después de otro silencio). Quizá estés en lo cierto. Quizá tengas razón. Hay algo muerto en nosotros. Empiezas a tener razón con harta frecuencia. *(Una brevísima pausa más).* Hora triste la de la razón, como la de los elogios para los árabes. *(Pausa de unos segundos. Viene la sirvienta con la frutera y la deja sobre la mesa. Eusebio, como despertando, mientras Blanca continúa ensimismada).* ¿Faltaba la fruta? ¡Qué absurdo!

TELON

ACTO SEGUNDO

Cuadro Primero

Reservado de un restorán de segundo órden. A la izquierda, una amplia arcada, que da al salón principal, del que se ven algunas mesas desocupadas. Puerta pequeña en último término de la pared del lateral derecho. Una gran mesa redonda, ocupada por José Evaristo Luna, Pepe Orellana, Aldo Murcchio, Isaías Leber, Casimiro Arrigorriaga y Eusebio Perlaza. Son aproximadamente las tres de la tarde de un sábado de invierno. Los comensales se han reunido en su tradicional tenida de los sábados, que consiste en almorzar y beber sin restricciones y comentar libérrimamente todo lo que les viene en gana. Al levantarse el telón, el almuerzo está casi en la última etapa. Sólo a los más glotones les queda por comer alguna cosa. Los demás, están en los postres o en el café. Quien más, quien menos, todos tienen ingerida una buena dosis de alcohol.

LUNA

Che, Aldo, contá cómo fué la venta del "Stutz".

MURCCHIO

Eso no tiene gracia. Lo del vasco sí que es bueno. *(Ríe).* Ché, vasco, vos te tragás las cosas buenas que te pasan y vamos a tener que echarte de estas tenidas. Aquí hay que venir a contar todo lo divertido que nos ocurre a cada uno, en el ejercicio de nuestras respectivas obligaciones.

No vamos a estar recordándotelo todos los sábados. Sos nuevo en la rueda, pero ya has tenido bastante tiempo para conocer tus deberes de comensal.

LUNA

¡Que cuente el vasco! ¡Que cuente el vasco! ¡Que cuente el vasco!

ORELLANA

¡Mozo! ¡Mozo! ¡Mooozo!

(Mozo aparece, casi corriendo, por la arcada, con una botella de vino, que descorcha de inmediato).

ARRIGORRIAGA

Mozo. ¿Qué les ha ocurrido a esas morcillas? Los demás han terminado ya de almorzar y yo todavía aquí, a la espera de que ellas se apiaden de mi apetito y de mi amor, sí, de mi amor también, porque yo me las devoraré de puro "chalao", como decís vosotros, los madrileños chulos. Por ti lo digo, tú, Perlaza.

MOZO

Súbito, signore. *(Vase por la arcada).*

EUSEBIO

Ya te oigo, hombre. Así decimos nosotros, "chalao", y así dicen también los del Norte de este país. La palabra es bonita, tiene sabor, recuerda a la sal.

ARRIGORRIAGA

¿Por lo de "salao"?

(Y ríe estentóreamente de lo que supone gracioso).

EUSEBIO

Sí, señor, por éso lo he dicho: porque "chalao" recuerda a "salao".

ORELLANA

(A Leber, que está a punto de dar cuenta de una en-

cumbrada ensalada). Oye, tú, cara de cuento de tu raza, espétanos uno. Esto hay que animarlo. Nadie cuenta los cuentos judíos como los propios judíos. Ahora han proliferado los que se refieren a Hitler. ¿Habéis observado cómo aparecen, por series, los cuentos judíos con temas de actualidad. ¿Quién los hace, quiénes los inventan?

LEBER

Nosotros mismos. Tenemos tan agudizado el sentido de responder a la demanda, que ni en esto se nos escapa lo que más puede interesar.

MURCCHIO

¿Así que son ustedes mismos los que se tratan tan mal en los cuentos?

(Aparece el mozo y le sirve a Arrigorriaga).

LEBER

Nosotros mismos, efectivamente. Nos maltratamos adrede.

ARRIGORRIAGA

¡No tenéis pudor! ¡Qué desvergüenza! Exhibiros así.

LEBER

Entre un judío de cuento y un judío verdadero, hay la misma distancia que entre el vasco bondadoso y francote de la leyenda, y un vasco al natural, como vos. Nosotros nos maltratamos así para contrarrestar la mala fe de quienes no nos quieren bien. La diferencia que hay entre los vascos y los judíos, consiste en que a los primeros la leyenda los deforma para mejorarlos, y a nosotros, para hundirnos. ¡Cosas de leyenda!

ARRIGORRIAGA

Pues, te advierto que acreditas una mala fe de antisemita de envergadura.

LEBER

No me extraña. Frecuento tan poco a mis hermanos de raza.

EUSEBIO

¿Sabes tú —y a ti también te lo pregunto, Arrigorriaga— que se ha hecho una conjetura y muy seria respecto del común origen de los vascos y de los judíos? Vuestras... llamémoslas fricciones —la palabreja está de moda y no tiene igual para el caso— ¿no serán asperezas de hermanos? Milosz —creo que se llama Milosz el poeta lituano afrancesado que lo dice— les encuentra orígenes comunes.

LEBER

No sé cual será la intención de ese poeta, pero la tuya la estoy advinando. No me parece muy fraternal. Al menos, para mí.

MOZO

Eccole la tortilla quemada. Benedetto el cocinero *(Sirve a todos, menos a Arrigorriaga, que continúa deglutiendo la smorcillas).*

LUNA

(A Murcchio, que está a su lado). ¿Tomamos un poco más de vino?

MURCCHIO

¡Meta!

LUNA

Mozo, traiga otra media botellita Río Negro. *(A Murcchio).* Media, ¿verdad?

MURCCHIO

¡Ma sí, hombre! Como te parezca.

ORELLANA

A mí tráigame café, mozo.

LEBER

Eso es. Un cafecito bien caliente.

EUSEBIO

Otra media Valdepeñas. *(A Arrigorriaga).* Nos la beberemos entre los dos. *(Se va el mozo).*

LUNA

(A Murcchio, después de un silencio). Ché, Aldo, no decís nada de cómo te va con tu nueva gringa.

MURCCHIO

¡Avisá!

LUNA

¿Qué tiene? ¿Te creés que no te vamos a escuchar con interés?

MURCCHIO

Dejate de macanas, Porque una vez tuve la ingenuidad de hablar de ella, suponés que voy a estar haciéndolo siempre.

LUNA

Parece apetitosa la italiana. ¿Y es verdad, che, que tiene un tatuaje sobre la cadera?

ORELLANA

¡Eh, eh, eh! Es demasiado preguntar.

LUNA

Yo no lo he inventado. Me lo dijo tu paisano Lambertini. ¿De dónde lo voy a saber yo?

LEBER

Pero, ¿es cierto que lo tiene?

LUNA

Lambertini dice que tiene tatuada una araña.

MURCCHIO

¿Ven? ¡Esto me revienta!

ARRIGORRIAGA

¡Razón que te sobra, hombre! A no hablar de lo privado. Digo mal: a no aludir a la vida privada de nadie, se ha dicho muchas veces. Es lo único que nos está prohibido en estas reuniones. Es condición primordial para ser un buen compañero y un buen amigo.

LUNA

Avisen. ¿Estamos entre machos o entre mujercitas?

ARRIGORRIAGA

¿A ver si te crees tú que sólo las mujeres deben tener escrúpulos en revelar sus cosas íntimas?

LUNA

Me parece que no he preguntado nada vergonzoso. *(Ríe).* Un tatuaje no es una vergüenza. Y si lo es, con decir que no lo tiene. *(Ríe ahora ruidosa y picarescamente).* ¡Pero hay que ver cómo son estos tanos cuando salen vergonzosos! Porque la mayoría son de lo más zafados para hablar de los misterios de la alcoba, de la propia y de la de los demás.

MURCCHIO

Pero, yo te pregunto esto: ¿te daría un gran placer contándote lo que ella tiene de bueno o de malo? Lo que tiene de bueno, lo disfrutaré yo, y lo que tiene de malo, me lo aguantaré yo también. De manera que no veo lo que saldrías ganando. ¡Sos un morboso vos!

LUNA

(Con una carcajada estentórea). ¿Cómo has dicho, che? Me tiraste con una palabra bárbara. ¿Morboso, dijiste?

MURCCHIO

Sí, sí. ¡Sos un morboso!

ARRIGORRIAGA

Pienso lo mismo que Murcchio. Si le interesan tanto los placeres ajenos, es porque algo en él no marcha bien. Y aunque marchara bien. No se debe comentar la vida privada de ninguno de la rueda. Si lo hiciéramos, en poco tiempo nuestra amistad sufriría un quebranto definitivo.

LUNA

Por un tatuaje más o menos, no hay que hacer tanta bulla. Peor sería si hubiese preguntado por otras cosas. Y como sigan macaneando, lo voy a hacer nomás. Las amenazas de perder la amistad no me impresionan mucho. Total, para estar cuidándome tanto... Si tengo que pensar tanto antes de hablar, más cómodo estaré sin ustedes.

EUSEBIO

Eso sí que es hablar con razón. Somos una media docena de imbéciles. Ninguno menos borrego que los otros. Cada uno con su buen par de orejas, que flamea como una bandera indicando nuestra patria común del reino animal.

ARRIGORRIAGA

¿Eres tú el que así habla?

EUSEBIO

Yo, yo. Parece mentira que seamos tan brutos. ¿Para qué nos reunimos todos los sábados desde hace ya tres años? ¿Para qué?, pregunto. ¿Hay alguien que pueda decirlo sin avergonzarse? Para nutrirnos y beber.

LUNA

Primero para beber y después para nutrirnos, che gallego. Las cosas por orden de importancia.

EUSEBIO

A ver si te callas por un momento. Nos reunimos para

beber y nutrirnos o para nutrirnos y beber, da lo mismo. ¿Y por qué os reunís vosotros conmigo y yo con vosotros? ¿Porque no decimos y hasta nos creemos amigos? ¡Mentira! Gruesa y deleznable mentira. Ni yo sé quiénes sois vosotros, ni vosotros sabéis quién soy yo. Sabéis, sí, que me llamo Perlaza y yo sé también que os llamáis Arrigorriaga y Murcchio y Luna y Orellana, y tú *(Señalándolo)*, Leber. ¡A tanta gente le conozco yo el nombre y no me siento, por éso, amigo de ella! Y por eso mismo, ni de vosotros. Nos hemos prohibido hablar de lo privado, de lo íntimo, hurtándonos nuestra persona, en nombre de la amistad y de la camaradería. ¡Hermoso principio de entendimiento y de acercamiento cordial entre hombres! Yo no soy fácil a las confidencias. Nunca lo he sido, acaso porque pocas cosas me acontecieron en la vida. Pero desde hace casi un año venía necesitando de amigos a quienes confiarme. Digo mal: no de amigos, que el plural en este caso es demasiada ambición. Necesitaba de un amigo, uno sólo que fuera capaz de recibir mi confidencia con una responsabilidad de hombre, con la misma responsabilidad con que cada uno de vosotros recibís valores de comercio, para los cuales no sólo vuestro cuerpo, sino también vuestra alma, se pone de pie, se hace sensible y austera, aunque haya engaño de por medio, que lo hay casi siempre. No me ha sido posible confiaros nada, y ahora he visto toda la sabiduría que había en mi ánimo, que quebraba mi voluntad y endurecía mi lengua en los momentos que parecían propicios para aligerarme de angustias. Si nuestras reuniones no habían de ser para acercarnos de veras, para comprendernos, para confiarnos recíprocamente los secretos de nuestro corazón, como nos hemos confiado muchas veces nuestras intenciones comerciales, no veo para qué nos reuníamos.

ARRIGORRIAGA

Pues, hace más de tres años —lo has dicho tú mismo— que vienes a nuestros sábados y recién reparas en su inutilidad. No ha sido nuestra intención procurarnos reuniones útiles, hombre. Hemos querido darnos la oportunidad de charlar y reirnos y decirnos cuantas burradas se nos vinieran en ganas.

MURCCHIO

Es claro. Las cosas graves que nos ocurren no son para esta mesa de cachadas.

LUNA

Ustedes no entienden nada. El gallego Perlaza tiene razón.

EUSEBIO

Sí que eres duro para entender, vasco Arrigorriaga. ¿Qué es eso de no haber querido hacer reuniones útiles? ¿Pero es que los hombres tienen derecho a quemar su tiempo porque sí, como las bestias? Nunca he creído que tu persona me fuera absolutamente inocua. Ninguno de vosotros. Os he supuesto siempre capaces de revelarme muchas cosas que ignoro, y todas las cosas que yo ignoro las quiero conocer. ¡Vamos, hombre! Que no se puede decir nada tan atrevido y tan falso.¿ Es que no comprendes que cuando una persona te es grata, cuando ha despertado tu simpatía y tú la suya, ya te es útil, de gran utilidad, porque por ella tienes el sentido de la más graciosa fuerza del ser humano? Si a ti se te pudiera ver libre de la simpatía de tu raza, serías un mónstruo.

LEBER

¿Me permites una pregunta, Perlaza?

EUSEBIO

¿Qué es eso de permiso, hombre?

LEBER

Yo encuentro que nos has dado una buena lección.

EUSEBIO

¿Ves tú? Eso es lo que yo no puedo permitir.

LEBER

Entiendo que tú has hablado muy bien, pero de algo que no tiene relación con lo que aquí se discute.

ARRIGORRIAGA

De acuerdo, hombre, de acuerdo.

EUSEBIO

¿De acuerdo con qué? Si todavía no le hemos oído.

LEBER

Aquí ha ocurrido lo siguiente: Luna le ha hecho una pregunta a Murcchio, sobre su amiga o lo que sea.

EUSEBIO

Una pregunta grosera, que a mí me hubiera ofendido. ¡Sí, señor!

LEBER

Murcchio se sintió molesto, y alguien dijo algo que quería ser una llamada al orden. En seguida, otro —creo que fué Arrigorriaga— recordó que aquí estaban prohibidas las alusiones y las referencias a las cosas de carácter privado. La alusión a las cosas íntimas —hogar, mujer, hijos, madre, padre, hermanas, querida— no tiene nada que ver con las confidencias. Lo que quizá esté prohibido es el arrancar confidencias, que a esto puede conducir la alusión a las cosas íntimas, pero las confidencias mismas, es decir, el deseo espontáneo de confiar algo de nuestra intimidad, no creo yo que a ninguno de nosotros se nos haya ocurrido pensar que nos está impedido.

ARRIGORRIAGA

Exactísimo.

ORELLANA

Muy bien, hombre.

MURCCHIO

Macanudo.

LUNA

Muy bien dicho, pero no estoy de acuerdo.

LEBER

No he terminado. Por otra parte, creo que si tuviésemos prohibidas las confidencias en nuestras reuniones, que yo llamo —prefiero llamar sabáticas— la prohibición no nos impediría hacernos confidencias por separado, individualmente, que es como yo entiendo que son siempre las confidencias. De lo contrario serían simple desembarazo de cosas; algo peor: charlatanería.

EUSEBIO

Magnífico discurso, Leber. Has ordenado y expuesto las ideas como un profesor. Lástima grande que hayas prescindido por completo de lo que se trata. Hemos hecho todo lo posible por no conocernos, pero nadie lo consiguió del todo, por suerte. Nos has explicado muy bien lo que es una confidencia, pero ¿por qué no has intentado explicar tú las razones de mi estallido? ¿No comprendes que lo que aquí decimos para chancearnos, son también minúsculas fracciones de nuestra personalidad y que ellas nos revelan el fondo espiritual de cada uno? Lo que Luna le ha dicho a Murcchio, no está bien. Se lo reprocho más duramente que vosotros. Pero yo veo en esa pregunta indeseable, un torpe vehículo, un tosco instrumento de Luna para llegar a la intimidad de Murcchio. La curiosidad cordial y aun la delicadeza, afecta, a veces, formas groseras, por exceso de pudor. Conozco per-

sonas que no saben reaccionar ante una indelicadeza, de otra manera que con las interjecciones más crudas de nuestra habla. Pero no quiero perderme en réplicas de detalle. Lo que interesa es lo otro. No están prohibidas las confidencias entre nosotros, has dicho, Leber. Y yo te pregunto a ti y a todos los demás, si os habéis hecho alguna confidencia. Os pregunto a todos y a cada uno, ¿qué sabéis de nosotros? Os pregunto si sabéis siquiera si yo tengo hijos. Porque yo de vosotros sólo sé lo que me ha podido sugerir alguna indiscreción. No, no os habéis confiado nada, porque no sabéis nada los unos de los otros. No os habéis confiado nada, porque la confidencia, la intimidad nos estaba a todos prohibida. La incapacidad para el afecto, para el intercambio espiritual, nos ha separado inexorablemente durante tres años. Hoy somos las únicas personas de quienes sabemos con certeza que no podemos ser amigas. *(Silencio).*

LEBER

(Como si murmurara). Es muy probable que tengas tú razón. Pero debes reconocer esto: un estado de ánimo muy particular te ha llevado de la mano para descubrir el error en que estábamos.

EUSEBIO

Triste verdad, Leber, el descubrimiento de nuestro error.

LEBER

Lo presiento.

EUSEBIO

A ese precio, ni el descubrimiento de un mundo sería una compensación, créeme.

LEBER

Ya me parece una exageración.

EUSEBIO

No hay más que palabras para medir el tamaño del dolor. Dices tú: "Esto me duele como un hijo enfermo", y el que te escucha, que no tiene hijos ni tiene tu dolor, piensa de ti que eres demasiado blando para el sufrimiento. Para el castigado, no hay palabras que excedan al dolor. *(Después de una breve pausa).* Mozo. *(Golpea con las manos).* Mozo. *(Comparece el mozo. Entretanto, Arrigorriaga conversa en voz baja con sus vecinos de mesa. Los demás observan con interés todos los movimientos de Eusebio).* Deme usted mi cuenta.

MOZO

(Que ya traía consigo la adición). Poca plata, signore: tres sesenta y cinco.

EUSEBIO

(Le paga, se pone de pie, busca con la vista su sobretodo y su sombrero, los toma y se encamina lentamente hacia la izquierda). Buenas tardes.

LEBER

(Siguiéndolo). ¿Me permites que te acompañe?

EUSEBIO

¡No, hombre! Muchas gracias.

LEBER

No me resigno a creer que no vuelvas a nuestros sábados.

EUSEBIO

Perdonen ustedes. Les he fastidiado mucho.

LEBER

Eso no debes decirlo. Somos tus amigos. Nuestra torpeza no tiene por qué negar la existencia de verdaderos sentimientos amistosos.

EUSEBIO

No, si no digo éso.

LEBER

Pero no me contestas. Volverás, ¿verdad?

EUSEBIO

No sé. Ya veremos. Buenas tardes. *(Sale por la arcada. Leber vacila un instante, luego toma su sobretodo y su sombrero y sale apresuradamente detrás de Perlaza, ante la sorpresa de todos los circunstantes).*

TELON

Cuadro Segundo

"Living" de la casa del matrimonio Perlaza. Puerta al foro, de una hoja, pero con vidrio, que comunica con la puerta de calle; diversas puertas en los laterales, que comunican con las dependencias que ya se conocen y con algunas otras. Son las cuatro de la tarde del mismo día sábado de la tenida de Perlaza con sus compañeros. Al levantarse el telón, no hay nadie en escena. Se oye la voz de María cantando quedamente una canción de cuna. La voz de la sirvienta se va apagando. Luego no se la oye ya y entonces el silencio es completo en la semipenumbra de la tarde invernal. Un instante todavía y se oye el timbre de la calle y aparece María por la puerta lateral, del segundo término de la derecha, refunfuñando. Abre la puerta que da a la calle y aparece Eusebio Perlaza, con sobretodo. Trae el estado de ánimo que se le ha conocido en el cuadro anterior, todavía intensificado.

EUSEBIO

(Mientras se quita el sobretodo). ¡Qué oscura es esta casa! ¿Por qué no enciende la luz? *(María da luz).* ¿La niña?

MARÍA

En este momento se acaba de dormir.

EUSEBIO

¿No le he dicho que me la tuviera pronta para llevarla a Palermo?

MARÍA

¿Le parece a usted que estas son horas de llevar a pasear a una criatura, en invierno? Media hora más, y anochece, señor. Ha estado llorando mucho rato la pobre. Con toda razón. La he bañado, le he puesto su más lindo vestido; le hice los rulos, y no ha chistado la pobrecita, encantada de salir a pasear con el papá. Pero el señor papá se ha olvidado de ella. La criatura se ha cansado de esperarlo y se ha puesto de mal humor, y ha llorado preguntando cada dos minutos por el padre. Así hasta que a mí misma me pareció peligroso sacarla de casa, con este frío y sin sol casi. No me parece que esté bien, señor.

EUSEBIO

Tiene razón. Se me ha hecho tarde sin darme cuenta. Fuimos a almorzar y...

MARÍA

¡Si para usted los amigos están antes que la hija!...

EUSEBIO

No es éso, María. *(Se sienta apesadumbrado y habla humildemente).*

MARÍA

¡Sí, es éso, señor!

EUSEBIO

Le digo que no.

MARÍA

La prueba está, señor.

EUSEBIO

Pero usted no comprende. No están antes.

MARÍA

No estarán antes, pero usted se ha olvidado de su hijita por ellos.

EUSEBIO

Tampoco es cierto. He estado pensando constantemente en la nena. Mientras yo escuchaba a los demás y mientras yo mismo hablaba.

MARÍA

Menos perdonable entonces. No tiene más que un día a la semana para dedicarle a su nena y lo malgasta con sus amigos. Yo no soy la madre, pero no lo puedo consentir, señor. Se lo digo con franqueza. Preferiría irme, señor. No tengo valor para ver tamaña despreocupación. ¿No comprende, señor, que la nena se va a criar con una gran pena? Tiene a sus padres sanos y vivos, gracias a Dios, y tendrá, a este paso, un alma huérfana, por culpa de usted.

EUSEBIO

Está bien, María. No volverá a ocurrir. Pero no amenace con su retiro de esta casa. La nena la extrañaría mucho. Le hace usted falta.

MARÍA

Es por éso que no quisiera quedarme, precisamente por éso. Como la criatura está encariñada conmigo, usted se siente libre de los cuidados que le debe como padre. Y yo no lo puedo consentir. Yo no soy más que una sirvienta, pero entiendo las cosas. También soy madre, señor.

EUSEBIO

Ya le he dicho que tiene usted razón. Le sobra razón para reñirme. Pero le he prometido que no volverá a ocurrir.

MARÍA

Yo quiero que usted lo entienda bien. Me gusta que la nena me quiera, porque yo la quiero mucho. No porque sea de ustedes. Esto es aparte. La quiero porque no se puede dejar de querer a ninguna criatura. Yo he tenido siete hijos, a los que he criado entre las mayores privaciones, con los más grandes sacrificios. Y si pudiera, volvería a tenerlos y a hacer por ellos los mismos sacrificios, sufriendo hambre y penas de todas clases. Volvería a la camilla de operaciones en que me llevaron para tener al primer hijo. ¡Sí, señor! Pero no me gusta ocupar el lugar de los padres, no por mí, sinó por ellos mismos y por las pobres criaturas, que se crían sin conocer los brazos de los padres. Así que ya lo sabe, señor.

EUSEBIO

Sí, sí, he comprendido. No tengo nada que decir. No tengo ganas de hablar, María, pero si la tuviera, no tendría nada que decir. Me ha cerrado usted la boca. Le agradezco que me haya hablado con tanta claridad y con tanta franqueza. *(Se oye el llanto de la niña de que se ha estado hablando).* Parece que se ha despertado.

MARÍA

Ya voy. *(Vase apresuradamente por la misma puerta que apareció. Perlaza se acoda en uno de los brazos del sillón que ocupa, se cubre los ojos con la mano y se queda así hasta que reaparece María, trayendo en brazos a la nena).* ¿Ves que está tu papi? ¿Has visto que yo no te engañaba?

EUSEBIO

(Que apenas ha visto llegar a la sirvienta con la criatura, ha tomado a ésta en brazos y se ha sentado con ella en las faldas). ¿Tenía mucho sueñito? ¿Ya se le pasó? A

ver, míreme. Una miradita. *(A María).* ¿Tomó ya el té con leche, la nena?

MARÍA

No. Voy a preparárselo en seguida. *(Sale).*

EUSEBIO

A ver, mírame. ¿No quieres mirar a tu papi? No quieres a tu papi? ¡Y él que te quiere tanto! Nena, nenita mía *(Le toma la cabecita y la estrecha entre sus brazos, en un transporte de amor y de dolor).* Sí, sí, me he portado mal contigo. Tienes razón. Todos tenéis razón en esta casa, menos yo, que os quiero tanto. Me he portado mal contigo, querida. Siempre nos portamos mal con los que más queremos. Parece que me he portado mal también con tu madre. ¿Sabes por qué? Porque te esperaba desde mucho antes que te anunciaras. Porque te esperaba desde que supe que algún día podrías llegar. Tu madre nos ha dejado, ¿sabes?

NENA

Mami va a venir en el tren. Se fué lejos, en tren. A la noche va a venir.

EUSEBIO

Estás lejos, es verdad. Muy lejos de nosotros. Lejos de mí. Y lejos de ti, sufriendo tal vez mucho, por no estar con tu papi. ¿Por qué se ha ido si tu papi la quiere desesperadamente? ¿Por qué se ha ido, por qué ha dejado de quererme, si está en mi vida, como mi propia sangre?

NENA

Yo tengo sangre, papi. ¿Ves la nana?

EUSEBIO

(Sin oírla casi). Ha dejado de quererme y me ha dejado con dolor en los huesos, en los ojos, en las manos. Ha de-

jado de quererme y ha llenado de angustia el mundo entero.

NENA

Papi, a la noche, cuando salió el sol, vino el lechero y trajo la leche.

EUSEBIO

Dime, nena, ¿no sabes cuándo viene tu mami? Pregúntale a María cuando viene tu mami. Dile que quieres que venga tu mami. Que venga pronto tu mami. Así no se puede vivir, ¿verdad? ¿Verdad que no se puede vivir sin ella? No se puede, no. Los días se llenan de lágrimas, como los ojos; las ocupaciones se llenan de dolor, como el corazón. Tiene que venir tu mami. Reclámala. Sin ella se cae el techo de la casa, se hunden las calles, las noches se llenan de filos que cortan la piel; el lecho se endurece, como la piedra, y se levanta, negándose a servir de descanso. ¡Reclámala, hijita mía! Ayúdame, ayúdame, ayúdame. *(Hunde la cabeza en su propio pecho y llora sin consuelo).*

TELON

ACTO TERCERO

Cuadro Primero

Un trozo aislado de plaza. En primer término, la tierra apisonada. Enseguida, el banco típico que caracteriza el lugar. Detrás de éste, una hilera de árboles de delgados y altos troncos. En último término, una casa. Hermosa tarde otoñal. Al levantarse el telón, aparece sentada Blanca Nevares, vistiendo un elegante traje de calle. En los pocos años transcurridos desde su casamiento, su expresión ha cambiado fundamentalmente. Su rostro tiene ahora las huellas de las grandes experiencias vividas. Se muestra nerviosa y observa ávidamente su entorno. Después de pocos segundos, parece descubrir algo y se pone violentamente de pie, como quien va al encuentro de una persona. En efecto, reaparece inmediatamente, acompañada de la vieja criada que se ha conocido en los actos anteriores, y de su hijita, a la que ha tomado en brazos y besuquea, conmovida y silenciosa. Vuelve a sentarse con la niña. La criada se sienta, a su vez.

BLANCA

¡Cómo ha demorado usted!

CRIADA

No es culpa mía, señora. Me apuré todo lo que pude.

BLANCA

Estaba tan ansiosa por ver a la nena. Pero ¡qué linda

está! *(Vuelve a besuquearla).* ¿No querías ver a tu mami? ¿No querés a tu mami?

NENA

¡Ah, pero la quiero a ella también! *(Señala a la criada).*

BLANCA

Tenés que quererla porque te quiere mucho a vos y te cuida. *(La nena se zafa de los brazos de la madre y se sienta en las faldas de la criada).* No la dejés a tu mami. ¿Te quiero tanto yo y me dejás?

NENA

Ah, pero yo tengo que ir a juntar piedras con mi pala.

BLANCA

Luego vas a ir a buscar piedras. *(La toma de nuevo en sus brazos, a pesar de la leve resistencia de la chica).* Yo quiero que conversemos un poquito. Además, no tenés la pala para juntar piedras.

CRIADA

(Extrayendo de entre sus polleras una pequeña pala). Aquí tengo la pala. *(La nena le arrebata la pala y sale corriendo).*

BLANCA

(Con un poco de tristeza). ¡Cómo no la va a querer, si usted la tiene siempre presente y se preocupa tanto de sus cosas!

CRIADA

¡Nena, por aquí! Que yo te pueda ver bien.

BLANCA

(Cavilosa). De día en día me querrá menos. Al principio, me desesperaba el deseo de que usted no le hiciera sentir la falta de la madre. Ahora, me desespera la sos-

pecha de que la nena pueda no sentir mi ausencia, precisamente por lo bien que usted me sustituye. *(Las dos mujeres se ensimisman. Largo silencio).*

CRIADA

(Gritándole a la nena, que está invisible). ¡No, no! ¡No le tengás miedo! *(Mientras sale corriendo y hace mutis por derecha).* ¡Andate con ese perro, pavote! *(Regresa con la nena).* Si el perrito es "beno". No viste que es "beno?" *(Se sienta).* Le tiene terror a los perros, y no encuentro la manera de quitarle el miedo. Por la noche sueña con perros y se despierta sobresaltada. ¡Da pena verla!

BLANCA

(Le acaricia la cara a su hijita, luego le arregla el pelo y la besa). Me mira como cohibida. Deja que la bese, pero se ve que le soy extraña. *(Una breve pausa).* ¿No se acuerda nunca de mí? ¿No pregunta nunca por mí?

CRIADA

¡Ya lo creo que pregunta!

BLANCA

Usted es muy buena y me quiere conformar.

CRIADA

Le digo la verdad, señora.

BLANCA

Si preguntara por mí, si se acordara de mí no se resistiría tanto a estar en mis brazos.

CRIADA

Las criaturas son así, señora. Hacen las cosas sin darse cuenta.

BLANCA

Es al revés. Quienes hacen las cosas sin darse cuenta, somos nosotros, los mayores. Los chicos saben siempre lo que hacen. No simulan ni disimulan nada. *(Pasa de derecha a izquierda, Leber. Ve a la criada, la identifica inmediatamente con la sirvienta de Eusebio Perlaza y la saluda. Ella, por su parte, retribuye el saludo, pero se queda confundida, como ignorando a quién ha saludado).* Así no se puede seguir viviendo. ¡La otra noche estuve tentada de ir a buscarla. No sabe usted lo que es esta situación mía de tener que pensar en robar a mi hija para tenerla a mi lado! No hay dolor ni tristeza comparables. Me paso las noches enteras pensando en darle una solución a todo esto y ninguna me parece buena, no porque no esté dispuesta a hacer cualquier cosa —por humillante que fuera—, sino porque no hay una que pueda remediar los errores cometidos. ¿Comprende? *(La nena vuelve a irse con su pala, hasta hacerse invisible. Por izquierda, reaparece Leber y se acerca al banco. Saluda a la criada, quien, de pronto, individualiza a Leber).*

LEBER

¿Sabe quien soy? Hace un rato, cuando pasé y la saludé, me pareció que usted contestó al saludo sin darse cuenta de quién soy yo.

CRIADA

Pero ahora sé. El amigo del señor. Con permiso. *(Sale. Se supone que lo hace por la nena).*

LEBER

Eso es. Ya había andado más de una cuadra y me volví. *(Dirigiéndose a Blanca).* Me volví por usted, señora. Vi a la nena y supe quién es usted. No era preciso mucha perspicacia, por cierto. *(Pausa breve).* Yo me expondría

gustoso a que pensara lo peor de mí, con tal de que me permitera decirle algunas cosas...

BLANCA

No creo que...

LEBER

Su marido...

BLANCA

(Con una gran dignidad). ¡No sé quien es usted, señor!

LEBER

¿Qué importa quien sea yo? Lo importante es lo que quiero decirle. Pocos meses más y su marido será hombre al agua. Estoy todos los días con él y le puedo asegurar que lleva una mortaja por dentro. Está insensible a todas las cosas de este mundo, con excepción de una sola: usted. *(Reaparecen la Criada y la Nena. La primera, al darse cuenta que Leber y Blanca han empezado a hablar, intuye inmediatamente el tema de la conversación y desaparece con la chica).*

BLANCA

Ni mi padre se ha atrevido a hablarme de esas cosas. *(Una larga pausa).* En fin, ya lo ha dicho usted, señor. *(Otra breve pausa).* No creo que tenga más nada que decir.

LEBER

¡Oh, sí! ¡Mucho!

BLANCA

No toleraría más.

LEBER

Ya le he dicho que me exponía gustoso a que usted pensara lo peor de mí. Soy para usted un intruso audaz, que no sabe respetar lo más delicado, lo más íntimo. Debo

parecerle un hombre que está espiando por el ojo de la cerradura sus desnudeces. ¿No es verdad?

BLANCA

¿Y cree usted que no lo es? ¿Podría usted no serlo con ese empeño que tiene por entrar en mis secretos, en esos secretos que han respetado mis familiares, empezando, repito, por mi padre?

LEBER

No tengo derecho a hablarle de la violencia tremenda que implica para mí el haberme acercado a usted y haberla hablado, sabiendo de antemano que no contaría con su consentimiento. Esto mío, esta enorme violencia, no es nada comparada con lo que sé que le ocurre a usted y, sobre todo, a Eusebio, su marido. ¿Qué importa que yo parezca lo que piensa de mí, si con ello consigo que ustedes dejen de sufrir? No pretendo ninguna confidencia; no aspiro a mediar siquiera en el entendimiento —¡siempre posible!— entre usted y su marido. Lo único que deseo es que se vuelvan a encontrar. Para él sería un regreso a la vida, y para usted... No me atrevo a decir tanto, pero...

(De pronto Blanca busca su cartera, extrae de ella un pañuelo y se lo lleva a los ojos).

LEBER

No sé por qué, pero la veo llorar y me parece que todo podrá arreglarse.

BLANCA

Ahora que me ha dicho que no espera mi confidencia, que nada quiere saber, quisiera contarle todo, pero no tengo nada que contar. ¿Podría alguien explicar la muerte? ¿Se explica acaso la muerte? No, no se explica. Puede ser contado lo que antecede a la muerte, pero la

muerte misma, no. Lo inmediatamente anterior a esto, ha sido el matrimonio, el casamiento, la boda, el lecho nupcial. Pero esto no tiene interés, ni explica nada. Inmediatamente se produjo esto otro, todo esto, que no puede ser explicado: la muerte. Ha sido éso precisamente: la muerte. El deceso de algo; algo que ha dejado de ser, apenas nacido. Nació y murió al mismo tiempo, como un llanto de niño que anuncia su advenimiento, y detrás de ese llanto el silencio más absoluto, el silencio pesado, compacto, negro que se acumula en la inmovilidad de la muerte, imperturbable por siempre jamás.

LEBER

¿No hubiera sido más piadoso y, sobre todo, más honrado haberse negado a compartir un lecho al que usted llegaba sin ninguna ilusión?

BLANCA

Me lo he preguntado muchas veces; me lo he reprochado mucho, pero no es razonable ese reproche porque en ningún instante se me ocurrió pensar siquiera en abandonar una cosa con la que he soñado toda la vida. *(Una breve pausa)* ¡Es muy fácil decirlo! Con la esperanza de no volver a verlo en toda mi vida, le digo a usted que he recibido pasmada los besos de mi noche de boda, por lo menos a partir de un instante en que sentí que mi destino, como un gran cuerpo humano, cambiaba de lado. ¡Pero eran mis bodas, mis propias bodas, y me sentía subyugada por el misterio que ellas debían develar. Aun con la sensación de una adversidad completa, subsistía la embriaguez de la aventura. Creo que si hubiese pensado en la necesidad de irme, no habría tenido el valor de hacerlo. *(Pensativa).* Por otra parte, de haberlo hecho, no sé como hubiera podido perdonarme el haber renunciado cobardemente a vivir toda esa experiencia.

LEBER

Pero esa aventura, esa experiencia no ha terminado.

BLANCA

Terminó definitivamente el día en que yo abandoné mi hijita y mi casa.

LEBER

A su marido, ¿ni lo nombra entre las cosas abandonadas?

BLANCA

A él no lo abandoné; ni me abandonó él a mí. Mas bien nos habíamos abandonado a nosotros mismos antes, y nos recobramos después: yo, yéndome de la casa que había preparado para mí, y él quedándose en ella, disfrutando sólo las comodidades dispuestas por él mismo.

LEBER

(Después de una larga pausa). ¿No se puede saber cómo explica usted todo eso?

BLANCA

Hasta ahora no me lo explico.

LEBER

Perdoneme la insolencia, pero no le creo.

BLANCA

¿Qué supone usted? ¿Qué conozco las razones por las cuales ha ocurrido y me las callo? ¿Por vergüenza quizás? ¡No sé como puede usted provocar una conversación como ésta, si no es capaz de percibir el acento de sinceridad con que se le habla!

LEBER

(Un tanto avergonzado). Tiene razón. Pero todo esto me resulta tan extraño y tan absurdo. ¿Cómo puede no saberse el motivo de hechos tan graves?

BLANCA

Por mi parte, estoy creyendo que siempre se ignoran las causas de los acontecimientos más importantes de nuestra vida, sobre todo si son adversos. Se sabe que hay una cosa que las determina: la fatalidad, que es por su propia naturaleza indiscriminable. Por eso se llama fatalidad: porque ocurre por motivos que no pueden ser evitados ni eludidos por nosotros, y las cosas no eludibles ni evitables lo son porque carecemos de conocimientos respecto de ellas.

LEBER

(Después de una breve pausa). Habrá que creer que no lo quería usted a Eusebio cuando admitió casarse con él.

BLANCA

Me creía la mujer más enamorada del mundo.

LEBER

¿Y cuándo supo usted que no lo era?

BLANCA

Muy pocas horas después de casada.

LEBER

¿Sabía usted que había dejado de quererlo?

BLANCA

Lo sabía.

LEBER

¿Y no dice usted que ignora las causas de todo lo ocurrido? ¿Acaso no es bastante éso como causa?

BLANCA

¡Pero, señor! Me está usted confundiendo. Estábamos queriendo conocer las causas del hecho. El hecho estaba. Que había dejado de quererlo, es el hecho, es la muerte,

como decía hace un momento. Que había muerto el amor en mí, lo sabía, no lo podía ignorar.

LEBER

¿Y en él?

BLANCA

Yo creo que él nunca me quiso.

LEBER

¡No es posible!

BLANCA

¡El nunca me quiso! No pretendo que nunca haya tenido afecto por mí. Sí, lo tuvo, y hasta admito que lo tenga todavía. Eso no es querer, eso no es amar. El se casó conmigo porque quería hijos. Me lo dijo la noche misma... ¡Espere usted!... ¡No es verdad lo que he dicho! ¡Se puede explicar lo fatal! Se puede, sí. Me parece que tengo la explicación. *(Leber observa atentamente, mas no sin cierta extrañeza, el rostro revelador de Blanca).* ¡Oh, si tengo la explicación! La noche de nuestra boda... Pero... ¡Para qué hablar!

LEBER

Si su pudor queda comprometido, no diga usted nada. Pero si no es eso, dígame usted qué ha descubierto.

BLANCA

Creo que todo.

LEBER

Cuente, explique.

BLANCA

No, señor. Todavía tengo que meditarlo mucho. Todavía tengo que desentrañarlo bien.

LEBER

(Tras otra pausa). Por lo menos debe usted prometerme que no dejará de hacer lo que esté en su voluntad...

BLANCA

(Demudada la expresión de su rostro). ¡Señor, yo he venido a verme con mi hijita! No puedo verla sino en este rato. Usted me ha robado ya muchos minutos. Comprenda, señor, que por muy grata que me fuera su presencia y por muy importante que fuera lo que usted pudiera decirme, a este precio siempre estaré en pérdida. Nada podría compensarme del sacrificio.

LEBER

Es cierto. *(Se pone de pie).* Perdóneme. Le ruego que me perdone de veras, no de palabra. Créame que no me ha llevado hasta usted sino el vivo deseo de evitar un desastre en la vida de su marido, que es amigo mío y que aun no siéndolo, me hubiera movido a dar el paso que he dado. ¿Me perdona, señora?

BLANCA

¡Sí, señor, sí! ¿Cómo podría no perdonarlo, si a pesar de mi violencia para hablar de lo que nos ha ocurrido; a pesar de sentirlo como una desgracia irreparable, queda todavía la necesidad vergonzante de hablar de ello, como el enfermo habla de su enfermedad y el accidentado de su accidente.

LEBER

Lo que nos demuestra, señora, que el ser humano, cualesquiera sean su fortaleza de ánimo y su fortaleza física, es, sobre todo y más que todo, una criatura necesitada de piedad. *(Leber se retira después de tenderle la mano, que ella estrecha casi con gratitud. En seguida asoma la criada con la nena. Blanca va al encuentro de su hijita y la besa y abraza).*

BLANCA

¿La habías dejado a tu mamita? ¿Jugaste mucho, mi ángel?

(Vuelve a abrazarla y a besuquearla.)

TELON

Cuadro Segundo

Dormitorio de la casa de Eusebio Perlaza, es decir, la habitación que se ha conocido en el primer cuadro de la obra, sólo que el aspecto ha cambiado: los muebles han envejecido y la habitación se enriqueció con una cantidad de pequeñas cosas que son la consecuencia inevitable de la habitabilidad. Al levantarse el telón, el dueño de casa se está vistiendo para salir. Es la tarde de un día domingo.

CRIADA

Ha llegado su amigo, el señor Leber.

EUSEBIO

(Haciendo un gesto de fastidio). En este momento me contraría mucho recibirlo. Tampoco lo puedo desairar, negándome. *(Decidido).* Hágalo pasar.

(La criada desaparece por la puerta que comunica con las dependencias de la casa. Algunos segundos después, por la puerta del lateral izquierdo, Leber. En ese preciso instante, Eusebio se está anudando la corbata, frente a un espejo. El visitante le tiende la mano y el dueño de casa no se da cuenta de ello sino con un poco de tardanza, lo que hace que Leber se sienta, de pronto, cohibido y entristecido. Después de reparar en su negligencia, sinceramente afectado). Perdona, hombre. No se te ocurrirá creer que... Como te he visto en el dormitorio.

LEBER

No entiendo.

EUSEBIO

¿Cómo que no entiendes? ¿Estás tú muy acostumbrado a estrechar la mano de la gente, en su dormitorio? Al dormitorio no entran sino los muy íntimos, o el médico, que si no es íntimo, intima por su sola cuenta. Las personas a las cuales no se les da la mano, son las que entran al dormitorio. A ti te he recibido como a un íntimo, como de la casa. Si esto ha podido ofenderte...

LEBER

¿Quién te ha dicho nada?

EUSEBIO

Te has quedado pasmado.

LEBER

Es verdad, pero...

EUSEBIO

(Resuelto a cambiar de tema). ¿Qué te ha echado a volar por aquí, a esta hora y en día domingo? *(Leber, que, al pronto, parecería que fuera a responder, se calla como detenido por una reflexión prudente).* ¿Se te ha helado la voluntad? ¡Habla, hombre, que no muerdo!

LEBER

¿Vas a salir en seguida?

EUSEBIO

No te quedarás con la palabra en la boca. No temas.

LEBER

He estado con tu mujer; digo, con tu esposa.

EUSEBIO

(Incrédulo, se encoge de hombros). ¡Si no la conoces!

LEBER

No la conocía, pero ahora la conozco.

EUSEBIO

Es de suponer que la has conocido por casualidad. *(Mirando inquisitivamente a Leber).* Alguien te habrá dicho: ahí va fulana. *(Continúa vistiéndose).*

LEBER

Es claro. Pero hablamos. Tuve oportunidad de conversar con ella.

EUSEBIO

(Volviéndose rápidamente hacia el interlocutor). ¿Ah, sí?

LEBER

¡Sí, hombre, sí!

EUSEBIO

¿Y de qué habéis conversado? No quiero creer que se os haya ocurrido...

LEBER

(Interrumpe). ¡Justamente!

EUSEBIO

(Interrumpiendo, a su vez). ¡No lo creo! No creo que hayas osado...

LEBER

(Ya un poco asustado de su franqueza). Me pareció... No creí que...

EUSEBIO

¿Qué es lo que te ha parecido? ¿Qué no creíste? No podías ignorar que "eso" es algo muy privado y muy personal, en lo que nadie puede inmiscuirse sin pecar de imprudente y de osado.

LEBER

(Con cierta violencia). Pero, ¿cómo? ¿No sos vos quien se sintió transformado de indignación por la falta de espíritu confidencial de nuestros amigos comunes?

EUSEBIO

¿Y porque yo haya sentido la necesidad de confiarme, has ido a buscar en ella la confidencia? ¡Mira que tiene la mar de gracia éso!

LEBER

¿Te he hablado yo de confidencia? ¿Te he dicho yo una palabra en ese sentido?

EUSEBIO

Es claro que has dicho. Si habéis hablado de nuestro asunto, eres tú el que se ha atrevido y el que ha forzado la confidencia. No creo que ella... *(Leber adopta una actitud de vencido. Observándolo).* ¿Has visto tú?... ¿No te lo decía yo? Pero, ¿cómo te has atrevido?...

LEBER

Mirá, Eusebio: vos dirás lo que quieras, pero no tenés razón. Yo tengo la certeza de no haber estado mal. Pensá lo que quieras, pero no me vas a convencer de que he estado mal. Hace tiempo que ando todos los días con vos y...

EUSEBIO

(Interrumpiéndolo con violencia). ¿Y qué pasa conmigo?

LEBER

(Responde con igual violencia). ¡Pasa que no pasa un minuto que no pensés en ella y que no sufrás por ella! Estás ausente de todo y envejecés un año en cada día, y tenés mal carácter y no tolerás nada y te estás haciendo intolerable. Todo esto "pasa", y no podés seguir así. Tus

amigos están en la obligación, en el deber de evitar que terminés hecho un trapo, en mitad de la calle. ¿Qué hacías ayer o anteayer, en un banco de la Plaza Once, cerca de las tres de la madrugada, en una actitud de suicida? ¡Menos mal que hoy te veo arreglándote la corbata!... *(Ahora quien está vencido es Eusebio).*

EUSEBIO

(Recobrándose, de pronto, como en un estallido). Nada de éso autoriza a hablar con ella de nuestra situación, que es sólo nuestra y que sólo a nosotros interesa. ¡Yo sé que soy un desdichado inmenso! Sé que tú quieres aliviarme este dolor infinito, que me quema el pecho y me cala los huesos. Pero sabe que toda esa desventura tiene para mí un consuelo, porque viene de ella, nace de ella y vuelve a ella, como si esa mujer fuera la inmensidad de la tierra, y mientras todos vosotros tenéis vuestro pensamiento en el millar de cosas que os ocupan y preocupan, yo no tengo sino el pensamiento en ella. ¡Nunca sabréis de esta terrible felicidad de tener consigo a la mujer que os rechaza, y tenerla transfundida en el sueño y en la vigilia, como si la persona humillada fuese, no yo, según me lo parece a mí mismo, sino ella, que de esta suerte no consigue desprenderse de mí.

LEBER

(Impresionado). Entiendo, entiendo. Pero, ¿qué relación encontrás vos en todo esto que confesás y mi conversación con tu mujer? Lo que decís, más bien abunda en razones que justifican la conversación.

EUSEBIO

¡Jamás! Te estoy explicando lo que llevo dentro, para que comprendas que nadie puede hablar de mí sin falsearme y sin desfigurar mis sentimientos. Entre mi mujer y yo se ha creado algo así como los dos extremos de

un mundo sólo existente para nosotros. Un silencio de largos meses crece de día en día, y en él tienen que madurar su decisión y la mía. Cualquier voz extraña puede, con el más piadoso de los deseos, envenenar la atmósfera de ese silencio, que es el sostén de mi vida. ¡Sí, Leber! ¡El sostén de toda mi vida! Yo no sé qué resultará de todo ello. Ni siquiera podría decirte que espero su regreso. Esto mismo, si lo hiciera forzada por consejo de un amigo que creyera beneficiarme, no sería deseable. En tal condición, no lo deseo, aunque diera el resto de mi vida por verlo. Lo que ha de ocurrir, de bueno o de malo, ha de ser consecuencia exclusiva de todas las fuerzas —espirituales, morales, pasionales, sentimentales y hasta religiosas— que pueblan nuestro silencio y que son jueces inapelables de un tribunal invisible e inexorable.

LEBER

(Tres de una larga pausa, durante la cual ha quedado pensativo). Es muy probable que vos tengás razón. Un consejo de extraño, por muy bien inspirado que estuviera, podría violentar, alterar el resultado, digamos natural, de lo que ha sucedido entre ustedes, cosa que, al fin, nadie conoce. Pero puedo asegurarte —te doy mi palabra de honor— que tu mujer me ha dejado la impresión de que nunca hará sino lo que juzga su deber. *(Otra breve pausa).* Ya ves que sé ponerme en razón. Pero, quiero hacerte una pregunta. Si me vieras en tu caso, ¿permanecerías cruzado de brazos? No ya como amigo, sino como simple testigo de mi sufrimiento, ¿te resignarías a un papel de espectador?

EUSEBIO

¡Nunca te haría víctima de las tonterías de que tú me has hecho víctima a mí! A un hombre que está en mi situación, se le daña enormemente al intentar distraerle,

arrancándole del clima en que vive. Y más cuando se intenta hacerlo contándole cuentos y anécdotas espesamente idiotas.

LEBER

(Ligeramente ofendido). Hombre, no tanto. Algunas veces has celebrado mis cosas.

EUSEBIO

(Movido por el arrepentimiento, le da una palmada cordial en la cara). ¡Perdona! Soy más idiota que tus cuentos. Pero, dime, ¿no acabas de saber que esa atmósfera en que vivo es todavía, en mí, toda la dicha posible? Tú te resistes a creerlo porque ignoras —¡envidiable ignorancia!— la naturaleza tan particular de este amor ignorado por sí mismo hasta ahora y desechado por la mujer, que, a su vez, lo inspira e ignora. *(Una pausa. Eusebio termina de vestirse).* ¿No quieres beber una taza de café?

LEBER

No, te agradezco.

EUSEBIO

¡Sí, hombre, sí! Ya sabes que en casa el café es bueno.

LEBER

No, no, gracias.

EUSEBIO

Creeré que te has enfadado y no me lo perdonaría.

LEBER

Si es por eso... *(Eusebio hace sonar un timbre. Una nueva y prolongada pausa).*

CRIADA

(Que aparece por la puerta de foro). ¿Llamó usted, señor?

EUSEBIO

Haga el bien: sírvale una taza de café al señor. *(Se va la criada).*

LEBER

Tu mujer...

EUSEBIO

(Interrumpiéndole rápidamente y tapándole la boca con la mano). ¡Por lo más sagrado que tú tengas, Leber! ¿Vas a contarme lo que te ha dicho? ¡Ni una palabra! ¡Eso sí que sería superior a mis fuerzas! Lo deseo como *a* ella misma, y así como no sería capaz de ir en su busca y estrecharla en mis brazos, no me siento capaz de oír sus palabras dichas por una voz que no es la suya. Además, podrías tú repetírmelas con la más honrada escrupulosidad, precisamente para no inducirme a engaño, y siempre me quedaría la duda respecto del sentido de esas palabras en ella. ¡Por favor, Leber! Nada de mí para ella, ni de ella para mí, como no sea frente a frente, ella y yo, que es como deben entenderse hombre y mujer que han compartido un lecho, aun para desentenderse por siempre jamás.

LEBER

Está bien. *(Por la puerta de foro aparece la criada, le sirve a Leber la taza de café pedida y se marcha por donde entró. Leber lo endulza y lo toma. Eusebio, entretanto, se cepilla la ropa).*

EUSEBIO

¿No has vuelto al restorán? *(Leber, mientras lleva la taza a la boca, mueve la cabeza en sentido negativo).* Supondrán que yo te he pedido que no fueras.

LEBER

(Encogiéndose de hombros). ¡Que piensen lo que quieran!

EUSEBIO

(Cepillando el sombrero). Como voy a pasear con mi hija, me estoy acicalando. *(Sonríe melancólicamente).*

LEBER

¿Y dónde está la nena?

EUSEBIO

Está pasando unos días en lo de mi hermano, con la consiguiente protesta diaria de la criada, que no puede vivir sin la niña.

LEBER

(Dando señales de estar resuelto a irse). Me voy. *(Queda pensativo).* Me voy con una impresión muy extraña de vos.

EUSEBIO

¿Por qué?

LEBER

Te confieso que te admiro.

EUSEBIO

¿Vas a rasguñarme?

LEBER

¡Te admiro, sí, te admiro! ¡Si te admiraré que te iba a decir "gayego", como te dicen todos, como yo mismo te digo siempre, y no me atreví. Admiro tu carácter, tu fortaleza de espíritu, tu coraje para sufrir, tu poderosa voluntad. Estás enamorado como un adolescente. Parece que tuvieras, como el carbón, el destino de convertirte en brasa. Y despedís chispas, de encendido que estás, y, sin embargo, es el pensamiento y la energía de tu pensamiento lo que te tiene en pie, y no el amor como

vos creés. Te gozás en tu dolor como un indígena sacrificado en holocausto, porque crees en tus convicciones como él en la verdad revelada. Estás todo rodeado de defectos, pero sos una isla de virtudes.

EUSEBIO

Nada de eso, nada de eso. Nada, no, que estoy todo rodeado de defectos, es verdad; no lo es, en cambio, que soy una isla de virtudes. Tengo una sola: la de afrontar hasta el final las consecuencias de mis actos. Sin duda habré de morir por esa virtud, si es que lo es. Por mi parte, creo que sí. *(Queda melancólico, como si percibiera un sabor profético en sus palabras).*

LEBER

(Después de notar la preocupación que le ha quedado a Eusebio). Lo que yo te he dicho, con extraña sinceridad, no puede ni debe entristecerte, sino todo lo contrario. Cuando se tiene el valor que vos tenés para afrontar los hechos de la vida, se está en la obligación de ser alegre y altivo.

EUSEBIO

¡Tonterías, hombre! Alegre, no he sido nunca. Ni triste tampoco, sino serio y grave; altivo, sí lo he sido siempre. No he dejado de serlo, pero siento como si me hubiese llegado la hora de una gran humildad forzosa. Y esto sí que es triste, como una derrota sin gloria, sin honor.

LEBER

Siempre encontrás razones para dolerte de algo propio. *(Le golpea cordialmente la espalda).* Hasta pronto, Eusebio.

EUSEBIO

Hasta pronto. Y gracias, Leber. No creas tú que no veo cómo te afanas por mí. Eres muy noble, Leber. Yerras, pero con nobleza de hombre. *(Le tiende la mano y Leber hace mutis por la puerta del lateral izquierdo).*

TELON

Cuadro Tercero

En casa de Santiago Nevares, podre de Blanca. Un saloncito pequeño. Al levantarse el telón, Blanca Nevares aparece en la puerta de foro —la única que juega— esperando la entrada de alguien. Está visiblemente nerviosa. Pocos segundos, y aparece Eusebio Perlaza, su marido. Está pálido, conturbado. Apenas ve a su esposa la mira con fijeza en los ojos. Ella le sostiene la mirada. Luego, él le tiende la mano, y ella, a su vez, la suya. Inmediatamente las manos se separan como si quisieran anticiparse a los acontecimientos. En seguida, Blanca se hace a un lado, invitándole a que entre a la habitación. Perlaza avanza entonces, con gran lentitud, al diapasón de sus pensamientos; ella le sigue unos pasos y permanecen después frente a frente, con la cabeza baja, uno y otra. Sin duda piensan en el desastre de la común aventura.

EUSEBIO

(Después que el silencio ha llegado al máximo). Te agradezco que me hayas permitido callar en tu presencia. *(Otra pausa).* Ahora sé que se puede ser feliz en medio de la mayor desventura. Como si los ojos, deslumbrados, descubriesen, de pronto, la diafanidad del cielo, desde el fondo del abismo.

BLANCA

Sentate. *(Eusebio, después de una larga vacilación, se sienta, y cae de nuevo en el mutismo, como si quisiera prolongar la sensación de felicidad confesada un instante antes. Blanca, luego de haberse sentado, a su vez).* Te escucho.

EUSEBIO

No sé qué habrás pensado cuando hablé por teléfono con tu padre y pedí conversar contigo, después de haber permanecido en absoluto silencio desde que abandonaste tu hija y tu casa. Tuve remordimientos inmediatamente de haber colgado el tubo, porque pensé que tal vez creyeras que vendría a proponerte una solución. No es para eso que vengo a hablarte. He venido a reconocer la lección que me ha dado la vida por tu intermedio. Si ella tuviera un símbolo único, yo estaría ya frente a él orando en señal de acatamiento de sus mandatos, pero como no lo tiene y yo he recibido a través de ti su gran enseñanza, es a ti a quien debo confesar mi rendición. He sido soberbio con la vida. Creí tenerla de las astas como a un buey y que con mis férreas manos podía doblegarla cada vez que yo quisiera. No la interrogaba, no le daba ingerencia ni en mis pensamientos ni en mis actos. Mi voluntad no reconocía fuerza alguna que pudiera oponérsele. El haber logrado que tú te casaras conmigo, concluyó de convencerme de mi poder secreto. La vida estaba esperando obedecerme, pensaba yo. Esta fué mi última sensación de triunfo. Llegó la noche de nuestra boda y me conduje contigo de acuerdo con esa seguridad...

BLANCA

¿Vos conocés las causas de mi...?

EUSEBIO

(Interrumpiéndola). No supongas que hablo por lo que

hayas podido confesar a mi amigo. Sabe, por otra parte, que ni le mandé que hablara contigo ni quise escuchar lo que estaba dispuesto a decirme respecto de la conversación que sostuvieron. Nada he sabido de ti desde que he dejado de verte. Pero sé por qué te has ido. Podría afirmarlo. La noche de nuestra boda me conduje contigo como un pobre hombre, ensoberbecido y enceguecido. Te hablé de los hijos que quería tener. Estaba necesitando de ti, aun para éso, que me parecía la única disculpa posible para vivir permanentemente con una mujer, y te hablé como si diese una orden que nadie podía desacatar. Tú te sentiste disminuída y... me diste una hija, porque, al fin, estabas destinada a dar hijos, pero ya todo quedó destruído. Entre tú y yo no quedó más que un inmenso vacío, que yo empecé a sentir en tus besos, como sin duda debe sentirse en ellos la traición, cuando existe.

BLANCA

Llegué a nuestro lecho de matrimonio con los despojos de una ilusión que parecía blindada de sueños. Cuatro o cinco palabras tuyas la mataron con fría delincuencia, y yo la sentí ultimada a mansalva, y la sentí desangrarse como un ser vivo que va a morir.

EUSEBIO

¡Yo la maté, sí, yo la maté! Y maté la mía, que también yo traía una ilusión, a la que le había vendado los ojos, sin duda para que no viera cómo la llevaba al abismo de mi presunta sensatez ensoberbecida, que todavía subsiste, porque he venido a pedir perdón en ti, no a ti misma, sino a la vida total, a la vida cósmica, que se manifiesta en cada ser humano y en cada acontecimiento. Ahora comprendo todo lo que he perdido por la estupidez irremediable de mis prejuicios, que me dieron un sentido gravemente caricaturesco de la vida; ahora per-

cibo todo el bien que me he restado con la altivez de mi ignorancia, y en vez de llegar a ti, humildemente, a suplicarte piedad, vengo a hacerlo en nombre de una nueva convicción, que existe y es verdadera, pero que no reemplaza la necesidad de remediar este dolor inmenso de haberte perdido.

BLANCA

No estoy segura de entenderte bien. *(Aparte)*. Esto me da la sensación de que aun vivo a tu lado, y tiemblo. *(Alto)*. Mientras fuimos novios, nada más que novios, había hasta orgullo en el esfuerzo que debía hacer para entenderte. Ya la misma noche de nuestras bodas, empecé a sentir fastidio por las difíciles cosas que me decías. Me pareci6 que no correspondían, que eran falsas y que substituían a las verdaderas que me debías, y cuando llegaste a amenazarme de separación si no llegaran los hijos que vos querías, se hizo dentro de mí como una luz luctuosa, una luz de cirio, que despedía consoladora esperanza de muerte. *(Irguiéndose de pronto su protesta reprimida)*. ¡No! ¡No se puede tomar a un ser joven, vivo, cándido y ardiente, a una mujer tierna y enamorada, y llevarla al matrimonio para darle obscuros pensamientos, en lugar de claros besos de amor! ¡No se puede hurtarle la edad y hundirla en un tembladeral de reflexiones pesadas como lápidas! ¡Eso va contra natura, como la más abyecta desviación! Y, sin embargo, no es esto lo que más dolor me ha dejado de nuestra triste aventura conyugal. Podría perdonarte que hayas inoculado veneno de amor en mi vida. Pero no puedo perdonarte que me hayas obligado a posponer el instinto de madre, a la necesidad de defender mi condición de mujer. No te puedo perdonar que me hayas puesto en el horrible trance de abandonar a mi hija para substraer mi cuerpo a las manos lascivas, pero frías,

de un marido que quería poseer por mandato de un concepto.

EUSEBIO

Esa es, precisamente, la razón por la cual he venido a pedirte perdón. Quise tener mujer para tener hijos, y luego que me lo has dado me sentí profundamente infeliz. Nunca podrías comprender lo que es ver cumplida la esperanza de prolongarse en un hijo y sentir que su presencia no alivia de la necesidad de la mujer, que es ella y no él lo que determina el verdadero sentido de nuestra vida. ¡No supe percibir la fuerza de mis sentidos! ¡No supe percibir la fuerza de mis sentimientos para ti! No supe tratarte, no supe comprenderte ni comprenderme. No estaba preparado para tener entre mis manos, cerca de mis ojos, al alcance de mis deseos, a una criatura cándida y amorosa como eras tú. Y un día, inesperadamente, como vienen siempre las grandes desgracias, me quedé con las manos tendidas, los ojos vacíos y el corazón retorciéndose como una víscera ya inútil. Así estoy y así seguiré mientras no me llegue la hora de la muerte material, que la otra ya habita en mí desde que te fuiste. *(Se levanta).*

BLANCA

(Después de un largo silencio). ¿Qué me propones, Eusebio?

EUSEBIO

Nada. *(Una larga pausa).* Absolutamente nada. No hay solución ni para mí ni para ti. Esto es una verdadera tragedia, Blanca: todo es irremediable.

BLANCA

(Luego de otra extensa pausa). Yo estoy dispuesta a lo que sea, Eusebio. A lo único que no estoy dispuesta es a dejar a mi hija. Estos meses vividos lejos de ella, me

han hecho comprender que la condición de madre no es sólo instintiva, sino también una inmensa fuerza moral, que absorbe a las otras.

EUSEBIO

Yo también estoy dispuesto a todo. Lo terrible es que nuestra disposición es absolutamente inútil.

BLANCA

No puede serlo. Si estamos verdaderamente resueltos a remediar las cosas, no puede ser inútil...

EUSEBIO

Sólo una cosa rechazo decididamente: tu sacrificio de permanecer a mi lado por estar con nuestra hija. Prefiero que te la lleves y privarme yo de estar a su lado.

BLANCA

(Pensativa). Es muy cierto lo que has dicho: no tiene solución. Yo tampoco puedo permitir tal sacrificio de tu parte. *(Hundiéndose en la reflexión).* ¡Pedías hijos, nada más que hijos, y privarte ahora de la única hija, no tendría perdón de Dios! No tengo valor para ello.

EUSEBIO

Es que ahora sé bien que los hijos no son todo en la vida.

BLANCA

Ellos son lo primero siempre.

EUSEBIO

Todo es todo en su hora o nada es todo fuera de ella. La vida señala siempre el verdadero valor de cada cosa en nosotros, pero es preciso saber atenderla e interrogarla. No tiene abismos sino para quienes se alzan contra su poder único. *(Queda ensimismado. Luego se levanta y le tiende la mano a Blanca. En voz muy baja).* Mañana

te mandaré la nena. *(Agacha la cabeza como queriendo esconder la cara, de cuyos ojos han saltado dos gruesas lágrimas. En seguida abandona la mano de Blanca y le da la espalda).*

BLANCA

(Echándose a llorar copiosamente). No quiero que la mandés. Yo iré. Si querés, me echas o te vas vos. Pero yo iré a casa.

EUSEBIO

(Sin volverle la cara). ¡Tu marido ha muerto! ¡Hay un hombre enamorado de ti, que vive rodeado de ti, por dentro y por fuera, que estará a tu lado, cuidándote como un ujier, pero tu marido ha muerto!

TELON

FIN DE "DIVORCIO NUPCIAL"

INDICE

PÁG.

Samuel Eichelbaum, por Alberto Gerchunoff I

Un tal Servando Gómez 3

Vergüenza de Querer 117

Divorcio Nupcial 241

Del
uno al
treinta de
n o v iembre
del año de mil
novecientos cua-
renta y dos, se ini-
ció y acabó de es-
tampar este libro, en
las prensas del que en
vida, fué Manuel Lorenzo
Rañó, famoso impresor de
Buenos Aires. El retrato de
la portada es obra del artista
fotógrafo Augusto Ignacio Vallmit-
jana, y las planas fueron dispuestas por
el tipógrafo Domingo Rocco, con
lineotipos De Vinne ☆ Cincuenta
lujosos ejemplares numerados
se tiraron aparte, para los
más amigos del autor, que
confió el cuidado de es-
ta edición al director
del Teatro del Pue-
blo, Leónidas Bar-
letta, por su pro-
bada p a s ión
por el buen
libro y el
b u e n
teatro

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 064839407